

EN CLAVE PSICOANALÍTICA

Nº 27 · Julio 2026

Clínica: vínculos y desarrollo



asociación escuela de clínica psicoanalítica
con niños y adolescentes

Presentamos...

...un recorrido por los Ateneos Clínicos de este curso donde se han reunido las diferentes etapas del crecimiento y una problemática familiar. Desde el primer vínculo vital hasta el momento de elegir un camino propio, este número ofrece una lectura rica en reflexiones de la mano de una madre y su bebé, un niño que muestra su confusión y sufrimiento a través de la violencia, una niña que busca un camino hacia un buen lugar, los adolescentes ante el salto hacia lo propio, y, una pareja que quiere encontrar el “nosotros” familiar.

Cinco ateneos y diez colaboradoras y docentes nos muestran su hacer clínico.

Acompañan estos textos una segunda edición de “Descatalogados”: encuentros de conversación e intercambio en la Biblioteca Paula Mas de AECPNA. Elena Traissac una vez más ha coordinado una interesante propuesta. En esta ocasión nos convocó bajo el título Padres Imaginarios: la figura y función paterna desde el cine y la literatura.

En Psicoanálisis y Cultura, han contribuido con sus reseñas al contenido de este número: Susana Kahane y Liset Álvarez.

Y, para redondear, os presentamos dos nuevos libros: “El juego” donde Rosa Royo, Lucy Jachevasky y Teresa Pons son las editoras y coautoras de un conjunto de textos donde doce autores presentan una completa panorámica sobre un tema esencial en nuestra labor terapéutica. Y, en “Por los caminos de la adopción” Alicia Montserrat y Mayte Muñoz, desde su amplia experiencia profesional, esclarecen los múltiples interrogantes que suscita la adopción.

Os invitamos a adentraros en estas páginas y a dejaros acompañar por las experiencias y perspectivas que dan vida a este número.

Feliz verano, feliz lectura.

Ateneos



2.1 Marta Serrano Lebón. *¿Y ahora qué? Acompañando el cambio en el último curso de instituto. Comenta Alejandra Lipper*

Página 5

2.2 María Gertrudis Castro Blandón y Adriana Szlifman Gersztein. *Trabajando con unos padres para construir una familia. Presenta Iluminada Sánchez García*

Página 14

2.3 Raquel Huéscar Párraga. *Psicoterapia madre-bebé. Acompañamiento en la escucha para “leer” al hijo.* Comenta Liset Álvarez de Castro-Palomino

Página 23

2.4 Beatriz Azagra Cabrera. *Los secretos y la violencia.* Comenta Luisa Marugán

Página 32

2.5 Soledad Pozuelo. *Isabel, la princesa que quería ser reina.* Comenta Freya Escarfullery

Página 44



Descatalogados (II Edición):

“Padres Imaginarios”

Elena Traissac. Introducción

Página 54

3.1 Luis Miguel Rodrigo. *“El fuera de la Ley”. El cine y el psicoanálisis hacia la construcción de un padre inexistente*

Página 56

3.2 Miguel Ángel Alonso. *El padre y su imposibilidad. Kafka, Joyce, Pessoa y McCarthy*

Página 63

Psicoanálisis y cultura. Reseñas & Libros

4.1 Susana Kahane. *Reseña de: Ian McGilchrist. El maestro y su emisario. El cerebro dividido y la conformación del mundo occidental. Captain Swing, S. L. 2009*

Página 67

4.2 Liset Álvarez de Castro-Palomino. *Reseña capítulos 4 y 5 del libro "Psicoterapia del parto traumático". Iliana Paris. Ed. Síntesis. 2026*

Página 70

4.3 Alicia Montserrat Femenia y Mayte Muñoz Guillén. *Por los caminos de la adopción. Psimática Ed. 2023*

Página 72

4.4 Royo, R., Jachevasky, L., Pont, T. y col. (2022) *En Juego. Teoría y técnica del juego en la práctica clínica actual. Colección Salud Mental FVB. Barcelona: Ed. Herder*

Página 75

4

Actividades permanentes AECPNA

Página 82



Ateneos

“¿Y ahora qué?” Acompañando el cambio en el último curso de instituto *

Marta Serrano Lebón **

Comenta Alejandra Lipper***



*Mes chers parents, je pars. / Mis queridos padres, me voy.
Je vous aime, mais je pars. / Os quiero, pero me voy.
Vous n'aurez plus d'enfant, ce soir. / Ya no tendréis niño, esta noche.
Je ne m'enfuis pas, je vole. / No huyo, vuelo.*

Canción Je vole (Sardou, 1978)

Palabras preliminares

Traigo a este encuentro parte del material generado en un grupo operativo de chicos y chicas de último año de instituto, de Segundo de Bachillerato, con edades comprendidas entre 17 y 18 años, que acogen la propuesta de tomarse un tiempo, dentro de toda la vorágine que supone este curso, para pensar acerca del momento vital que están atravesando, con el deseo, las angustias asociadas y las defensas frente a ellas, con el objetivo a corto plazo de conseguir afrontar el estudio y las situaciones de evaluación con un nivel de sufrimiento menor.

Pero antes de presentaros al grupo y el trabajo con él, os propongo que también nosotros nos tomemos unos instantes para hacer un viaje en el tiempo a aquellos momentos de encrucijada por los que todos tuvimos que pasar. Y para facilitarnos la tarea, voy a tomar prestada la voz de tres adolescentes, personajes literarios, que nos cuentan su vivencia.

“Daniel, el Mochuelo, se revolvió en el lecho y los muelles de su camastro de hierro chirriaron desagradablemente. Que él recordase, era ésta la primera vez que no se dormía tan pronto caía en la cama. Pero esta noche tenía muchas cosas en qué pensar. Mañana, tal vez, no fuese ya tiempo. Por la mañana, a las nueve en punto, tomaría el rápido ascendente y se despediría del pueblo hasta las Navidades [...]. Le pareció que le faltaba aire y respiró con ansia dos o tres veces. Presintió la escena de la partida y pensó que no sabría contener las lágrimas, por más que su amigo Roque, el Moñigo, le dijese que un hombre bien hombre no debe llorar aunque se le muera el padre”.

Ahora escuchemos a Natalia, en el diálogo con su profesor:

“Al salir [...] me hizo la primera pregunta directa, que qué carrera pensaba hacer cuando acabase el

bachillerato. Le dije que no sabía, que ni siquiera sabía si iba a hacer carrera.

- *¿Cómo? ¿Estamos en séptimo y todavía no lo sabe?*
- *Le expliqué que dependía de mi padre, que le gustaba poco.*
- *¿Qué es lo que le gusta poco?*
- *Los estudios en general, no sé; que esté todo el día fuera de casa. Como soy la más pequeña...*
- *¿Y qué que usted sea la más pequeña? ¿Qué relación tiene? [...]*
- *Le dije que de estudiar me gustaría ciencias naturales, todo lo que trata de bichos y flores y cosas de la Naturaleza. Creo que hay una carrera de esto, aunque no estoy muy cierta [...]. Se quedó muy pasmado de que, queriendo yo, admitiera la duda de estudiar carrera o dejarla de estudiar [...].*
- *¿Pero usted ha tratado de convencer a su padre, ha insistido?*

[...] Traté de decirle que yo no puedo discutir mucho en casa porque soy la pequeña y se ríen de mí, y también que mi padre ha cambiado mucho [...], que antes, de más niña, podía pedir cualquier cosa y siempre me lo daba”.

Y, por último, contamos con la experiencia de Andrea:

“Por dificultades en el último momento para adquirir billetes, llegué a Barcelona a medianoche, en un tren distinto del que había anunciado y no me esperaba nadie. Era la primera vez que viajaba sola, pero no estaba asustada; por el contrario, me parecía una aventura agradable y excitante aquella profunda libertad en la noche. [...] Estaba en Barcelona. Había amontonado demasiados sueños sobre este hecho concreto para no parecerme un milagro aquel primer rumor de la ciudad diciéndome tan claro que era una realidad verdadera como mi cuerpo”.

Como vemos, los tres personajes nos presentan distintas caras del mismo fenómeno: el tránsito, necesario para crecer, de lo conocido a lo desconocido, de lo familiar y cotidiano de la infancia a ir adentrándose en el mundo adulto, con sus nuevas exigencias y satisfacciones. Las sucesivas desinversiones y nuevas inversiones objetales que acompañarán esta transición –segundo proceso de individuación para el sujeto, como denomina Peter Blos (1979/2011)– operarán cambios importantes en la identidad, resultando una reestructuración de la misma.

En algunos casos, el cambio empezará por el propio nombre. Daniel es conocido en su pueblo por “el Mochuelo”. ¿Añorará perder este apelativo con la

seguridad que conlleva el formar parte de una estirpe familiar que todos reconocen en el pueblo? ¿O se sentirá aliviado, una vez esté en la ciudad cursando el Bachillerato, al poder usar su propio nombre con la libertad que conlleva el anonimato lejos de la familia? Miguel Delibes, creador del personaje, protagonista de *El Camino* (1950/1994), no nos aclara este punto, pero podemos suponer la mezcla –y muchas veces confusión– de emociones.

Lo que sí se refleja a lo largo de la novela es la clara convicción del muchacho de la transición a modos de funcionamiento más adultos que la incorporación a estudios superiores supone (“un hombre bien hombre no debe llorar”, como le alecciona su amigo Roque, mayor que él) y la profunda zozobra que le genera saberse el depositario de los anhelos de progreso del padre, siendo además hijo único y varón.

Andrea, unos años mayor que Daniel y en un momento evolutivo por tanto más avanzado, parece tener muy claro las emociones que le produce el cambio: se regocija con la impresión de “aventura excitante”, de “libertad”, incluso de “milagro” que le evoca el nuevo comienzo en una ciudad distinta a la de origen, a la que ha tenido que mudarse para empezar la universidad. Aventura que sabe que habrá de realizar en solitario. Una nueva realidad tan “verdadera como mi cuerpo”, dirá, un cuerpo con unas posibilidades muy diferentes a las del cuerpo infantil.

Andrea, el alter ego de Carmen Laforet en su novela *Nada* (1944/2005), nos sirve para introducir otra de las tareas a abordar en el proceso adolescente: la muerte de los padres interiorizados de la infancia. En su caso, la pérdida es real, dado que ambos fallecieron, pero aun así tendrá el reto de relacionarse con los familiares que la acogen desde la identidad propia de su recién estrenada juventud, con el riesgo de dejarse vencer por la inercia de modos de relación infantiles.

Tarea similar a acometer por Natalia, Tali o Talita para la familia, una de las principales narradoras de Carmen Martín Gaité en la novela *Entre visillos* (1957/2011). Natalia deberá confrontarse con la autoridad paterna si quiere construirse un destino propio. Ello le va a suponer perder el vínculo infantil que la unía a su padre –dejar de ser la niña a la que papá le daba todo lo que quería– para tomar las riendas de su identidad ocupacional y enfrentarse a conciencia a la nada fácil tarea de la elección de estudios.

Prepararse para el cambio de ocupación le requerirá también a Natalia adoptar una vestimenta acorde –con la repercusión consiguiente en su imagen corporal–, así como abrirse a nuevos vínculos fuera del entorno familiar.

A este respecto, y como señala Rodolfo Bohoslavsky (1974) a lo largo de su completo trabajo sobre orientación vocacional, el proceso de formación de la identidad ocupacional convoca toda la red de identificaciones sobre las que se constituye el ideal del yo, con el peso valorativo que las distintas ocupaciones

tienen en el grupo familiar y la relación de dichos valores familiares con los que imperan en el grupo de iguales.

Asimismo, dicho proceso no es ajeno a los duelos necesarios para un proceso de subjetivación exitoso: deberá, de hecho, atravesar derivados de los mismos que hemos intentado mostrar en nuestros tres personajes literarios.

Bohoslavsky los agrupa en “duelos por objetos” que el sujeto deja, que pierde (la escuela secundaria, sus compañeros, profesores, etc.) y “duelos por el self”, categoría ésta que incluiría: el duelo por la *omnipotencia perdida* (ni puedo ni se pueden estudiar todas las carreras); el duelo consecuente por las *identificaciones dejadas de lado*; el duelo por el cuerpo que se pierde, por las fantasías de *eterna juventud*; el duelo por la *pérdida del tiempo*, referido al miedo a perder lo que con el transcurrir del tiempo se pierde de sí mismo; y el duelo que puede producirse también *ante el éxito*, cuando es vivido con culpa.

Siguiendo el planteamiento del autor, las posibilidades de elaboración de estos duelos en el adolescente van a depender fundamentalmente de su capacidad para percibir la realidad y para soportar la ambivalencia frente a los objetos, teniendo también que hacerse cargo de la culpa por el ataque al *statu quo* familiar que su crecimiento supone.

El reconocimiento por parte de los padres de la subjetividad del hijo, de la diferencia, facilitará las condiciones para que éste pueda escribir una historia propia, evitando quedar enredado en ligazones narcisistas con los progenitores a través de identificaciones alienantes (Faimberg, 2006).

Como resumen de esta introducción, diremos que la construcción de la identidad ocupacional se sitúa entre las tareas a llevar a cabo por el sujeto adolescente, constituyendo su logro un importante hito en el proceso de subjetivación dado que permitirá la plena incorporación al mundo adulto a través de la inserción laboral.

La entrada a la universidad o estudios equivalentes (en nuestro contexto, la Formación Profesional de Grado Superior) –cuando es asumida como preparación profesional y no como prolongación indefinida de las fantasías omnipotentes infantiles–, supone un momento crucial en la reorganización de la identidad y la desvinculación de los primeros objetos parentales.

Es por ello que apostamos por intervenciones profilácticas que acompañen al sujeto en su proceso de cambio, tratando de reducir el riesgo de retraimiento o de desarrollo de formaciones sintomáticas al servicio de sortear la angustia que la salida al mundo exterior convoca.

El grupo

El grupo lo componen ocho estudiantes de Segundo de Bachillerato, de ambos sexos, y un coordinador. Proceden de distintos centros educativos, públicos y concertados, y hay representantes de todas las modalidades de Bachillerato (Ciencias y Tecnología, Humanidades y Ciencias Sociales, y Artes).

Se constituyó a partir de la demanda explícita de participación en aras de reducir el nerviosismo o ansiedad ante las situaciones de evaluación del curso.

Fue resultado de un proceso de selección en el que se recogió información de cada uno de ellos en sesión preliminar colectiva, a partir de la administración del Test de la Persona bajo la Lluvia¹ (con idea de disponer de una foto inicial de la proyección de sus recursos yojicos en situación de presión) y de autoinformes (para conocer sus resultados académicos y metodología de estudio, planes académicos futuros, los síntomas detectados e intentos de manejarlos, la autopercepción como alumnos y compañeros, así como sus expectativas en relación al grupo).

Se contó con la colaboración de los centros educativos de referencia para contrastar la información relativa al funcionamiento académico y social en cada caso. Los progenitores fueron también contactados con idea de contar con su autorización y poder recoger algún dato acerca del grado de movilización que el curso estaba produciendo en el grupo familiar, así como cualquier cuestión que nos quisieran transmitir.

Fueron motivos de exclusión la incapacidad para formular una demanda propia (en el caso de candidatos presionados por padres o profesores a participar) así como los niveles de angustia elevados que requerían una contención psicoterapéutica.

El grupo se desarrolló en ocho sesiones de noventa minutos de duración, en frecuencia semanal, encuadrándose en el segundo trimestre del curso y fuera del horario escolar. En cada sesión se abordó una tarea, enmarcada por una dinámica de inicio y otra de cierre, de tal manera que cada encuentro transcurrió como sigue: a) una actividad de *calentamiento*, para facilitar la descarga tensional y la interacción entre los participantes; b) la tarea central, propuesta en un primer momento para ejecutar de manera individual; c) la puesta en común del trabajo personal con recogida de emergentes; y d) el cierre a través de la práctica de alguna estrategia de relajación.

Las tareas se secuenciaron con idea de llevar al grupo desde el *aquí y ahora* del trimestre escolar que estaban cursando hasta la escenificación del primer día de los estudios futuros, tratando de promover entre medias un proceso de reflexión que les permitiera: poner palabras a las exigencias reales a afrontar y a

¹ Tomamos como referentes principales en la aplicación del Test de la Persona bajo la Lluvia el manual de Emanuel Hammer (2011) y los trabajos de Silvia Querol y María Chaves (2007), autoras éstas últimas que han demostrado la solvencia de la prueba en administración colectiva y en el contexto educativo, con fines de valoración diagnóstica inicial del alumnado y orientación vocacional.

las fantasías asociadas; identificar deseos, proyectos y recursos propios disponibles; discriminar entre el Ideal y la realidad; y empezar a tomar conciencia de identificaciones privilegiadas y mandatos familiares en torno a la elección vocacional.

Con fines de comprensión y pronóstico, en el análisis del material de cada sujeto, nos pareció muy interesante contrastar la expresión de sus recursos propios actuales en el Test de la Persona Bajo la Lluvia con la proyección de sus expectativas de futuro a través de la última tarea propuesta al grupo, que más adelante comentaremos.

El recorrido

Os propongo ahora que nos detengamos en algunos tramos del recorrido que hicieron cuatro de sus miembros, con las resonancias en el resto del grupo.

Antonio toma la palabra en la primera sesión para expresar el deseo de *“controlar un poco más los nervios”* como objetivo a conseguir en el grupo, palabras éstas que, en realidad, toma prestadas de otros porque *“yo no estoy nervioso”*, afirmará. Son sus síntomas fisiológicos, circunscritos a la situación de examen, los que le empujan hacia la duda de que algo le puede estar pasando. En el contacto interpersonal, se muestra muy facilitador, permeable al vínculo, extravertido, rasgos en sintonía con los estudios futuros que se plantea. Su rendimiento escolar es escaso al retrasar al máximo enfrentarse a la tarea, demorando así toda posible angustia de castración.

El dibujo de la Persona bajo la Lluvia que realiza (véase Imagen 1) evidencia también manifestaciones resistenciales y de negación en la figura humana, a pesar de la intensa presión ambiental, con unas nubes que borra inicialmente y hace más grandes, y la amenaza de unos rayos que delatan la culpa al reconocerse menos aplicado en el estudio de lo que podría ser. La ejecución rápida, con cierto atropello, le permite sacudirse la angustia cuanto antes y hay una clara necesidad de sostén y acompañamiento en la línea base que inaugura el graficado, sobre la que también se apoyan objetos infantiles que tendrá que superar para crecer. Ante la tormenta, se proyecta sin protección de ningún tipo, aunque sabemos que dibujarse sin paraguas es habitual en adolescentes, como lo atestiguan los estudios evolutivos² sobre esta prueba.

Antonio ha cursado toda su escolaridad en el mismo centro: ¿cómo se proyectará en un nuevo escenario? Como ejercicio para estimular las fantasías relativas al inicio en la universidad (o formación equivalente), acercándonos ya a la recta final del grupo, se propone la tarea³ de visualizarse en el primer día de clase futuro, bajo la consigna de imaginar ese primer día como si

se tratara de la escena de una película en la que cada uno es el protagonista y describir a continuación dicha escena por escrito.

Antonio construye un relato en condicional (*“me levantaría”, “cogería”, “intentaría”...*) que trasluce la duda acerca del logro de sus objetivos. En él privilegia las relaciones con iguales por encima de la formación académica, que aparece supeditada al establecimiento de aquéllas (*“Intentaría ir conociendo un poco a mis compañeros para ir haciendo amigos dentro del curso. Una vez estoy más o menos integrado empiezo las clases”*). Un relato que inicia (*“Me levantaría de la cama como si fuese un día normal de instituto”*) y termina (*“Finalmente nos despediríamos y lo más probable es que me vaya a casa a jugar un rato a la Play”*) aferrándose a lo conocido, con la carga negadora recurrente en él. Se evidencia el deseo de trasladar el nido afectivo actual al nuevo escenario, con el riesgo de una idealización masiva que le distraiga de la tarea de aprendizaje.

Teniendo en cuenta lo anterior, refleja un muy buen ajuste a la realidad su planteamiento de cursar unos estudios de más corta duración (empieza el relato nombrando el grado superior de Formación Profesional que iniciaría), en vez de concurrir a la universidad.

Isabel también se interroga acerca de sus posibilidades futuras. Su rendimiento general es excelente y tiene bien identificada la carrera que desea realizar, pero falla en la asignatura que más guarda relación con aquélla y más le gusta, y se imagina cursando otros estudios con menor exigencia en la nota de acceso. En el dibujo de la Persona bajo la Lluvia (véase Imagen 2) se presenta a distancia respecto de la mirada del observador, con unos ojos cerrados al medio que intensifican la proyección de inaccesibilidad. Se dibuja sin paraguas y hace el esbozo de una sonrisa negadora, pero la lluvia profusa le lleva a remarcar el contorno corporal, reforzando el límite de su yo con el exterior.

En el relato de su primer día de clase futuro se repiten los mecanismos evitativos (*“Me ha costado mucho despertarme pronto”, “Voy bastante dormida”,* marca la distancia frente al otro que es quien se dirige a ella: *“me topo con una persona...que no tarda en preguntar por mi nombre y carrera”*) y el intento de desprenderse de los sentimientos displacenteros (*“Voy incómoda”, “incertidumbre que me lleva acechando desde que terminé Segundo”, “Cuando llego allí me siento nerviosa pues no conozco a nadie”*) a través del revestimiento maniaco e idealizado del nuevo entorno (*“Creo que estoy a punto de comenzar una etapa maravillosa”, “está abriéndome los ojos a unos años mejores, tal vez los mejores de mi vida”*).

¿Qué trata de evitar Isabel?, ¿cuál es la ganancia al

2 Según el estudio recogido en Querol y Chaves (2007, pp. 139-154), sólo el 51% de la muestra de adolescentes de 13 a 18 años dibujó paraguas. Ausencia del mismo relacionada con la omnipotencia y deseo de autonomía propios de la edad.

3 Tarea basada en una adaptación libre de la técnica proyectiva Visión de Futuro, creada por Silvia Gelvan de Veinsten (Segundas Jornadas Nacionales de Orientación Vocacional; Córdoba, 1972).

mantener el deseo en la distancia?, ¿qué la lleva a debatirse continuamente sobre la carrera a estudiar?

Con idea de explorar las identificaciones que circulan en torno a la elección de estudios, se propone la tarea de dibujar el Árbol Genealógico Vocacional⁴. En el caso de Isabel, su deseo conecta con el frustrado de uno de sus progenitores, siendo recurrente en la familia el desempeñar una profesión diferente a la formación realizada, formación a su vez de estatus inferior en la escala profesional a la primariamente deseada.

En el grupo se disparan las aperturas: ¿cómo hacer una elección en libertad?, ¿qué hacer con la ambivalencia? ¿Dónde empieza el deseo propio y dónde el de los padres?, ¿hay temor a defraudarles en las expectativas colocadas sobre uno o, por el contrario, la angustia se genera ante la fantasía de superarles (como cuando se es pionero en acceder a la universidad)? ¿Cómo sobrellevar la soledad que necesariamente implica decidir por sí mismo?, ¿en qué o quiénes apoyarse?

Aspecto éste, el de los apoyos, que Silvia tiene muy presente. Vamos a conocerla.

Silvia expresa desde el inicio su pasión por el ámbito de conocimiento sobre el que desea formarse, con unas ganas intensas de involucrarse en experiencias de aprendizaje, y es consecuente con su deseo a la hora de sostener el esfuerzo que implica. Se considera además tímida, nerviosa en el encuentro interpersonal

¿Cómo proyecta su imagen corporal en el dibujo de la Persona bajo la Lluvia? (véase Imagen 3) Llama la atención el minucioso detalle de los rasgos faciales, especialmente de la mirada, que de reojo se dirige al futuro, a lo que está por venir. El mango del paraguas, que dibuja enseguida, le sirve a la vez de soporte de su protección y de resguardo de la mirada del otro, tapando parcialmente la cara. Pulsión y defensa se entrelazan en unos órganos de los sentidos muy libidinizados –pulsión escotofílica que sabemos que es clave para el aprendizaje–, acompañados por un sombreado que delata su angustia y un corte en la imagen, a la altura del pecho, que da cuenta de la represión.

En la escena del primer día de universidad construye un relato totalmente orientado al futuro, reflejo de su deseo de cambio (“*Me levantaré*”, “*me vestiré*”, “*cogeré el metro*”...). En él se aprecia también el foco en la estética con el freno asociado (“*Me maquillaré un poco*”, “*llevaré ropa que me encante pero que no sea demasiado*”) y la presencia continua de acompañantes contrafóbicos (“*Iré escuchando mi música favorita*” – música que también acompaña su imagen bajo la lluvia–, “*llevaré chicles para relajarme, y una botella de agua, y el material que necesite*”, “*estaré mandándole mensajes a mis amigas constantemente*”), que amortiguan el impacto de la exposición masiva a nuevas caras. Rostro, el suyo, que también hará por tapar (“*estaré demasiado nerviosa para mirar a la*

gente a la cara”).

Sara teme también exponerse, pero en su caso ante el juicio de un superyó excesivamente inquisitorio, de tal manera que el placer inicial por aprender, por saber, deviene pronto en temor a no cumplir unas expectativas previamente establecidas, de un elevadísimo nivel de exigencia. En el dibujo de la Persona bajo la Lluvia (véase Imagen 4) proyecta una imagen corporal cargada de angustia (lo vemos en el extenso sombreado), sin un soporte adecuado, con los elementos ligados al contacto y la comunicación seccionados (brazos cortos y sin manos), con unas posibilidades limitadas de conocer el medio (ojos vacíos, ausencia de nariz y orejas) y sin conseguir articular una defensa eficaz ante una lluvia un tanto autorreferencial. Inhibición en la comunicación que es especialmente significativa puesto que se propone una carrera muy relacionada con la palabra.

Una imagen interna de incapacidad que contrasta con la realidad de un desempeño académico sobresaliente, que logra sobreponerse al alto monto de ansiedad en cada situación de examen.

¿Cómo se proyecta en un escenario futuro? Podemos apreciar cómo se repite en su relato el interjuego deseo-anulación del mismo: “*me veo entrando a la Universidad para dedicarme a lo que me gusta*” (la palabra “*dedicarme*” aparece tachada); “*Conoceré nuevos amigos y nuevos profesores. Después escucharé al profesor*” (toda la última frase aparece tachada). Es decir, se proyecta en la universidad pero anula la posibilidad de realizar su deseo; se coloca abriéndose a nuevos vínculos pero anula la escucha al profesor, base de la interacción y del aprendizaje.

Hay una respuesta adecuada a la consiga, encuadrando la acción en un tiempo futuro, pero la falta de confianza en sí misma coarta su capacidad expresiva, quitándole riqueza fantasmática al relato, que queda muy reducido.

Llegados a este momento, tras poner en común sus relatos del primer día de clase futuro, emerge en el grupo la dialéctica deseo-miedo: el temor a desear algo y que no se cumpla, o a desearlo y que se cumpla. Y se nombra la confianza en sí mismo como principal baluarte frente al miedo al fracaso: la importancia de tener presente los logros alcanzados hasta ahora, los profesores que confiaron en uno, los obstáculos superados, el *caerse y levantarse* aprendiendo de los errores, la energía inmensa que se genera cuando se persiguen y se persevera en los sueños...

Ojalá que Sara consiga registrar sus importantes logros presentes y pasados, que pueda habilitarse como la estudiante y persona valiosa que es, y que se permita –ella y los demás– emprender el vuelo hacia los estudios deseados disfrutando de la travesía.

Me gustaría concluir con unas palabras de Alicia Gamondi (2011), que reflexiona en torno a la formación de un proyecto vital propio en los tiempos actuales:

4 Partimos de la técnica desarrollada por Alicia Migliano, que concretamos para nuestro grupo con la siguiente consigna: “Dibuja tu árbol genealógico desde tus abuelos hasta ti, con sus nombres, lo que estudiaron y a lo que se dedican”.

“El gran desafío para un adolescente radica en encontrar y sostener representaciones que propicien la formación de un Ideal que sea compatible con el desarrollo de la vida.

[...] A la sociedad le corresponde dar al Yo los instrumentos necesarios para que pueda asumir el desafío de no sólo ser humano, sino sentirse tal, preservar esa vivencia y lograr que propicie un efecto esperanzador suficiente para sostenerse con vida y vinculado al socius” (p. 123). “Insistir ‘locamente’ en que hay un proyecto de vida posible en el que los adultos estamos dispuestos a poner ‘todo nuestro peso de hombres’ será crear las condiciones necesarias para que nuestros adolescentes puedan inventarse y reinventar un mundo verdaderamente vivible” (p. 126).

Bibliografía

- *Blos, P. (2011). La transición adolescente. Buenos Aires: Amorrortu (Orig. 1979).*
- *Bohoslavsky, R. (1974). Orientación vocacional. La estrategia clínica. Buenos Aires: Nueva Visión (Orig. 1971).*
- *Delibes, M. (1994). El camino. Barcelona: Destino (Orig. 1950) (Extracto correspondiente a p. 8).*
- *Faimberg, H. (2006). El telescopaje de generaciones. A la escucha de los lazos narcisistas entre generaciones. Buenos Aires: Amorrortu.*
- *Gamondi, A. (2011). La utopía de Calígula. De la necesidad de restituir la esperanza. En B. Janin y E. Kahansky (Comps.). Marcas en el cuerpo de niños y adolescentes (pp. 119-127). Buenos Aires: Noveduc.*
- *Hammer, E.F. (2011). Test proyectivos gráficos. Buenos Aires: Paidós (Orig. 1962).*
- *Laforet, C. (2005). Nada. Barcelona: El País Clásicos Españoles (Orig. 1944) (Extracto correspondiente a pp. 23 y 31-32).*
- *Martín Gaité, C. (2011). Entre visillos. Barcelona: Austral (Orig. 1957) (Extracto correspondiente a pp. 211-212).*
- *Querol, S.M. y Chaves, M.I. (2007). Test de la persona bajo la lluvia. Adaptación y Aplicación. Buenos Aires: Lugar Editorial.*

Imágenes



Imágen 1



Imágen 2



Imágen 3



Imágen 4

Reflexiones sobre: ¿Y ahora qué? Acompañando el cambio en el último curso de instituto.

En su escrito, nuestra colega Marta Serrano nombró varias veces a Rodolfo Bohoslavsky. Lo presentó como un autor que llevó a cabo un *"largo [y] completo trabajo de orientación vocacional..."* Pensé entonces: *"¿Quién es Bohoslavsky? Tengo que leerlo."* Y así fue que me propuse una aproximación a sus escritos. Os voy a contar, sin embargo, qué me pasó al encontrarme con algunos de sus conceptos. Su lectura ha despertado en mí, sobre todo, inquietudes.

Siempre que concibo una práctica lo hago figurándola en situación; es decir, en un contexto y un tiempo histórico determinados. Nuestras prácticas no están aisladas del mundo en el que acontecen ni de las condiciones en las que tienen lugar. Por el contrario, se desprenden, se nutren, cuestionan, dialogan, forman parte de una época, una sociedad, una cultura a las que -al mismo tiempo- interfieren. Más aún; me gusta ponerlas en relación con su historia y con aquello que está hoy en proceso de germinación y que nos invita a imaginar un hipotético mañana.

Hace veinticinco años, en el año 2000, el reconocido Zygmunt Bauman publicó por primera vez su libro *Modernidad líquida*. En él nos contó cómo de aquel mundo sólido que alguna vez nos ofreció la Modernidad, quedarán -cada vez más- solo vestigios. Diferenció una primera y larga etapa de la era Moderna caracterizada por el ímpetu de la conquista del espacio en todas sus dimensiones. Por entonces, se apostaba en grande y a largo plazo. Fue la época de las inmensas plantas industriales, de la relación estrecha entre la mano de obra y el capital, del modelo de producción fordista y de las estructuras -tanto materiales como simbólicas- diseñadas para perdurar en el tiempo. Con el advenimiento de la tercera revolución tecnológica (también llamada revolución digital) y a partir de la llegada de internet, cambiaron drásticamente las reglas del juego que ordenaban el mundo hasta entonces: en pocos años, con la posibilidad de estar conectados en el mismo momento sin la necesidad de residir si quiera en un mismo país, el espacio comenzó a ser cada vez más prescindible y el tiempo, producto de estas nuevas tecnologías, se volvió instantáneo. A esta etapa de la modernidad que modifica la relación entre tiempo y espacio Bauman la bautizó "modernidad líquida". Propone la fluidez como metáfora de la era moderna actual. Dice respecto de ella:

"Los fluidos (...) no se fijan en el espacio ni se atan en el tiempo. (...) [No solo no] conservan una [misma forma sostenidamente, sino que además] están constantemente dispuestos y [son] proclives a cambiarla."

"Lo pequeño, lo liviano, lo [portátil] significa ahora mejora y 'progreso'. Viajar liviano, en vez de aferrarse a cosas consideradas confiables y sólidas, (...) es ahora el mayor bien y símbolo de poder."

"El privilegio de los poderosos de hoy, y lo que los hace poderosos, (...) es la capacidad de acortar el lapso de la durabilidad, de olvidar el 'largo plazo', de centrarse en la manipulación de lo transitorio y no de lo durable, de deshacerse de las cosas con ligereza para dejar espacio a otras cosas igualmente transitorias y destinadas a consumirse. Quedarse con las cosas largo tiempo (...) es [hoy] un síntoma de carencia." (Bauman, 2004)

El tiempo no se detuvo y con el correr de los años fueron apareciendo nuevos conceptos que supieron hacerse un lugar en el imaginario social. Así nació, por ejemplo, la idea de género fluido; noción que fue fuertemente aceptada por las generaciones más jóvenes y que habría sido impensable en cualquier otro tiempo anterior al de la licuefacción. Cabe suponer que no estaban dadas aún las condiciones para que un concepto como aquel pudiera irrumpir. En este sentido, nos parece importante advertir que la idea de género fluido es producto de una época.

Este ejemplo nos sirve para vislumbrar cómo los cambios tecnológicos a los que habíamos hecho referencia hicieron mella sobre las distintas esferas sociales y su cultura. El campo de lo laboral no quedó por fuera de este impacto. Y esto no pasó desapercibido para Bauman.

"El trabajo -escribe- ha perdido la centralidad que le fue asignada en (...) la era de la modernidad sólida y del capitalismo pesado. El 'trabajo' ya no puede ofrecer un huso seguro en el cual (...) fijar definiciones del yo, identidades [ni] proyectos de vida. (...) 'En cambio, (...) ha adquirido (...) un significado mayormente estético.'" (Bauman, 2004)

Una década posterior a la publicación del famoso libro de Bauman, Byung-Chul Han escribía lo que más tarde fue considerado por expertos editoriales como una trilogía. La componen los libros *La sociedad del cansancio* (2010), *La sociedad de la transparencia* (2012) y *La agonía de Eros* (2012). En ellos, Han se detiene en los efectos psicológicos de la cultura digital entramada en tiempos de subjetividades neoliberales.

Por su parte, Vicente Bellver Capella y Lukas Romero-Wenz, dos catedráticos de la Filosofía del Derecho de la Universidad de Valencia se dedicaron a estudiar la obra completa de este filósofo coreano-alemán. De ellos, tomaremos prestadas algunas ideas para ponerlas en relación con el tema que nos convoca. Dicen:

"[E]n casi todos sus libros [Han] vuelve sobre el impacto que el entorno digital está produciendo en nuestras vidas."

"La tecnología digital altera todas las esferas de la vida humana. De acuerdo con el análisis de Han, el medio

digital distorsiona la vida humana, las relaciones con uno mismo, con el otro e incluso las relaciones con instancias abstractas como la percepción de la propia espacialidad y temporalidad, tan necesarias para la existencia.”

“Vivimos en una sociedad en la que lo digital lo ha invadido todo. Todo lo que antes se hacía por otros medios se puede realizar en la actualidad con un dispositivo electrónico (...) Esos instrumentos estarán cada vez más fusionados con nuestro cuerpo (...) Esa envoltura digital, (...) nos transporta progresiva e inadvertidamente a un mundo virtual que desplaza el mundo real.” (Bellver y Romero, 2022)

En un documental de su autoría, Ofelia Fernández, quien fue la legisladora más joven de toda América latina y que hoy tiene apenas veinticinco años, se preguntó por los efectos del acceso al mundo virtual sobre las primeras generaciones nativo-digitales. Se trata de su propia generación, a la que llama “la generación rota”. Expresa en relación con la aparición del like y los selfies en el mundo de las redes sociales:

“A partir del 2010 solo empieza a crecer nuestra otra vida en la propia vida. Pasamos a ser yo y el otro yo.”

“A partir de ese año, aumentaron las tasas de suicidio adolescente: [según estadísticas norteamericanas], 91% en el caso de los varones y 167% en el caso de las mujeres. También subieron exponencialmente los trastornos en salud mental para no descender nunca más.”

“Se volvió tan importante existir en esa nube de actualidad y novedad que nos dejó de llamar la atención haber dejado de vivir en el presente.”

“Estar conectado es existir. Cuanto más conectada estoy, más existo.” (Fernández, 2025)

En este punto, recuerdo a un paciente que hace apenas unas sesiones me contó acerca del esfuerzo que hizo para no subir fotos de sus vacaciones a Instagram. “Ya sabes, Ale -me dijo- ‘si no está en las redes, no existe’”.

Otra paciente se animó a confesar -con mucho esfuerzo- que a veces no tiene ganas de ir de fiesta pero que lo hace igual porque necesita mostrar que no se quedó sola en su casa. Con esa misma lógica elige su outfit, se maquilla y se arregla: para las fotos y los videos que ella misma subirá o que serán subidos por otros en Instagram.

Vosotros os preguntaréis qué tiene que ver todo esto con la orientación vocacional. Es que, si me acompañan a recordar los inicios de este escrito, allí encontraréis que me había detenido en uno de los referentes en este campo, Rodolfo Bohoslavsky. Yo, que no lo conocía, de pronto sentí cierta extrañeza al leer algunos de los párrafos del libro que había elegido. No me refiero, en absoluto, a cuestiones técnicas ni específicas de la

labor en dicho campo disciplinar (acerca de las cuales -dicho sea de paso- probablemente poco podría aportar) sino al hecho de que en su modo de configurar ciertas elaboraciones lo percibí más cerca de un guion que fue predominante en tiempos pasados que de los tiempos que corren.¹ Daré un ejemplo. Dice el autor en su libro *Orientación vocacional. La estrategia clínica* en relación con la elección vocacional en la adolescencia:

“Llega a sorprender que en medio de una crisis tan intensa, el adolescente pueda realizar tareas tan importantes como las que debe llevar a cabo: definirse ideológica, religiosa y éticamente; definir su identidad sexual y su identidad vocacional.” (Bohoslavsky, 1977)

Considero que sobre esta breve frase ya hay mucho para pensar. Hoy podríamos suponer que “definir” e “identidad” son términos que -por su carácter categórico- son pasibles de entrar fácilmente en tensión con el análisis que nos ofrece Bauman. Sobre todo porque Bohoslavsky se refiere a la identidad ocupacional como *“un aspecto de la identidad del sujeto, parte de un sistema más amplio que la comprende, es determinada y determinante en la relación con toda la personalidad.”* (Bohoslavsky, 1977)

Ambos conceptos (definir e identidad) parecen estar más relacionados con aquello que permanece estable que con lo que está en constante devenir. En este sentido, tal vez, más que conminado “a definirse”, el adolescente se vea hoy impulsado a tomar una decisión y a realizar una elección que lo proyecta hacia el futuro. Pero -preguntémonos juntos- ¿es acaso esta elección vivenciada en su fuero íntimo como una apuesta a largo plazo en relación con la construcción de su identidad? Aún más, y ahora pensando en Han, ¿de qué hablamos los psicoanalistas cuando invocamos el concepto de identidad en una era en la que el “yo real” no solo convive con un “yo virtual”, sino que además queda tantas veces el primero sometido al último? ¿Cómo entendemos dicho acontecimiento a nivel intrapsíquico?

Creo que la experiencia con este grupo de chicos y chicas que Marta nos ha compartido nos muestra la enorme complejidad de advertir cómo ambos paradigmas coexisten en la actualidad. Lo sólido y lo líquido forman parte de un tiempo en el que lo antiguo persiste y lo novedoso alza su voz cada vez más fuerte. Se tensionan mutuamente y esa presión se vuelca -inevitablemente- hacia la sociedad.

A la sociedad, como expresa Marta al citar a Alicia Gamondi en su trabajo *“le corresponde dar al Yo los instrumentos necesarios para que pueda asumir el desafío de no sólo ser humano, sino sentirse tal, preservar esa vivencia y lograr que propicie un efecto esperanzador suficiente para sostenerse con vida y vinculado al socius”* (Gamondi, 2011)

Hay mucho para seguir reflexionando, sobre todo porque estamos en un tiempo de transición. ¿Hacia

¹ Efectivamente, Bohoslavsky publicó este libro en 1977, cuando aún no era posible advertir los efectos que traería consigo la tercera revolución tecnológica mencionada en este trabajo.

dónde? No sabemos. Pero cuanto más despiertos permanecemos ante lo que se avecina, tanto más preparados estaremos para intentar entenderlo, elaborarlo y construir herramientas que nos permitan elegir cómo posicionarnos desde nuestra profesión.

Bibliografía

- Bohoslavsky, R. (1977). *Orientación vocacional. La estrategia clínica*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión. (Orig. 1971).
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Argentina: Fondo de Cultura Económica. (Orig. 2000)-
- Bellver Capella y Romero Wenz (2022). Byung-Chul Han. *La sociedad transparente de lo igual*. Revista de Filosofía Scio, Número 23.
- Fernández, O. (2025, noviembre). *¿Qué le pasa a nuestra generación? Cómo ser feliz*. [Video]. YouTube. <https://youtube.com/watch?v=d2JHtBoSxBg&si=5lhZu-9Pvu92Fm70>
- Katz, M. (2001). *Orientación vocacional. Enfoque psicoanalítico*. Revista Psicoanálisis APdeBA, Volumen XXIII, Número 2. Buenos Aires.
- Rascovan, S. (2016). *La orientación vocacional como experiencia subjetivante*. Buenos Aires: Paidós.
- Rascovan, S. (2013). *Orientación vocacional, las tensiones vigentes*. Revista Remo, Volumen X, Número 25. México.

ΨΨΨΨΨΨΨΨ

*Trabajo presentado en el ciclo de Ateneos Clínicos del curso 2025-26, el 29 de noviembre de 2025 en la sede de AECPPNA en Madrid.

** Sobre la autora

Marta Serrano es psicóloga en la Concejalía de Infancia y Educación de Getafe. Magíster en Psicoterapia Psicoanalítica (Quipú Instituto). Docente en AECPPNA de la asignatura *Instrumentos Técnicos III: Técnicas proyectivas en adolescentes*.

***Sobre la presentadora

Alejandra Lipper es Profesora y Licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Maestranda en Familia y Pareja en APdeBA-IUSAM (psicoanálisis vincular). Concurrente (PIR) graduada en el sistema público de la Ciudad de Buenos Aires con formación orientada a la clínica con adolescentes. Autora de diversos escritos académicos que fueron presentados en diferentes contextos.

*Trabajando con unos padres para construir una familia**

*Maria Gertrudis Castro Blandón** y Adriana Szlifman Gersztein**
Presenta Iluminada Sánchez García****



Presentación introductoria

El caso que nos ocupa en esta ocasión plantea una cuestión especial: la del analista ante la excepcionalidad y la flexibilidad del dispositivo y su encuadre; además de lo que propone, respecto a la clínica, la pareja en terapia, sus características, circunstancias relacionales y sintomatología.

Si bien el psicoanálisis, navega desde una estructura en tensión entre la teoría y lo que suscita la clínica, donde en el caso por caso confronta continuamente la singularidad de cada sujeto, exigiendo una escucha abierta a lo imprevisto y cada intervención precisa de una creatividad forjada en esa tensión teórico-clínica, las características de un determinado caso, por su parte, pueden requerir o hacer pensar en un dispositivo y/o encuadre excepcional.

Lo excepcional puede surgir desde lo circunstancial, es decir, situaciones como padres separados, que alguno de los padres tenga frecuentes viajes, o que hayan fallecido y estén a cargo de los abuelos, o que sea necesario recurrir al modo online por distancia o cuestiones que salgan al paso o que la atención sea en un marco institucional y haya que acomodarse a protocolos de un centro, ...También puede surgir por factores internos de la problemática que plantea el caso.

Pero antes, para situar más claramente lo excepcio-

nal de este caso que nos presentarán A. Szlifman y G. Castro, diferenciándolo de lo que suele ser habitual en nuestra tarea con los padres, quisiera recorrer al menos someramente las dos vertientes propias de dicha tarea; es decir, de qué hablamos cuando nos referimos al trabajo con los padres. Podemos contemplar dos variantes:

Una, donde se trabaja con los padres a lo largo del proceso terapéutico del niño o adolescente. Trabajo este que se contempla en su especificidad en cuanto a los objetivos y la técnica, siendo una tarea necesaria ante cualquier caso donde se consulta por un menor, donde la escucha de los padres estará centrada en conocer las dinámicas relacionales, el lugar que le dan al hijo, el contexto donde está construyendo su subjetividad y lo que circula en los vínculos. Recogeremos y analizaremos la demanda, propiciando un espacio de contención y reflexiones conjuntas a la búsqueda de todo aquello que aporte comprensión al malestar, a la sintomatología y al sufrimiento.

En esta tarea cabe subrayar que los padres no serán nuestros pacientes, sino aquellos a quienes daremos un lugar - desde las entrevistas preliminares y a lo largo del proceso terapéutico - correspondiente a la impronta que tienen en la vida de su hijo. Un lugar necesario tanto para ellos, como para nosotros como terapeutas y así mismo para el chico.

Consultar y/o tener un hijo en terapia conlleva y suscita muchas emociones encontradas: expectativas, temores, fantasías, heridas narcisistas; inquietudes que precisan ser recibidas, atendidas, escuchadas y contenidas. Hemos de contar con sus resistencias y transferencias, que, de no ser consideradas y abordadas adecuadamente, tanto en la etapa diagnóstica como a lo largo del tratamiento del niño, podrán impedir la alianza suficiente que posibilite nuestra intervención y la continuación del tratamiento del chico.

Serán colaboradores de excepción y parte importante del diagnóstico dada la información valiosísima que pueden aportar. Así mismo con el niño resituaremos lo que se juega desde su propio lado, su deseo, y, como queda enmarcado en su contexto interrelacional.

Son dos mundos diferentes que interactúan, siendo que el chico está en situación de dependencia. Considerar esa doble panorámica lleva a lo que llamamos La Doble Escucha: escuchar a los padres y al hijo que éstos portan en su discurso. Independientemente de escuchar, claro está, a nuestro paciente.

La otra vertiente del trabajo con padres hace referencia a una tarea con funciones terapéuticas de los vínculos de la pareja parental y las concomitancias con la relación de pareja. Indicación de enfoque que suele venir derivada de las marcadas dificultades de la pareja parental, por ejemplo, para aceptar y discriminar lo propio de ellos y lo del hijo; y/o dificultades de separación y asunción de las diferencias o dificultades de pareja que interceptan sus funciones parentales.

En estos casos, el terapeuta del niño trabaja con los padres la necesidad de que emprendan una tarea a parte con otro terapeuta, y les deriva a un profesional que trabaje con parejas de padres.

Esto, sin desmedro de que acudan a los encuentros con el terapeuta que trata al niño.

Del mismo modo, podemos encontrarnos con que uno de los padres manifieste dificultades donde proceda derivarle a un proceso terapéutico individual.

Valgan estos breves apuntes para situar la excepcionalidad del caso que nos ocupa hoy, diferenciando lo singular que siempre encontraremos en cada caso de aquello que marcadamente lo excede, creando la dificultad o imposibilidad de abordarse en los marcos habituales.

Las ponentes nos explicarán porque este es un trabajo terapéutico cargado de excepcionalidad. No es propiamente un trabajo con padres, tal como hemos contemplado en las dos vertientes descritas, ni deja de serlo, asemejándose, a la segunda modalidad que he mencionado: un trabajo terapéutico con la pareja donde surge y se aborda la parentalidad afectada por la patología individual y vincular.

Este caso ilustra muy bien cómo el terapeuta puede verse inesperadamente ante circunstancias de consulta

que le llevan a sopesar, tomar decisiones y adecuar el dispositivo, con el fin de dar una vía terapéutica a quienes nos piden ayuda.

Pocas veces se trata esta cuestión: la excepcionalidad en la consulta. Quizás porque quedan dentro de las cuestiones minoritarias, si hablamos sobre todo de la consulta privada, como en este caso.

Frente a situaciones complejas que entrañan auténticos desafíos podemos plantearnos 2 opciones: rechazar o derivar el caso: porque nos vemos sin los conocimientos, sin los recursos o sin las energías suficientes como para comprometernos. O, apostar por dar una respuesta buscando un modo de viabilidad de ayuda ante lo que se nos presenta asegurándonos de tener las condiciones para abordarlo.

Lo excepcional y la consecuente adecuación de un dispositivo suele ir vinculado a lo que excede los márgenes de la posibilidad del enfoque analítico común o tradicional.

Y lo que excede lo habitual suele ser motor de interrogantes, de búsqueda, estudio y reflexión.

Cuando se flexibiliza el encuadre y el dispositivo en sí, para dar respuesta a una petición de ayuda con características que no se prestan a los procedimientos habituales, la consistencia del método psicoanalítico recae especialmente sobre el Encuadre Interno del Analista. El encuadre tendrá que manejarse prestando una flexibilidad que haga viable la tarea sin perder la esencia de la misma.

Cada cambio o acomodo entraña un esfuerzo y un desafío clínico, ético y teórico que ha de buscar coherencia y rigor.

En cuanto al caso que será expuesto, más allá de la flexibilización y acomodación del dispositivo y aspectos técnicos, es un trabajo que pone sobre el tapete cuestiones recurrentes para los analistas de niños, adolescentes y el trabajo habitual con los padres; cuestiones que surgen con marcado énfasis como: ¿Qué es una familia, más allá, o más acá, de que sean padres e hijos y vivan bajo un mismo techo?

La familia, ese entorno afectivo, que da cobijo, cuidado, amor, identidad, ... también plantea otras vertientes menos halagüeñas ¿Cuáles son los conflictos circunscritos a su dinámica? Así como aspectos generales sobre ese ámbito donde el sujeto conforma su vida psíquica: ¿Qué es una familia unida?

Si volvemos la vista al caso de hoy nos preguntaremos ¿Qué une y qué separa a esta familia? Pregunta ésta, que será recurrente cada vez que escuchemos a los padres de nuestros pacientes niños o adolescentes. Nos preguntaremos por el ser junto a otro, el ser pareja, la conformación del nosotros. ¿Cómo está constituido el nosotros de esta familia cuyos padres acuden a consultarnos? Referente a la comunicación y los malentendidos ¿Qué interfiere en cómo se escuchan y

qué se transmiten?

A la vez, la parentalidad también nos lleva a ¿qué son los hijos para los padres; que son sus hijos para estos padres?

Pensar la familia supone el encuentro con incógnitas e interrogantes sobre los vínculos, los lazos, las alianzas, desencuentros, con lugares y funciones, con deseos que generan expectativas e ideales, conflictos y malentendidos, con proyecciones, afectos ambivalentes, rivalidades, luchas, repetición, modalidades de comunicación y transmisión.

Otras interpelaciones estarán en torno a las relaciones que se constituyen fuera de esa primera patria y sociedad que constituye el microcosmo familiar, ese entorno primero: con qué anhelos se va al encuentro del otro; qué mueve la búsqueda de un sujeto hacia una pareja o los modos de establecer o no los vínculos con la otredad. Qué novelas y qué pasiones se guarda

de esa historia familiar.

El encuentro con el otro supone el encuentro con la diferencia. ¿Cómo se manejan los integrantes de la familia con las diferencias entre ellos?

Freud decía que a veces el odio une más que el amor. Desde esa óptica ¿será la unión algo siempre deseable? ¿Es la familia una ficción individual que tiene el semblante de verdad compartida? ¿Qué se comparte, qué une, qué separa en lo familiar? ¿Qué transita en los vínculos de esta familia que consulta por uno de sus componentes? Qué presentan a través de sus dinámicas relacionales: ¿vínculos, lazos o pactos?

Valga este puñado de interrogantes-de-trabajo como colaboración para la escucha/lectura de este interesante caso que expondrán Adriana y M^a Gertrudis.

Trabajando con unos padres para construir una familia*

Introducción

A continuación presentaremos a una pareja de padres, tratados en coterapia, cuyo tratamiento plantea momentos donde el ruido entre ellos nos dificulta el pensar, continuas peleas que ponen en evidencia componentes muy destructivos, y un predominio del lenguaje de acción que nos lleva a sentimientos en ambas de impotencia y desesperación. Y a la vez de todo esto no dejan de sorprendernos los cambios y transformaciones de ellos en el armado de su subjetividad, y ante las dificultades que se le presentan, -la falta de recursos económicos que tienen, es una de ellas- hayan sostenido un proceso de tres años, con una sesión semanal, además de aceptar nuestras sugerencias que los hijos acudan a terapia individual.

Desde las primeras entrevistas, se pensó en unos padres, que como pareja estaba muy fusionada, con rígidas defensas (como el pedernal), donde abundaban los grandes desacuerdos, no había verdadera comunicación, y muchos gritos, mucho ruido, pero con el intento de seguir siendo una familia.

Podemos decir que desde entonces, estos padres han sido llamados por nosotras Pedro y Vilma, Los Picapiedra. “La familia de los miércoles”.

Presentación del caso

Pedro y Vilma, tienen dos hijos, Moisés (10) y Guadalupe (14).

Si bien la demanda inicial provino de Vilma, en el transcurso de las entrevistas diagnósticas se vio la necesidad de armar, estructurar, y sobre todo promover

un encuentro entre los integrantes de esta familia a través de la discriminación y subjetivación de la pareja parental. Según nos dice Sonia Kleiman en *Familias con niños y adolescentes*, que en muchas familias “los indicios de otredad son evitados, aplacados y desmentidos, generando actos agresivos y violentos. Concluyendo que “El vivir juntos, perteneciendo a un conjunto de relaciones de parentesco, no necesariamente es equivalente a estar vinculados”.

La demanda se inicia cuando la hermana menor de Vilma realiza una llamada de urgencia, a la consulta de Adriana, manifestando la necesidad que Vilma recibiera ayuda, estaba deprimida y con ideas suicidas.

A la cita acude Vilma acompañada de la hermana mayor, y en ese primer contacto, ambas intervienen relatando la trayectoria de Vilma por todos los tratamientos que había tenido a lo largo de su vida y que en la actualidad seguía con psicofármacos prescritos por un psiquiatra.

Tras su narración de los acontecimientos recientes, se observó que se podía estar agudizando su cuadro clínico, diagnosticado como Trastorno depresivo mayor.

A lo largo de la entrevista de desplegaron las situaciones desencadenantes del estado actual de la paciente.

- Tras años de convivencia, se produce en la pareja una ruptura dramática. Pedro, presentaba un cuadro de politoxicomanía y se venía deteriorando la vida en común día a día hasta que después de una ausencia, Vilma decide no dejarlo entrar en casa y Pedro tiene una conducta violenta que hace que su esposa pida ayuda policial. A

partir de ahí, Pedro abandona la casa familiar y queda arrestado una noche en la comisaría. Tras un tiempo de interrupción de la convivencia familiar, Vilma permite que retorne al hogar, con la condición que vaya a un programa de deshabitación en la entidad Proyecto Hombre. (En el momento de la consulta él se encontraba asistiendo a terapia de grupo).

- El modelo de vínculo fusional entre Vilma y su hijo de diez años, empezaba a mostrar en las conductas del niño, falta de límites, la dificultad para transitar por un proceso de separación, además de continuas llamadas de atención por parte de colegio.
- La preocupación de Vilma por su hija que padece diabetes desde los ocho años y que requerían para ella, mantener un control constante de la enfermedad. Guadalupe no tenía conciencia aún de su padecimiento acompañado por su inicio en la adolescencia.

Al finalizar la primera entrevista se le indica a Vilma que sería conveniente realizar una valoración. Esta propuesta, da lugar a que la hermana acompañante comente:

“Bueno pues entonces, todos asumiremos los gastos que conlleve, en los que participará también nuestro padre. Nosotros como familia estamos siempre para todo”. Con una verbalización enfática continuó diciendo: “Imagínese que somos una familia tan unida, que Vilma le dio el pecho a mi hijo, cuando yo ya no tenía leche”.

Después de este primer encuentro, si bien Vilma estaba pidiendo ayuda, se planteó el interrogante ¿era sólo ella a quién había que ayudar? ¿Quién era el paciente identificado? Además del agravamiento del cuadro depresivo de Vilma, la situación violenta por la que había atravesado toda la familia, el regreso de Pedro, los hijos como sostén de la mamá (a través de un comentario de la paciente que ella dejaba la puerta abierta cuando se bañaba por riesgo a que intentara suicidarse. Los niños estaban avisados. En una entrevista posterior Guadalupe comentó que su tutor le había dicho “que no debía ser la terapeuta de la mamá”.

Después de varias entrevistas individuales, se optó por realizar una valoración familiar. Para ello se recurrió a la psicóloga Gertrudis Castro que cuenta con mucha experiencia en clínica de la urgencia con familias de menores en centros de acogida.

En esas entrevistas se observó que en la familia no había diferenciación entre sus miembros, si uno decía algo, todos los demás mostraban una agitación emocional, que derivaba en contradicciones, incluir otras casuísticas, superposición continua de intervenciones. Acusaciones de Vilma a Pedro, de los hijos a éste. Actitud casi ausente de Pedro. Un ruido, que perturbaba la capacidad de escucha y la imposibilidad,

de que se estuviera dando en la entrevista la posibilidad de comunicación entre sus miembros.

Aparece una excesiva preocupación de los hijos por el estado emocional de Vilma, así como una fuerte rivalidad entre los hermanos, que generan en la entrevista discusiones y descalificaciones del uno hacia el otro. Vilma se queja de continuo, sobre las experiencias vividas junto a Pedro, las cuales le han dejado una profunda huella y manifiesta que no tiene esperanza de poder dejar atrás el pasado. Pedro se muestra callado y a veces culpabilizado. Existía un tono de manifiesta hostilidad de Vilma hacia Pedro y de una actitud de Pedro poco comunicativa que hacía interrogarnos cómo estaría siendo su reingreso en la familia.

Entre las características que detalla M. R. Glasserman en el texto de *Las familias gravemente perturbadas*, varias de ellas concuerdan con esta familia: creencias rígidas, indiscriminación y borramiento de las diferencias, conflicto autonomía - dependencia, agotamiento individual y familiar, predominio de la endogamia, déficit de funciones paternas y maternas, congelamiento del tiempo en alguna etapa del ciclo vital familiar, oscilación permanente entre excesivos límites subsistémicos o inexistencia absoluta de los mismos, imposibilidad de diálogo, produciéndose un “diálogo monogal”.

A partir de lo observado decidimos poner el foco de intervención en la pareja, donde vislumbramos además importantes conflictos para ejercer las funciones parentales.

Se les comunicó la manera en que podíamos intentar ayudarles y establecimos un encuadre de una entrevista a la semana durante una hora y quince minutos de duración.

En principio Pedro se quejó de que habría una merma en la economía familiar, a diferencia de Vilma que apostó con decisión por la medida que se les proponía. En el transcurso del tratamiento es Pedro el que defiende que para el tratamiento se “saca el dinero de donde sea” a diferencia de Vilma, que muestra mayor resistencia a la continuación del mismo.

Iniciaron la psicoterapia que dura hasta hoy en día, con bastante regularidad.

Historia de Vilma y Pedro

Los miembros de la pareja provienen de una vinculación familiar muy diferente. Según la descripción de los modelos que propone E. Pichón Riviére, la familia de Vilma responde a la modalidad “epileptoide”, caracterizándose por la unión excesiva y vínculos pegoteados entre sus miembros, con poca autonomía y roles fijos. Conductas sobreprotectoras, y dificultad para manejar los duelos.

A diferencia de Pedro, cuya manera de relacionarse es propia de una familia esquizoide: tendencia a la

disociación y dispersión de los vínculos, y con escasa unidad familiar.

Al intentar describir la historia de ambos, pocos son los datos obtenidos. En el caso de Vilma su funcionamiento endogámico y sus idealizaciones, hace que las defensas impidan una mirada sobre su historia.

Pedro tiene una pobre simbolización, una mirada muy desvalorizada de sí, y una historia de abandono y soledad. Aun así en el proceso terapéutico pudo ir construyendo poco a poco la narrativa de su infancia y adolescencia.

Vilma

La paciente toma constantemente a su familia de origen como ejemplo, en contraste según ella de la de su esposo.

Es la mediana de tres hermanas, planteando en todo el proceso terapéutico, una idealización de sus padres que no admite ningún tipo de cuestionamiento. “Con la mirada de mi padre sabíamos que teníamos que callarnos, y mi madre acordaba con él.”

Pedro

La historia infantil que Pedro transmite es de mucha soledad. Mientras su vida transcurría en la calle, sabía que cuando volvería recibiría un golpe por parte de su padre, manifestando que desconocía los motivos por lo que le pegaban solamente a él. Al preguntarle por su madre dice que ella estaba ausente, aparece en su relato alguna imagen de ella comiendo en la cocina sin intervención alguna. Pedro es el menor de tres hermanos, con los que no mantiene relación. Cuando tenía seis años el cura de la iglesia a la que asistía le facilitó acudir a las colonias de verano, siendo una experiencia que le agrada recordar. Acorde a estas experiencias, frente a la crianza reivindica que una buena torta resolvería todos los problemas.

A continuación presentaremos algunas sesiones del proceso.

Breve introducción aclaratoria al fragmento de sesión que se detalla a continuación

Después de un largo periodo de tiempo durante el cual P. viene a las sesiones poco participativo, mostrándose como aislado, cabizbajo, ocultando el rostro, empieza la sesión comentando que está durmiendo mal. Refiere que cuando se acuesta comienza a pensar en lo que viene pasando en el entorno familiar, en las cosas groseras que él dice, en los reproches que le hace V., en la actitud de su hija, en las confrontaciones que tiene con el hijo, en las cosas que en el pasado hizo mal. Dice que en esos momentos, de alguna manera empieza a escuchar a otro P., al que él representa con un gesto que consiste en llevar su mano derecha que abre y cierra a la altura de la frente, como si la mano, estuviera hablando. (Esta mano-parlante, parece que representa varios personajes o conciencia en P., que

han ido apareciendo en este proceso, con funciones diferenciadas de su economía pulsional).

Por ejemplo, en una sesión, P. comentó qué le hubiera gustado hacer al profesor de su hijo, que lo había valorado mal y según P chuleándolo. Sus palabras fueron “yo iría a verlo, le daría una paliza y continuo con expresiones agresivas cada vez más intensas. Pedro decía haciendo el gesto de “mano-parlante”, ese es el lado malo de mí, aunque también dice yo nunca haría algo así.

A pesar del tono agresivo de sus comentarios vamos observando cómo puede ir verbalizando y mostrándose ante él y los demás. Quedando reflejado en la siguiente viñeta.

Una aclaración importante es que en una sesión anterior, Adriana y yo nos quedamos muy sorprendidas cuando dijo: “a veces me da por escribir”. A partir de ahí P. empezó a contar que venía escribiendo desde hacía mucho tiempo, que nunca daría a conocer a nadie las cosas que escribía, porque eran “mariconadas”. Cuando en otras sesiones le preguntábamos si había vuelto a escribir, decía que sí, pero que nunca lo mostraría. No podía hablar sobre qué temas escribía. Se veía la resistencia de P. a mostrar este lado de sí mismo. Escribía cuando iba en el camión casi siempre. En algún momento yo le pregunto si cuando escribía sus contenidos eran del estilo de la respuesta al profesor de su hijo. Dijo que no, que siempre escribe las cosas que le gustaría decir sobre todo a su hija, también a V, son cosas que me salen y pienso sobre mi vida y que me dan vergüenza, porque son “mariconadas”. Mientras hablaba, se movía en el asiento y escondía nuevamente el rostro.

Podemos decir, que ese día, nos llevó a pensar, que al igual que las marionetas cobran vida, movidas por finos hilos, su gesto y sus palabras estaba dando a conocer en P., la existencia de un fino hilo que sostenía una oculta y paralizada sensibilidad.

Sesión

Cuando llegan V. toma la palabra y hace mención del bonito olor que hay en las calles. Huele a azahar. P. ha dicho buenas tardes y se ha sentado.

V: (Habla durante un rato) Que es una pena lo poco que dura la floración del azahar y de otras cuestiones que pasan en la calle.... Se produce un silencio en el que P. se mantiene callado y mirando al suelo.

G: Se dirige a P. y le dice que lo ve algo distraído, como adormecido, o cansado.

P: No, no estoy dormido, lo que estoy es enfadado con vosotras.

V: Se ríe a carcajadas, durante varios segundos.

G: Dirigiéndose a P: Bien, estás enfadado y que más....

A: Bienvenido.

V: Vuelve a reír a carcajadas, fuertemente y dice: ¿Estás enfadado conmigo, o con ellas?

P: Contigo no, con ellas dos, que me están cambiando (lo dice enfáticamente, como si estuviera a la vez hablando consigo mismo. (Se detecta cierta emoción en sus palabras).

V: Oh, Oh, vaya, cambiando tú, sí, sí. (No deja hablar a P. que quiere seguir hablando).

P: Si, me están cambiando.

A: Cuéntanos, ¿Qué quieres decir?

P: Antes yo decía las cosas sin pensarlas y ahora las pienso con sentido.

A: Eso que dices está bien, está muy bien.

G: Bueno parece que estás diciendo que has empezado a notar un cambio en tu manera de pensar, puedes decir algo más de ese cambio, ¿Dónde lo notas?

P: Pero a veces, sigo metiendo la “bakalá”. El otro día, estaba con el niño y no sé porque, me salió la mala lengua.

G: Bueno P., cambiar o estar cambiando a la hora de pensar y hablar, también consiste en que en un momento te expresarás como vienes haciéndolo, o sea con un vocabulario que se escucha como palabrotas y en otras ocasiones, ese cambio que se está produciendo en ti, te lleva a expresarte de otra manera, menos fuertes.

A: Cambiar también es eso. Volver en un momento a lo que es frecuente, habitual, para luego avanzar y hacerlo de manera diferente. Es como andar hacia atrás y luego ir hacia adelante.

P: (Se dirige a Gertrudis) tú me preguntaste porque me pongo a escribir. Yo antes lo hacía porque sí. Ahora me doy cuenta que escribo cosas que me gustaría decirlas a mi hija y que no soy capaz de decirlas. Antes escribía, sin pensar en lo que escribía, lo hacía y luego lo quemaba o lo partía. Ahora lo escribo, lo leo y también lo parto, pero he leído lo que he escrito.

A: Lo lees y piensas en lo que has escrito. Reflexionas en lo que lees.

G: Si, P. como dice Adriana te detienes en leer, es como si escucharas lo que has escrito. A diferencia con lo que hacías antes, que escribías, no te parabas en pensar en lo escrito y lo tirabas.

La sesión que se relata a continuación transcurre a la vuelta de las vacaciones de Semana Santa

V: Saluda y pregunta cómo hemos pasado las vacaciones. Ella comenta que no ha tenido vacaciones

de Semana Santa. He estado de chofer, de panadera y no tengo nada que contar. Ellos han disfrutado mucho, yo no he ido a ver procesiones disfrutando viéndolos a ellos. Los he recogido, he hecho los bocadillos. (V. sigue presentando una agorafobia que le impide integrarse en estos eventos familiares).

P: Dice que salió el jueves por la tarde y volvió el viernes a las dos de la tarde.

V: Repite lo que él ha dicho y comenta que los llevó cada vez que ellos querían en el coche acercándolos y ella se volvía a casa.

P: Cuando vimos a la Trianera (la procesión) vi la cara de mi hijo llorando, y pensé si esto ocurre el domingo de Ramos, hubiera acabado la Semana Santa. Luego viendo el Gran Poder, mi hijo era un cadáver, lo vimos a las siete de la mañana y estaba blanco, tuvimos que ver pasar de pie a dos mil nazarenos, de pie y luego fuimos a ver a la Macarena, mis dos hijos lloraban, y para mí en ese momento ya se acabó la Semana Santa. Las emociones que mostraban mis hijos me conmovían, estábamos haciendo algo muy sentido para los tres. Realmente no se acabó la semana santa porque volví a casa, me duché me puse el traje de chaqueta y cogí a mi hija que quería venir y nos fuimos a ver el Resucitado. Mi hijo se había acostado y dormía, estaba agotado.

G: ¿Que decían tus hijos cuando se emocionaban y lloraban viendo las procesiones?

P: No decían nada, yo tengo la cara de Moisés grabada, cuando iba en ese paso andando y empezaba a sonar la marcha y le digo el nombre de la marcha, “El alma de Triana” y de momento reaccionó impresionado y dice no me digas papá!!!!, y empezó a llorar todavía más y a grabar con el móvil la marcha. (Su hijo admira el conocimiento de su padre).Y luego me dijo “hijo de puta”, ¿Papá cómo te sabes todas las marchas? Para mi ver a los gitanos se acabó la Semana Santa. (Es la manera que tiene P. de expresar el grado de emoción que le produce este Cristo, que como su nombre lo indica, es representante de la comunidad gitana, que manifiestan una gran devoción por “Su Cristo”).

(Comenta con mucho detalle por las calles que tenían que recorrer para ver una y salir corriendo para ver otra. Les va describiendo a sus hijos los detalles, el sonido que provoca el rozar de los pies de los costaleros, llevando el paso, el silencio que en determinados recorridos se genera, el olor del incienso, la voz del capataz para dar la salida, las calles que tienen que recorrer abriéndose paso entre tantas personas que las ocupan, para ver una y salir corriendo para ver otra). Se lamenta que no ha podido estar en todas las que le hubiera gustado porque iba con sobrinos y cuñados).

V: Interviene continuamente cortando a P. para repetir o completar lo que él está narrando.

P: Comenta cómo fueron buscando un banco para ver una de las procesiones.

V: No he tenido que hacer de comer toda la semana. Ellos se iban con un bocadillo o lo compraban en la calle y yo, yendo a la panadería por pan. Poniendo lavadoras, porque Moisés no quería ir en chándal y si de guapito con sus pantalones y chaqueta.

A: Bueno es un cambio para Moisés, todo un ritual nuevo, es un momento diferente, vive la Semana Santa como algo muy especial y no quería ir con el chándal que es la ropa de todos los días.

G: Si, parece que el contexto de la Semana Santa le permite a Moisés cambiar su imagen, demostrando todo lo que significa para él estar con sus padre y hermana compartiendo algo que los hacen muy felices y que los une.

V: Cuando llegaban a la casa sobre todo Moisés se dirigía a mí para comentarme con la cara transfigurada por la alegría y hablando rápidamente, mamá, mamá, para comentar todo lo que habían visto. Le dije: ¡No quiero escuchar hablar de Semana Santa en seis meses!

P: Yo me he quedado sorprendido todo lo que sabe Moisés. ¡La niña sabe, pero el niño sabe muchísimo!

V: interrumpe: ¡Bueno la niña también sabe mucho, pero le pasa lo que a mí, que le gusta verla, escuchar la marcha y no tanto en los detalles!

P: La niña también sabe, pero desde luego Moisés se fija en pequeños detalles y que los dos hijos tienen una obsesión por saber cosas de los pasos.

V: Después durante la semana en los ratos que estaban en casa, veían en la TV algunos reportajes de procesiones y mi hija iba a pillar al padre en algo que no supiera. ¿Es verdad o mentira? le pregunta a P. El otro día le preguntó algo al padre que éste no pudo responderle y le dijo, ya ves, yo se mas que tu (V. expresa esto sin poder hablar de la risa que le produce la acción de la hija).

P: ¡Hay que dejarla que ejercite su mente! Dice que durante todo el año está buscando curiosidades de las hermandades y por eso conoce muchas cosas sobre las mismas.

A: Yo diría que más que obsesión tus hijos muestran una gran pasión por la SS, que es lo que tú le transmites P.

V: Es cierto! Lo que dice A. pero con una fuerte risa, comenta que lo que le hace gracia de su hija, es como busca decirle algo a su padre, que éste no sepa.

G: Tus hijos muestran la pasión que tú les has transmitido.

A: Fíjense, para Moisés es una admiración, todo lo que sabe su padre y para Guadalupe es, a ver si pesco a mi padre en un desconocimiento. ¿A quién se parece Guadalupe?

V: (Ríe llamativamente y con gran orgullo responde) A su madre. Es como yo.

Tanto V. como P. siguen hablando de cuáles son las preferencias de las procesiones que salen en Semana Santa. V. cree que a su hija y a ella es la Hermandad de los gitanos la que más fe le provoca. Quiere que el año próximo pueda ella salir con ellos y P. dice que aunque Los Gitanos para él es única hay otras que también le hace emocionarse, saltarse las lágrimas.

A: Está siendo una sesión procesional.

P: Yo después de esta semana puedo morir tranquilo dos veces. Lo juro, no era lo que yo había pensado. V. no lo deja hablar y P hace mención que hace 25 años que no veía a Santa Cruz, los mismos años que hace de casado. Este año he visto procesiones que hacía años que no veía y he ido con mis dos hijos que la han vivido a tope.

G: Teniendo en cuenta lo que ha dicho Adriana, quiero volver a hacer la pregunta, por si pueden dirigir vuestra reflexión para pensar en esta Semana Santa, no solo desde el punto de vista de ver esta o aquella procesión, sino como ha sido para el conjunto de la familia el estar compartiendo tantos días y...

V: (Cortando la intervención de Gertrudis): Yo he disfrutado de verlos a ellos.

P: (La corta a ella): Yo me he levantado, he cogido a los niños y me he ido a la calle, cuando volvíamos a ella no la veíamos porque se acostaba.

A: Si, ¿ y que piensas de todo esto: por qué se podría morir tranquilo?

P: Pienso que he compartido con mis hijos vivencias de mi niñez que no sé qué más, que más.

G: Antes has dicho algo que puede ser para detenerse a pensar. Cuando veías a tus hijos llorar de emoción ante una procesión, qué suponía para ti esa emoción que mostraban los hijos.

V: Contesta riéndose fuertemente, ya lo ha dicho que se podría morir tranquilo.

G: Si! ¿P, puedes añadir algo más?

V: (ríe muy muy fuerte) y dice bueno no se ha muerto ni ha matado a alguien.

P: Me sentía orgulloso cuando miraba a mis hijos y veía sus caras, las gentes se retiraban de mi lado y pensaba este va a reventar. No sé cómo decirlo.

G: Yo creo que estás diciendo muy claramente lo feliz que te has sentido al estar compartiendo emociones junto a tus hijos y mostrándole todo lo que tú sabes y sientes en la Semana Santa, tanto es así que dices que estas vivencias junto a tus hijos te han llevado a recordar tu niñez. También V. aunque de diferente manera

ha vivido una Semana Santa, llevándolos, trayéndolos, haciendo bocadillos. Habéis sido todo un equipo, con la disponibilidad por parte de cada uno de vosotros de pasar una Semana festiva, de conmemoración.

A: Si y además es interesante para pensarlo, ya que podría repetirse en otros momentos, pensaba en las vacaciones, cuando han hablado a veces de como habéis pasado las vacaciones y V. se quería quedar en el hotel y vosotros tres os ibais a la playa, entonces también teníais un proyecto común.

A y G expresan que esta experiencia de familia-equipo que comparte ilusiones y actividades y bienestar, se pueden reproducir en otros momentos de la vida en común.

P: Refiere que en esa semana ha tenido muchas conversaciones con sus hijos como nunca.

V: Pero todo de Semana Santa.

P: Mi hija el domingo por la tarde me dijo, papá gracias.

Le pregunté porque es y me dijo, por la Semana tan estupenda que me has hecho pasar, después Moisés me envió un WhatsApp dándome las gracias también y pensé que se habían puesto de acuerdo y que no me tienen que dar las gracias, es mi responsabilidad.

Para finalizar....

Volvemos a la imagen del pedernal. Según el Diccionario de la RAE, es una variedad de cuarzo, cuyo material es compacto, sumando dureza en cualquier cosa y desprendiendo chispas por el roce. En todo el proceso fuimos sintiendo su doble vertiente: que son impenetrables, duros y resistentes, y en otras ocasiones eso mismo los hace lidiar con la cruda realidad de la vida y con su deseo - no se sabe bien porqué- de querer seguir siendo una familia. Con ese proyecto de familia, que con dureza, roces y chispas traen se sigue luchando en el tratamiento.

Bibliografía

Giberti, E. (2005). *La familia, a pesar de todo*. Buenos Aires. Noveduc Editorial.

Glasserman, M.R. (comp). (2008) *Familias gravemente perturbadas*

Kleiman, S. (comp). (2010) *Familias con niños y adolescentes. Consultas y dispositivos*. Buenos Aires. Del Hospital Ediciones.

Pichón Riviere, E. (2008) *El proceso grupal. Del Psicoanálisis a la Psicología Social*. Bs. As. Nueva Visión Editorial.

Ricón, L. (2010) *Una familia suficientemente buena*. Buenos Aires. Podemos Editorial

ΨΨΨΨΨΨΨ

*Trabajo presentado en el ciclo de Ateneos Clínicos del curso 2025-26, el 31 de enero de en la sede de AECPPNA en Madrid. Algunos datos del caso fueron modificados con el fin de preservar la confidencialidad.

** Sobre las autoras:

- María Gertrudis Castro Blandón Psicóloga. Especialista en intervención con niños tutelados y familia. Psicoterapeuta de pareja y familias.
- Adriana Szlifman es Psicóloga Clínica. Psicoterapeuta acreditada por FEAP. Docente del Posgrado y Master de AECPPNA. Coordinadora de los talleres de Supervisión Psicoanalítica del Colegio Oficial de Andalucía Occidental. Atención en consulta privada de pacientes niños, adolescentes y adultos.

***Sobre la presentadora:

Iluminada Sánchez es psicóloga, psicoterapeuta, psicoanalista. Psicoterapeuta acreditada por FEAP (Federación Española de Psicoterapeutas). Directora del Área Académica, docente y miembro de la Junta Directiva de AECPPNA. Coautora del libro "El quehacer con los padres. De la doble escucha a la construcción de enlaces". Codirectora de la revista digital de AECPPNA: En Clave Psicoanalítica.

*Psicoterapia madre-bebé. Acompañamiento en la escucha para “leer” al niño**

Raquel Huéscar Párraga**

Comenta Liset Álvarez de Castro-Palomino***



El día 28 de febrero del 2026 en el espacio del Ateneo Clínico se presentó un caso titulado: “Psicoterapia Madre-Bebé”, “Acompañamiento en la escucha para leer a un hijo”. El presente texto intentará dar cuenta de este encuentro, que fue muy enriquecedor y conmovedor a la vez, tanto para las que lo presentábamos, como para los asistentes.

1.) Presentación del Caso Clínico.

La psicoterapia perinatal plantea modos de mirar, escuchar e intervenir sobre la familia a lo largo de todo el ciclo vital. Nos centraremos en el trabajo clínico en la psicoterapia de una madre, un padre y su bebé.

Para ilustrarlo, me gustaría comenzar con una historia. En el desierto de Gobi, al sur de Mongolia, una familia de pastores nómadas ayuda a los nacimientos a una manada de camellos. Una camella tuvo problemas en el parto, un parto muy doloroso que le produjo un rechazo a acercarse a su cría. Le da patadas y la aparta cuando ésta se acerca. Me gustaría que imaginásemos la escena, la cría de camello persigue a su madre, llora, pero sin éxito acaba finalmente alejándose. La familia de nómadas toma la tarea de reunirlos. Traen a un músico de un pueblo cercano, que comienza a tocar una melodía repetitiva, de cuerda, además de colgarle en la joroba un instrumento a la camella. Mientras, una mujer de la familia se encarga de intentar acercar a

la cría y acaricia a la camella susurrándole consuelo. Entonces, la camella comienza a llorar escuchando la música, lo que permite que la cría se acerque, iniciando la lactancia.

Esta maravilla de la antropología, es un fragmento del documental llamado “la historia del camello que llora” y que puede servirnos para observar y comprender muchos de los sentimientos que tienen tanto la madre (o un cuidador/a), que rechaza al hijo porque se encuentra dolorida; la cría de camello rechazada, que acaba alejándose de su madre, y la comunidad (simbolizada en la mujer y en los músicos), podríamos pensar en los terapeutas también, que intentan acercarlos para que se desencadene la conducta de maternaje.

A lo largo de la presentación de esta viñeta clínica proponemos una manera de pensar acerca de nuestra mirada sobre la relación madre-bebé y una pequeña propuesta sobre su abordaje.

1.1) Introducción

Los bebés son los grandes enigmas. En presencia de un bebé, afirmaba Daniel Stern, nos vemos obligados a inventar sus mundos interiores.

¿Cómo han de ser mirados los bebés? ¿Con qué capacidades cuentan? ¿Podemos imaginarnos sus capacidades mentales, cognitivas, atencionales o de relación? ¿Poseen defensas? ¿O hemos de mirarlos siempre en relación con otro?

«No existe tal cosa como un bebé. Siempre que se encuentra un bebé, se encuentra el cuidado materno, y sin el cuidado materno no habría ningún bebé» (Winnicott, 1975). Pero también, cuando una madre consulta en puerperio, ahí tenemos a un bebé con ella. Esté o no esté presente en la escena.

1.2.) Análisis de la demanda

María acude a consulta en el puerperio inmediato atravesando una intensa angustia, con dificultades para tranquilizar a su bebé y sin poder conciliar el sueño cuando tiene la oportunidad de hacerlo. El nacimiento de su hija ha reactivado aspectos dolorosos de su propia historia personal, lo que se manifiesta tanto en síntomas físicos como en un profundo malestar emocional.

Por su parte, la bebé, que tiene tres meses al momento de la consulta, presenta irritabilidad y problemas en la alimentación. Actualmente se encuentra con lactancia materna exclusiva.

En ocasiones, la mastitis plantea una desregulación entre lo que ofrece la madre y lo que puede recibir el bebé. Al margen de lo biológico, donde se inflama la glándula mamaria con o sin infección, la lactancia desde lo simbólico muestra alguna forma de “obstrucción” en la relación. Nos preguntamos, ¿lo somático nos expresa algo del conflicto de relación entre madre e hija? ¿Cómo vive esta madre la dependencia de su bebé? ¿El nutrir, estar y por otro lado el rechazo que le genera?

Las demandas del bebé pueden vivirse como “agresiones”, “el bebé me grita” “me agrede” “me hace daño” o “no es normal”.

En ocasiones, nos encontramos que las madres no encuentran consuelo en su pareja o en alguien de la familia. Acaban visitando con recurrencia al pediatra, que muchas veces no pueden registrar la emoción que subyace y acaban restando importancia a lo que ocurre. Lo psíquico de la madre, el bebé o la relación es invisible para muchos, aunque se grite en malestares.

La ausencia de experiencias placenteras en el vínculo con el bebé constituye una señal de alarma. Sin embargo, debido a las fuertes expectativas sociales que recaen sobre la maternidad, a muchas mujeres les resulta difícil expresar este malestar abiertamente.

1.3.) Familia de origen

Con el deseo de un hijo aparece una mirada hacia la propia familia, especialmente hacia la propia madre. Pensemos en cuánto de la historia familiar se pone en juego, ¿cómo vivió la propia madre la maternidad? ¿cómo fue el embarazo? ¿hubo alguna pérdida antes? Maternar sin la propia madre se hace especialmente difícil. Pensemos en María, acaba de ser madre sin muchos apoyos y perdió a su madre con 21 años, tras una larga enfermedad que la dejó postrada en la cama durante nueve años. Un duelo sin muchas palabras que, al nacer su hija, se reabre.

La relación madre-hija la describe compleja, con mucha angustia, donde María resultaba muy irritante para ella, donde se pedía que “no molestara” a su madre, dada su fragilidad. María cuando coge en brazos a su bebé, acoge también su propia historia como hija. Se siente incapaz, falta, diferente a las demás. No encuentra la calma ni sola ni con su hija.

¿Se puede ofrecer lo que nunca se ha recibido? ¿Puede constituir el espacio terapéutico un lugar de maternaje?

Ella incorporó la etiqueta de “incapaz” a su vida, por lo que piensa que ya sabiendo esto, no tenía que haber sido madre. Su ansiedad ha sido muy incapacitante toda la vida no sabe por qué accedió a la petición de su pareja.

El narcisismo de la madre está profundamente dañado, no se cree válida para sus funciones. ¿O es el rechazo sufrido de niña lo que le ha hecho introyectar una crítica tan dura?

1.4.) Encuadre

Se propone un trabajo de una sesión semanal presencial en la que, en muchas ocasiones se harán de forma conjunta, madre-bebé; madre-padre-bebé o de forma individual.

1.4.1) Primeras sesiones

Las primeras sesiones con María eran una descarga de angustia.

Dada la gran dificultad para dormir cuando podía y la multitud de síntomas físicos, incido especialmente en la derivación a una psiquiatra, pese a sus resistencias por la preocupación que pudiera afectar en la lactancia a su bebé. Finalmente consulta con una persona especializada con la que me coordino.

Siempre tuve en mente a su bebé. ¿Cómo encontrar la calma con una madre tan desbordada? ¿quién se estaba haciendo cargo de la bebé? ¿Cómo estaría sintiéndose?

La descripción que María realiza de su bebé es de agresión, con la convicción absoluta de que su hija no es normal, ya que no duerme, llora muchísimo y le

cuesta la lactancia.

En estos primeros momentos el trabajo se centró en la contención emocional. El espacio terapéutico era un espacio de descarga, calma, que no dejaba mucho más para elaborar, unir, avanzar. ¿Qué tsunami interno se abre dentro de María ante el llanto de su hija? ¿Estamos ante la niña pequeña que no encuentra consuelo? ¿Esa niña difícil, que irritaba a su madre? ¿O era la única manera de ser vista ante una madre postrada? En la consulta no hay espacio para la intervención, en estos primeros momentos la contención emocional era urgente.

En el trabajo perinatal hay aspectos que salen del encuadre, en algún caso intervenciones en hospitales cuando la madre se encuentra muy mal, a pie de cuna. En este caso, animé especialmente a buscar ayuda o apoyos en casa y en el cuidado de la niña. Mientras avanza el tratamiento, alguien tiene que hacerse cargo de su bebé.

Una situación que ocurre con relativa frecuencia es que bajo esa irritabilidad de la niña había cierta condición médica influyendo. Se detecta algún tipo de alergia en la bebé.

Si pensamos desde el psicoanálisis, ¿qué estaba pasando con la relación de la lactante y su madre? ¿No es la lactancia la primera forma de relación amorosa? Hay algo que a la niña le cuesta “asimilar” de su madre. ¿Cómo percibe la niña la angustia materna? Al margen de lo biológico, si miramos más allá, ¿no es una manera del bebé de alejarse y expresar su malestar, como el camello rechazado?

Me pregunto también, ¿quién es el bebé aquí?

Winnicott en su trabajo “La lactancia natural como forma de comunicación” expresa: “Junto con la alimentación fisiológica común, añade-hay un ingerir, digerir, retener y rechazar relativo a cosas, personas y hechos [...]. Aunque el niño crece y se torna capaz de desarrollar otros tipos de relación, esa relación temprana persiste durante toda la vida en mayor o menor grado”-concluye (Winnicott, 1941).

Así que madre e hija (y la ausencia de un tercero que contenga) parece que muestran cierto desajuste en la relación.

Bernard Golse, psiquiatra infanto-juvenil y psicoanalista referente en perinatalidad, plantea que en lo que respecta a la transmisión intergeneracional, el esquema es ascendente y descendente. La organización psíquica de los padres influye evidentemente en las interacciones con su hijo y, por tanto, en la organización psíquica de este; pero el funcionamiento psíquico del niño (su temperamento, la naturaleza de su sistema proyectivo, las características de sus modalidades personales de apego, su estilo de sintonización afectiva...) también es susceptible de influir en el funcionamiento de sus padres y de volverlos más o menos seguros o inseguros, independientemente del tipo de hijos que

ellos mismos hayan sido, o que imaginen (esperen o teman) haber sido.

«El niño hace madre a su madre», decía Serge Lebovici, lo que ya iba en el sentido de esta hipótesis de una transmisión intergeneracional ascendente.

Por lo que la historia se co-construye entre los niños y los adultos, es fruto de la coescritura activa.

Golse cita a Bernard Doray, psiquiatra y antropólogo, que afirmó en una ocasión esta bonita frase: «Llegará un día en que se sabrá injertar todo: hígados, corazones, riñones, pulmones... pero hay una cosa que, sin duda, nunca sabremos hacer —y quizá afortunadamente—: injertos de historia...»

¿No es lo biológico en este sentido un elemento de vulnerabilidad que despierta los fantasmas en su madre? ¿Cuántas situaciones advienen en el transitar del deseo de tener hijos, embarazo, parto o posparto que reactivan elementos de la propia historia?

En el planteamiento de las sesiones, me empiezo a preguntar sobre cuánto tiempo es necesaria la descarga emocional, si así es posible un trabajo analítico y cuál es el lugar que ocupo yo para ella, si algo de lo que yo le devuelvo puede incorporarlo. ¿No será algo parecido a lo que yo siento con ella lo que siente esta bebé con su madre? No hay espacio para un otro.

Nombrar este aspecto pone la psicoterapia en otro punto, como mínimo el encuadre ha de ser una vez por semana, minimizando los cambios. Es importante priorizar la forma de trabajo. Hablamos de los temas económicos para hacerlo viable. Es importante poder revisar su historia, algo de su “ser niña” o de su propia madre se hace presente en la interacción actual.

Para que no se sienta atacada o señalada y se defienda, necesito establecer una buena alianza.

Entramos en una regularidad en las sesiones. Ella siempre necesita descargar al principio, pero comienza un trabajo de asociación, en las primeras sesiones empieza a aparecer algo del cambio.

A lo largo de las sesiones comienzan a aparecer ciertos recuerdos traumáticos vividos, en relación con su familia, su madre, padre o hermanos. No obstante, no basta con el recuerdo (que ya estaba), lo importante para la elaboración es la conexión con la emoción sentida de niña. Poder atravesar ese dolor, la sensación de abandono, de rabia o tristeza. Desde ahí podemos hacer un cambio.

Selma Fraiberg en su texto “Fantasmas en la guardería” afirmaba “¿Qué es lo que determina si el pasado conflictivo del padre se repetirá con su hijo? ¿Es el principal determinante la morbilidad en la historia de los padres? Esto nos parece demasiado simple. Es cierto que todos conocemos familias en las que una historia paternal de tragedia, crueldad y pena no ha

sido infligida a los niños. Los fantasmas no inundan la guardería ni debilitan los vínculos de amor.

Los fantasmas simbolizan cómo el pasado se repite en el presente. Gracias al método que desarrolló Freud, podemos rescatar experiencias pasadas y aliviar sus efectos dañinos en la actualidad. Sin embargo, aunque muchas personas sufren las huellas de conflictos heredados, especialmente de figuras parentales, los bebés han sido de los últimos en beneficiarse de los avances del psicoanálisis y la psicología del desarrollo. Esta paciente, incapaz de expresarse con palabras, ha tenido que esperar a que alguien pueda hablar en su nombre.

Hoy sabemos que los cuidadores tienden a repetir experiencias traumáticas tempranas cuando estas permanecen evitadas y no se hablan. El “olvido” puede servir como defensa para sobrevivir al trauma, ya que protege de recuerdos y emociones dolorosas; sin embargo, cuando esos contenidos reaparecen más adelante, las reacciones traumáticas no resueltas pueden reproducirse de forma inconsciente en la relación con los hijos.

El modelo de Fraiberg, conocido como psicoterapia infanto-parental, busca acompañar a los cuidadores para que conecten con lo que sintieron cuando fueron heridos o tuvieron miedo. Al lograrlo, pueden comprender mejor las emociones de sus hijos y evitar causarles un daño similar al que ellos mismos vivieron.

En realidad, los recuerdos no desaparecen; lo que suele quedar reprimido es la carga emocional asociada a ellos. Cuando en terapia esos afectos se activan y los padres pueden experimentarlos nuevamente en un entorno seguro, dejan de necesitar expresarlos a través de sus hijos. Así, pueden tomar distancia y decidir: “no quiero que mi hijo pase por esto”. En este proceso, el terapeuta actúa como un testigo que reconoce el dolor, lo valida y lo transforma en algo más manejable para quien lo ha sufrido.

La historia no es el destino.

¿No será el llanto continuo de esta bebé la necesidad de hacerse escuchar de su madre (con su propia madre)? ¿Es la queja y lloro de María en las sesiones la necesidad de ser escuchada, vista y reconocida en algún espacio? ¿Cuáles son los fantasmas que aquí aparecen, su madre, ella de bebé, que no dejan leer las señales?

1.4.2.) Convocar a las sesiones al bebé

Decido entonces insistir de nuevo convocar al bebé a la sesión. Me parece importante observar la díada (o la tríada) en sesión, poder acceder a lo que ocurre, trabajar en la relación.

Frente a la descripción de su madre, Sara (la bebé) aparece en su carro, levemente incorporada, seria, con un saco de invierno, muy abrigada. Me mira y mira a su madre. Me llama la atención su inmovilidad. Frente

al discurso de su madre, Sara se muestra radicalmente contraria a lo que viene describiendo.

¿Qué puede estar percibiendo un bebé con cinco meses en un lugar extraño y con una persona que no conoce? Un lugar donde vienen a hablar de ella.

Incluir al bebé, darle espacio permite establecer un momento especial, el de la «atención focal compartida», donde los ojos de la pareja se dirigen simultáneamente hacia el bebé. Allí, el bebé recupera un lugar privilegiado y, a menudo, es un momento de construcción e interpretación.

Me dirijo a Sara y me presento: “Sara soy Raquel, me alegra mucho conocerte, había oído hablar mucho de ti”.

Dirigirse a los bebés generó en la madre sorpresa, a lo que en seguida respondió su madre “Sara dile hola a Raquel”.

Mientras su madre relata su día, con algunos problemas, Sara se muestra inmóvil, mira a su madre, no se queja, no mueve las extremidades, casi ni parpadea.

Me llama la atención lo tranquila que parece Sara y le digo: “A lo mejor estás un poco asustada”

A lo que responde su madre, “fuera de casa está mejor”.

En esta sesión intento equilibrar el discurso de María, su marido y el bebé; intento ofrecer un espacio de expresión y ofrecer palabras a Sara sobre lo que puede estar sintiendo.

Pero hay algo que me llama la atención especialmente a punto de finalizar la sesión. María me dice que hace calor, que por favor si puedo bajar la calefacción que para la niña es demasiado. Me llama la atención que me pida algo, pero que no le quite el saco a la niña. Es un hecho que registro, pero del que no intervengo. Sara es también mi paciente, una paciente que expresa a través de su cuerpo, su mirada, pero que todavía no habla.

Es importante “frenarse” en algunas intervenciones con los bebés. Cuando se interviene en el cuidado del bebé, no estaríamos más que confirmando que su madre es un desastre (tal y como ella piensa) y que “otras” lo hacen mejor (imagen idealizada de otras madres y otros bebés).

¿Cómo esta madre mentaliza sobre su hija? Está pudiendo pensar en ella y hacer algo en consecuencia, pero ¿es el otro el que cuida? ¿Hay algo que no puede sostener del otro? ¿Se reedita algo de su propia historia como hija en su lugar como madre?

Me pregunto si esta es la manera en la que ella ha sido cuidada, organizar para que todo esté para ella, pero desatendiendo lo emocional. Hacen que las cosas ocurran en mediación de otro.

Por otro lado, me llama la atención la inmovilidad de Sara. No se queja, no tiene chupete, sigue “congelada”. No aparece entretenida con algo en las manos, no las mueve dentro del saco. No reacciona a mi sonrisa. Ninguna vocalización espontánea, ninguna sonrisa. Tengo que realizar muchos esfuerzos para captar su atención.

¿Podemos hablar ya de comportamientos sobre adaptativos? Es como si oscilara de periodos de “desconexión” a periodos de mucha reactividad.

La escala de evaluación ADBB desarrollada por Antoine Guedenay, psiquiatra y psicoanalista, nos ayuda a observar síntomas precoces de retraimiento relacional y emocional en bebés hasta los 24 meses. Afirmaba: “prestarle atención al bebé es el primer paso para resolver cualquier problema”.

Es un primer contacto, pero me hace sospechar que el sufrimiento es importante.

Según Pascual Palau Subiela (2023), en los primeros momentos tras el nacimiento, el bebé puede verse desbordado por estímulos sensoriales y emocionales que aún no es capaz de procesar a nivel psíquico ni cerebral. Ante esta sobrecarga, pone en marcha defensas muy primitivas destinadas a regular su estado interno. Cuando estas respuestas se mantienen en contextos de exceso o carencia de estimulación, pueden afectar negativamente al desarrollo global (psíquico, corporal y neurológico) aumentando el riesgo de dificultades tanto a corto como a largo plazo: problemas psicósomáticos, alteraciones en la alimentación y el sueño, retraimiento en el vínculo, dificultades de apego, síntomas ansiosos o depresivos y trastornos atencionales o conductuales.

Palau señala “si no existe el anhelo por el gusto no se experimentará su pérdida”. En este sentido, durante la constitución del narcisismo primario, el bebé puede renunciar a sostener el deseo como una forma de evitar el sufrimiento que implicaría perder aquello que lo satisface. Si a esto se suma la falta de experiencias tempranas suficientemente adecuadas, el desarrollo puede verse alterado. De este modo, la dificultad no radica solo en la pérdida del objeto, sino también en la imposibilidad para mantener internamente el deseo y el vínculo con este.

Además, pueden aparecer fuertes dinámicas de autorrechazo, en las que la propia expresión se vive como algo que molesta o es rechazado por el otro. Por ello, resulta clave la experiencia de poder mostrarse y ser aceptado en la relación.

Desde una perspectiva terapéutica, la intervención se enfoca en comprender de qué manera las vivencias inconscientes de los padres impactan en el niño, a menudo repitiendo dinámicas de malestar. En este marco, el bebé cumple una función clave como mediador o activador de estos contenidos durante el proceso terapéutico, tal como plantean Selma Fraiberg (1980) y Alicia Lieberman (2008).

Decido entonces tener más sesiones incluyendo al bebé. Me centraré específicamente en una, en la que Sara ya tiene 10 meses y deambula por la sala. Mientras va explorando y sacando muñecos de una caja, sus padres relatan cómo se encuentran y sus dificultades.

En esta sesión hay silencios, que interpreto como positivos. Hay algo de reflexión, no es una descarga. Sara gatea y se va agarrando a los muebles para ponerse de pie. Con uno de los objetos golpea a los muebles.

María ocupa mucho espacio en la sesión, interrumpe... El padre está inhibido.

Empiezo a incluir la voz de lo que interpreto sobre Sara, intentando poner voz al bebé.

Veo a una María más amable, con la niña hay mirada, hay interacción. Se lo verbalizo en la sesión: “qué a gusto se ve a Sara con vosotros”. Observo una dinámica familiar tranquila.

Al pasar unos 40 minutos, Sara después de explorar toda la sala comienza a llorar y tirar los brazos a su madre, a lo que ella responde mirándome, “ves, cuando se pone así es que no puedo, es insoportable”. Comienza a preguntarme, “¿no sé qué le pasa?”. Yo le digo, “quiero que me cojas mamá” “estoy cansada de estar aquí”. Cuando la coge, “ahora quiere que me levante, seguro” “yo así no puedo estar todo el día”. Yo le devuelvo, “estoy cansada mamá”.

“Qué bien que se dirige a ti cuando no se encuentra bien. Parece que encuentra calma”

Resignificar el lloro de la niña es importante: “la niña llora porque te quiere”.

¿Por qué esa necesidad de suprimir los afectos negativos? ¿Qué ocurre con la experiencia frustrante de la niña y de la madre? ¿Qué hace el padre con ello?

¿Cómo se sentía María ante el “taparle la boca” de su familia?

Para ella la queja es agresión. Si alguien te grita cerca es que te está agrediendo.

- Le pregunto a Sara: “¿Qué despierta en ti su llanto?”
- Siento una bola en el estómago de fuego. No puedo.
- Por eso intentas alejarte, mueve un tsunami dentro de ti. Tú quieres separarte de la angustia. ¿Qué haces tú mientras ocurre esto? Incluyendo al padre.
- Hago lo que puedo, pero cuando está María, ella demanda a su madre.
- Vamos a ver si podemos adivinar un poquito qué le pasa a Sara. María sigue con la niña en brazos. “Estoy cansada mamá” “soy pequeña para estar tanto tiempo en un sitio” “me inquieto”.

- ¿Cómo sigue el fuego interno María? ¿Ves cómo se calma contigo?

En las siguientes sesiones trabajamos en individual lo que ha generado en ella esta sesión, cómo diferenciar el tsunami interno y la expresión de Sara.

Con el tiempo hay un cambio en el padre, comienza a hacerse cargo de la niña de forma más activa. ¿Asistimos al nacimiento de la función paterna?

Entre madre e hija hay un juego compartido los sábados por la mañana, surgen momentos de placer. La nota cambiada, está calmada.

Desde el principio María acallaba la expresión de su hija, intentando suprimir tempranamente los afectos, ligados al displacer, debilidad. Si no se puede mostrar la frustración con el otro, ¿permitimos la investidura del objeto?

Una familia que tapa la boca al otro, que medicaliza el malestar cuando molesta. Investir a la madre con su carga emocional asociada implica poder amarla y odiarla. Cuando se minimiza o rechaza tampoco se puede elaborar simbólicamente. Sólo puedo ser amada si no molesto, si no pido, si no me quejo. ¿No es la frustración constante una forma de no diferenciación?

Esta familia consiguió salir del círculo vicioso relacional donde la angustia en la diada era muy grande, dificultando encontrar el placer y disfrute.

Para concluir, me gustaría hacer hincapié en la importancia de tolerar el llanto del bebé, lo importante que es poder acompañarlo con cariño.

Allí donde el niño puede llorar sin perder al otro, comienza a nacer su mundo interno.

Reflexiones sobre Psicoterapia madre-bebé. Acompañamiento en la escucha para “leer” al niño.

2.) Comentario al caso.

2.1.) Introducción:

Este caso nos permite pensar la especificidad de un dispositivo en el que, más que dos, se configuran tres pacientes: la madre, el bebé y el vínculo que ambos constituyen. Esta tríada conforma una unidad funcional en la que la diada madre-bebé opera como primer organizador de la vida psíquica. No se trata, por tanto, de dos sujetos diferenciados en interacción, sino de un campo relacional originario en el que la distinción yo-no yo aún no se encuentra constituida.

La primera consulta tiene lugar en el contexto de un posparto inmediato, atravesado por una angustia masiva en la madre, que se expresa tanto en síntomas somáticos (diarrea, mareos, temblores, visión borrosa) como en una vivencia de incapacidad para ejercer la función materna, especialmente en lo relativo a la tolerancia del llanto de la bebé. Este último es percibido como agresivo, invasivo y persecutorio: “me grita”, “me ahoga”, “no es normal”.

2.2.) El primer desencuentro: el amamantamiento

Las dificultades vinculares se manifiestan tempranamente en torno a la lactancia. Se articula aquí un doble registro de dolor: por un lado, una bebé con alergia, que responde con cólicos, llanto e irritabilidad tras cada toma; por otro, una madre que padece mastitis. Esta convergencia invita a interrogar

la resonancia entre dolor físico y sufrimiento psíquico.

Si consideramos la lactancia como uno de los primeros organizadores del apego, este inicio se encuentra marcado por una experiencia displacentera compartida. Desde una lectura kleiniana clásica, el encuentro con el pecho —lejos de constituirse como fuente de satisfacción— queda asociado a secuencias de malestar, dolor e irritación. (Hinshelwood, 1999). En la madre emergen vivencias de frustración, rechazo y angustia; en la bebé, estados de tensión y desorganización. Ambos sujetos en este caso pueden experimentar al otro como fuente de agresión.

El llanto prolongado del lactante puede suscitar en la madre fantasías de aniquilación del objeto, en tanto origen del sufrimiento. En este sentido, los cólicos del lactante constituyen un factor clínico relevante en la génesis de las denominadas fobias de impulsión (Fairbrother y Woody, 2008). Cuando el llanto no es contenido, acompañado y simbolizado, puede derivar en retraimiento en la bebé, al tiempo que intensifica el sufrimiento compartido en un momento de alta vulnerabilidad psíquica.

2.3.) El encuentro con la maternidad: duelo, transparencia psíquica y transmisión transgeneracional

El concepto de transparencia psíquica, introducido por Monique Bydlowski (2007) resulta fundamental para comprender este caso. Se trata de un estado psíquico propio del embarazo y el periodo perinatal,

caracterizado por una disminución de las defensas habituales y una mayor permeabilidad entre lo consciente y lo inconsciente.

Este estado no constituye una regresión patológica, sino una reorganización estructural que permite la reactivación de contenidos infantiles no elaborados: identificaciones primarias, fantasías edípicas y preedípicas, así como conflictos no resueltos. Clínicamente, se manifiesta en una mayor labilidad emocional, intensificación de las fantasías relativas al cuerpo y la filiación, y un aumento de la sugestionabilidad.

La función de este proceso radica en posibilitar la revisión de los lazos primarios, facilitando así la construcción del vínculo con el recién nacido. Sin embargo, esta apertura también favorece la emergencia de contenidos transgeneracionales: la llegada de un hijo reactiva la historia psíquica familiar, inscribiendo a la bebé en una cadena de significaciones previas.

En el caso presentado, la angustia de la madre parece exceder la preocupación maternal primaria, adquiriendo tonalidades más arcaicas. Diversas hipótesis se abren sobre, qué es lo insostenible de la angustia de la paciente: ¿el duelo por una madre enferma?, ¿la vivencia de maternar sin sostén materno?, ¿la envidia hacia el la bebé por “tener madre”?, o ¿la reactivación de identificaciones infantiles asociadas a una representación de sí misma como “niña difícil”? Asimismo, podría pensarse en la reactivación de experiencias tempranas de angustia no simbolizada, ligadas al temor de pérdida.

En este contexto, la capacidad de mentalización se encuentra severamente comprometida. La bebé deviene soporte de proyecciones masivas, ocupando un lugar que no es el de un otro diferenciado, sino el de un objeto cargado de significaciones inconscientes. De este modo, se le atribuyen intencionalidades propias de un sujeto adulto: “me agrede”, “me manipula”, “me rechaza”.

2.4.) El llanto del bebé: funciones y significación

Siguiendo a Serge Lebovici, es necesario subrayar que no solo la madre constituye al niño, sino que el niño también constituye a la madre. En este caso, el llanto incesante de la bebé actúa como desencadenante de la escena psíquica en la que se despliegan los conflictos transgeneracionales.

El llanto es el lenguaje primordial del recién nacido, una vía de expresión tanto de necesidades fisiológicas como de estados afectivos displacenteros. Asimismo, cumple una función de descarga sensoriomotriz ante la sobrecarga de estímulos. La semiología del llanto es heterogénea e incluye causas diversas: hambre, incomodidad, sueño, dolor físico, alteraciones del entorno, así como experiencias emocionales de angustia o sobreestimulación. En este sentido, el llanto también puede expresar un malestar psíquico vivido en el cuerpo (Palau, 2023).

El recién nacido requiere una respuesta contingente e inmediata; no dispone aún de recursos de autorregulación. La ausencia de respuesta incrementa la tensión interna y puede derivar en manifestaciones somáticas. Sin embargo, no se trata simplemente de acallar el llanto, sino de acompañarlo y simbolizarlo: sostener a la bebé, poner en palabras su experiencia y ofrecerle una lectura afectiva de lo que le ocurre.

En el caso presentado, la madre no logra ofrecer esta función de contención simbólica. Se plantea entonces si el llanto de la bebé expresa únicamente su malestar o si, además, vehiculiza aspectos no elaborados de la historia materna. A su vez, el llanto de la madre en sesión puede ser leído como una demanda de reconocimiento y sostén.

2.5.) El trabajo terapéutico y la transferencia

2.5.1.) La función de sostén

Una escena clínica resulta particularmente significativa: la bebé llora y extiende los brazos hacia su madre, quien responde: “¿Ves? Cuando se pone así, no puedo”. Esta escena, articulada con un recuerdo infantil traumático de la paciente —la madre enferma postrada en una cama—, permite pensar el caso en torno al eje de los significantes “sostenerse / dejarse caer”.

La intervención terapéutica se orienta hacia la función de sostén, evitando una posición centrada en el “hacer” (aconsejar, instruir) para privilegiar una disponibilidad psíquica que permita contener la angustia masiva de la paciente, incluso en sus manifestaciones más disruptivas.

2.5.2.) Transferencia

La demanda transferencial se organiza en torno a la necesidad de ser sostenida por un otro encarnado. La paciente requiere la presencia corporal de la terapeuta, configurando el encuadre como un espacio continente capaz de alojar su angustia sin responder con rechazo o contraataque, sin responder a su agresión con agresión.

Con todo esto la apuesta analítica es la de “sostener” y no la de “arreglar”. El peligro de querer arreglar sería responder a la demanda de la paciente desde el orden del “hacer”, “dar consejos” o “enseñar técnicas”.

Se subraya, asimismo, otro riesgo, de que la terapeuta ocupe el lugar de “madre ideal” en las intervenciones con la bebé, lo que exige una posición técnica de prudencia y abstinencia.

2.6.) El lugar del bebé en el dispositivo terapéutico

La bebé es considerado paciente en tanto inscrito en un vínculo. La intervención no se dirige a un sujeto aislado, sino al campo relacional. En este sentido la terapeuta nos dice: “La bebé también es mi paciente”.

2.6.1.) En las sesiones con la madre

Se trabaja a partir de las representaciones maternas de la bebé, explorando las atribuciones que realiza (“es demandante”, “me rechaza”) y los contenidos infantiles que se reactivan. La intervención apunta a diferenciar al bebé real del bebé fantasmático.

2.6.2.) En presencia del bebé

Como nos comenta Cramer (1990): “Si se considera como lo propongo-que los conflictos y fantasmas inconscientes de la madre tiene una incidencia organizadora en la interacción con la bebé, ¿no se podrían estudiar “objetivamente” estas interacciones (que son actuaciones recíprocas visibles) y considerarlas en su interdependencia?” Es por esto por lo que el motivo de que la bebé asista con la madre a la consulta radica en poder observar e intervenir en estos comportamientos interactivos directos entre la madre y la bebé. La observación clínica incluye entre otras cosas aspectos como tono corporal, mirada, ritmo y capacidad de regulación. Se analizan las secuencias interactivas: las señales del bebé, respuesta materna y reacción del bebé.

La terapeuta puede intervenir señalando fallas de sintonía o traduciendo los estados del bebé, contribuyendo a al proceso de mentalización y a la construcción de un lenguaje psíquico.

2.6.3.) Función de portavoz

Al dirigirse directamente a la bebé-a través del saludo, o ponerle voz a lo que puede estar experimentando- el terapeuta le confiere a este un estatuto de sujeto y presta su aparato psíquico para representar estados aún no simbolizados. Esta intervención favorece la diferenciación subjetiva y la mentalización.

2.6.4.) El juego y el cuerpo

El trabajo con bebés pequeños se apoya en la interacción corporal, el ritmo, la mirada y la voz.

El encuadre terapéutico se configura como un holding ampliado que introduce lo lúdico y posibilita experiencias de encuentro placentero.

2.7.) Dimensión familiar y social

La función materna requiere, a su vez, ser sostenida, es decir, “para sostener a un bebé se necesitan muchas manos”. La ausencia de una red de apoyo incrementa el riesgo de desbordamiento psíquico. En este caso, la paciente expresa la falta de una pareja implicada y de una red familiar disponible.

Se pone de relieve la importancia de dispositivos comunitarios y asistenciales en el periodo perinatal, capaces de ofrecer relevo y sostén a la madre, especialmente en situaciones de alta demanda como los cólicos del lactante. En este sentido nos podemos preguntar: ¿Cómo hubiera sido la historia de María si hubiera tenido una matrona que la visitara a domicilio 3 veces por semana como ocurre en muchos países nórdicos? Y ¿si hubiera contado con este apoyo, se hubiera podido establecer la lactancia y esto le hubiera permitido a la paciente estar en otro lugar?

2.8.) Evolución del caso

Se observa una transformación progresiva: la madre pasa de una angustia masiva a una mayor capacidad de diferenciación afectiva y a una posición más disponible hacia la bebé. Este, por su parte, evoluciona desde un estado de llanto inconsolable y retraimiento hacia una mayor vitalidad, juego y búsqueda de contacto.

La intervención terapéutica opera como un espacio de apertura —como en el documental “La historia del camello que llora”— se posibilita la emergencia de aspectos más amorosos del vínculo. En palabras de la terapeuta: “Si el bebé llora, es porque te quiere”.

Bibliografía:

Cramer, B. (1990). *De profesión bebé. Círculo de Lectores*.

Botero Cadavid, Hilda, Magaly Miranda Marconato, y Mara Cecilia Pereira da Silva. 2011. «Qué es lo que hay ahí dentro? Relato de una intervención precoz». Article. *Psicoanálisis: Revista de la Asociación Psicoanalítica Colombiana* 23 (1): 45-54.

Bydlowski, M. (2007). *La deuda de vida (itinerario psicoanalítico de la maternidad)*. Biblioteca Nueva.

Davaa, B. y Falorni, L. (2003). *La historia del camello que llora [Película]*. Hochschule für Televisión y Cine de Munich.

Fairbrother, N. y Woody, S. (2008) *New mothers' thoughts of harm related to the newborn*. *Arch Womens Mental Health*. 11(3):221-9. doi: 10.1007/s00737-008-0016-7. Epub 2008 May 8. PMID: 18463941.

Fraiberg, S., Adelson, E., & Shapiro, V. (1975). *Ghosts in the nursery: A psychoanalytic approach to the problems of impaired infant-mother relationships*. *Journal of the American Academy of Child Psychiatry*, 14(3), 387-421. [https://doi.org/10.1016/S0002-7138\(09\)61442-4](https://doi.org/10.1016/S0002-7138(09)61442-4)

Golse, B. (2012) « Transmission et construction de l'identité dans le champ du développement du bébé. Plaidoyer pour

une modélisation d'une transmission ascendante, du bébé vers les adultes ». Article. *Neuropsychiatrie de l'enfance et de l'adolescence* 60 (4): 255-60. <https://doi.org/10.1016/j.neurenf.2012.04.005>.

Golse, Bernard (2014) « Transmission, identité et ontogénèse psychique du bébé. Une histoire à double sens ». Article. *Revue française de psychanalyse* 78 (2): 363-76. <https://doi.org/10.3917/rfp.782.0363>.

Grupo de Perinatalidad. (s. f.). *La alimentación como experiencia de relación. En Temas a debate. SEPYPNA.*

Guedeney, A., & Fermanian, J. (2001). A validity and reliability study of assessment and screening for sustained withdrawal reaction in infancy: The Alarm Distress Baby Scale (ADBB). *Infant Mental Health Journal*, 22(5), 559-575. <https://doi.org/10.1002/imhj.1018>

Hinshelwood, R. (1999). *Clínica Kleiniana. Editorial Promolibro.*

Palau Subiela, P. (2002). *La psicósomática del bebé. Asociación para la Salud Mental Infantil (ASMI).*

Palau, P. (2023). *Sufrimiento emocional perinatal compartido: Estrés en el bebé. ASMI editorial.*

Pérez-Martínez, C., Menahem, S., Viaux-Savelon, S., & Guedeney, A. (2021). Alarm Distress Baby Scale (ADBB) in assessing social withdrawal in infants with an underlying organic illness: An overview. *Internal Medicine Review.*

ΨΨΨΨΨΨΨ

*Trabajo presentado en el ciclo de Ateneos Clínicos del curso 2025-26, el 28 de febrero de 2026 en la sede de AECPNA en Madrid

****Presentación del caso:** Raquel Huéscar Párraga

Raquel Huéscar Párraga es psicóloga general sanitaria, especializada en perinatalidad con consulta privada. Compatibiliza su actividad con la docencia en CES Cardenal Cisneros en su Experto de Psicología Perinatal, el Instituto Europeo de Salud Mental Perinatal y como tutora del Máster Universitario de Psicología infantil y juvenil de la Universidad Oberta de Cataluña (UOC). Vocal de la Junta directiva de ASMI (Asociación por la salud infantil desde la gestación) y de la Junta Directiva de la Sección de Clínica del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid, donde es docente del curso Nuevas Formas de Reproducción Asistida, duelos y vinculación afectiva.

****Comentario del caso:** Liset Álvarez de Castro-Palomino.

Liset Álvarez es psicóloga general sanitaria, especializada en perinatalidad con consulta privada. Compatibiliza su actividad con la docencia e investigadora, el Instituto Europeo de Salud Mental Perinatal, y pertenece a los grupos de investigación ACFEM y Women and health de la UEM. Es co-cordinadora del grupo de trabajo de psicología perinatal del Colegio de la psicología de Madrid.

Los secretos y la violencia*

Beatriz Azagra Cabrera **

Comenta Luisa Marugán***



Voy a presentar el caso de Juan, un caso de hace años, que puede servir para pensar en cuestiones técnicas de nuestro trabajo, qué hacer y qué no hacer en el trabajo con niños y padres y sobre un tema que es el de la transmisión psíquica y generacional de la violencia, la importancia de los secretos familiares y qué hacer con la transferencia del terapeuta y con el sufrimiento de los pacientes a los que atendemos en situaciones difíciles.

El material estará organizado en la primera sesión de padres y del niño, dos sesiones con el niño y otra con padres del periodo más intermedio y una del niño del inicio del tramo final del tratamiento.

Vamos a hablar de Juan...

Al primer encuentro acuden el padre, Pedro (45 años) y la madre María (42años) y ella es la que habla todo el tiempo.

Os traigo retazos de esa entrevista.

...cuenta que le dieron mi contacto en el colegio, “Le cuesta seguir el ritmo escolar (pero parece que no es grave) y tiene algunos problemas de comportamiento”. Si no fuera porque en el colegio le han aconsejado, asegura que “seguramente no habiéramos consultado nunca”. Juan, que es como se llama el niño, tiene 8 años y cuando les pregunto *¿qué les parece lo que*

pasa a su hijo? Contesta ella que “tiene mucho miedo al abandono” “cuando arranco el coche cree que me voy a ir y le voy a dejar”. (No hablan en ningún momento del colegio).

“El niño es adoptado, y lo sabe desde hace tres años. Cuando tenía 5 años, su tía tuvo una niña y fue una cesárea, al ver la cicatriz de la tía dice *¿yo también estuve en tu tripa?* Le contesté no, a ti te tuvo otra mama”. De no ser por este hecho no saben cuándo se lo hubieran dicho.

“Desde entonces a veces me dice que yo no tengo porque castigarle porque no soy su madre, que soy su madre adoptiva.

A partir de los 6 años va diciendo tranquilamente que es adoptado, siempre le hemos dicho la verdad (yo pienso que siempre no)... parecía que no tenía ningún problema con eso pero le da miedo todo”.

Nosotros sabemos que la mayoría de niños y niñas adoptados hablan de su adopción alegremente cuando no saben todavía lo que esta situación lleva implícita, que es que hubo un primer abandono y aparece el miedo a que vuelva a ocurrir.

Me gustaría hacer una aclaración, este caso es de hace bastante tiempo, él fue adoptado cuando todavía no se había hecho la última ley de adopción en España,

por lo que tiene unas particularidades que en estos tiempos sería imposible.

Al poquito tiempo de casarse, la madre tuvo un episodio agudo en un ovario y le dijeron que no iba a poder tener hijos, dice que lo pasó mal, pero “a los 2 meses estaba trabajando *“como si no pasara nada”*. Desecharon la reproducción asistida, en aquellos años no era tan habitual como ahora.

Los dos querían tener hijos cuando hicieron su proyecto de pareja. Dice el padre, *“yo he sido solo”*, su madre tiene dos hermanos más...

El padre dice que trajo papeles para adoptar otro niño pero que decidieron que no.

Cuenta la madre... “Hicimos los trámites en la C de Madrid, con una psicóloga y trabajadora social. Cuando nos llamaron, nos echamos a llorar. A mí me gustaban más las niñas que los niños, pero “era un niño sano”. Nos dijeron que al día siguiente fuésemos a por él. No teníamos nada preparado, ni siquiera nuestras vidas... pero todo fue bien, venía con mucha hambre, era un niño de una madre de 18 años que había renunciado a él, estaba muy sano... pero nos dijeron que no lo íbamos a tener fácil. Llego a casa con 20 días”.

Desde ese momento la madre dejó de trabajar... los tres primeros meses fue un niño tranquilo, jugaba, *“le hemos trasteado mucho, siempre ha comido y dormido muy bien hasta después de los dos años. Ella dice, yo he sido la que le ha dado de comer siempre y también le he dormido, repite, me encargaba de todo y todo es todo”*.

Toda la primera infancia la relatan sin problemas en la alimentación, las rutinas y control de esfínteres... pero como si hubieran pasado por allí sin mucho afecto, ninguna referencia emocional a ningún proceso y con poco detalle como si no recordara, digo recordara porque es la madre la que habla.

Pregunto ¿y después de los dos años? *“Todo se complica porque empezó a no hacer caso a nadie, al padre nada y a mí alguna vez se enfadaba mucho y a todo que no”*.

(En esa edad lo normal, pienso yo)

No fue a guardería, entró directamente al colegio cuando tenía 3 años, al principio bien pero luego dijo que no quería ir, a veces lo dice ahora también, no quiere a las excursiones del colegio, *“solo si voy yo. No se queda solo en el parque, tenemos que estar allí. Desde entonces todo es un problema”*, relata la madre.

Sigue ella *“El padre tiene turnos y cuando está de noche, el niño, siempre ha dormido y duerme conmigo. A los dos nos gusta dormir juntos”. “es cariñoso muy besucón, conmigo las 24 horas del día...” bueno hablo de cuando era pequeño... también lloraba”*.

“Los domingos está más con él, se refiere al padre, des-

de que empezó el colegio, este curso, espera muy nervioso que vayamos a recogerlo. Tenemos que estar ahí sino está muy asustado. Su padre no ha llegado nunca a verle así, solo lo he visto yo y me entran muchas ganas de llorar, no se siente seguro de nada”.

Y el padre, *“le cuesta salir conmigo solo, por ejemplo, al fútbol sí. No sé qué hacer con él”*.

“Tiene problema de oído (muchos mocos) y de vista (70 % de visión) desde pequeño, le vamos a hacer pruebas por eso de la herencia”.

¿Y cómo le afecta a él? Pregunto *“La verdad es que parece que no mucho, solucionado con gafas y muchas visitas al otorrino, pero se le pasará. Hemos ido mucho a urgencias con él”*.

Me sorprende el desapego, la falta de preocupación en el discurso y la negación del malestar psíquico que ambas patologías generan en los niños pequeños... y muchas urgencias dan una idea de la dificultad de contener y de entonar con el bebé, que percibo en esta primera entrevista.

Obedece más a la madre, la madre dice del padre *“es el pito del sereno...” “creo que no se lo ha propuesto mucho. (Ejercer de padre, aclara)”*.

En el colegio problemas escolares, de atención... sobre todo desde hace dos años, y se porta regular. ¿Regular? Dice la madre, *“creo que cosas sin mucha importancia”* (a mí me extraña porque viene derivado por el colegio y si no es un problema importante no se procede así ¿están omitiendo algo?).

Sabemos, como dice Janin en “El sufrimiento psíquico en los niños” y en sus palabras “que muchas veces las conductas de los niños que se oponen a normas escolares y familiares se piensan como algo a silenciar más que como un llamado a escuchar”, y este caso será una evidencia de este asunto.

¿Qué esperan de la terapia de J? La madre: *“que esté mejor, que me haga caso... que sea feliz”*. El padre: *“no sé, le veo como lejano, parece que no me conoce no sé si esto puede cambiar...”*

Esta contestación me hace pensar por un lado, en buen pronóstico ya que ha desaparecido la demanda de la escuela y empieza a aparecer algo que les concierne a ellos, creo que algo de las cosas que le pasan a Juan ha hecho crack en una estructura familiar muy débil. Por otro lado me desconcierta, no sé realmente por qué están ahí.

Ella relata que tiene una familia normal, tiene dos hermanas más pequeñas, que a su vez también tienen hijos, viven en la misma localidad y se relacionan bastante con ellos. Vive la abuela materna y el abuelo murió.

Curiosamente el padre no dice nada... no puede, como si él no tuviera familia.

Ante la pregunta ¿Cómo fueron ellos como hijos?

La madre *"Yo he sentido gratificaciones, mi madre era como mi marido y mi padre, así como yo... cariñosa, muy pegada a él. Me he llevado bien con ellos, pero con mi padre... Ahora llamo a mi madre todos los días. Mi padre murió hace 4 años, y "entonces, Juan, estuvo muy obsesionado con la muerte, quería ir al cementerio todo el rato y allí íbamos él y yo "(yo me pregunto quien quería ir porque el niño tenía 4 años).*

El padre...

Contesta tímido y entrecortado... parece que no puede hablar, *"soy hijo único, mi padre murió cuando yo era un bebe, no le conocí. Tengo mucha relación con mi madre... me cuidaron mucho mis abuelos".*

Conozco a Juan...

Le trae el padre y el niño insiste en que se quede en la sala de espera porque no quiere que se retrase ni un minuto (yo percibo un tono más que angustiado un poco tiránico, de orden y mando). Tienes que quedarte ahí sentado, mandándole y usando un tono de voz como de niño más pequeño, en su voz no se siente angustia" *Deja aquí el zumo si te vas para que te acuerdes de volver".* Finalmente acepta que el padre se marche, podría haber esperado en la sala de espera pero parecía quería marcharse.

A mí me dice, *no cierres la puerta así* oímos el timbre. (En tono imperativo).

Aparece un niño físicamente de su edad, ligeramente gordito, pero que habla como si fuera mayor, pasando del tono de mayor inquisitivo a voz de bebe impostada (como haciendo teatro). Parece que me conoce de toda la vida, que siempre hubiera estado allí, como negando la diferencia, y la importancia de la presencia del otro.

Le pregunto ¿qué le pasa? Si sabe ¿por qué esta aquí?

Y me dice (como repitiendo un mantra) *"Me da miedo que me dejen abandonado y que me puedan maltratar... mira el diván... No te parece que podría quedarme dormido y cuando me despertara estar en un parque? ¿y eso? Pregunto. Yo veo que hay padres que abandonan a sus hijos en los parques. ¿Por qué lo hacen? Le pregunto yo y contesta "No sé, será que no los quieren ya, que les molestan para hacer su vida..."*

Y ¿maltratar? *A todos los maltratan cuando no hacen caso.*

¿Estás preocupado por esto? *Antes sí, ahora no... Cada día tengo más... ¿más? Más poder... No sé, tú sabrás... yo de pequeño tenía miedo y ahora se me ha pasado porque soy poderoso.*

Se mueve mucho.

Saca los juguetes y los nombra por su uso... una cuchara

para comer, pistola para disparar... un camión para ir por la carretera, unas tijeras... para asesinar a alguien... se queda mirando las tijeras, agarrándolas muy fuerte.

¿Dónde está el servicio? Sale corriendo, parece que tiene que hacer caca... se marcha muy deprisa...

Vuelve y nuevamente le cuesta mucho jugar, no ha conseguido armar ninguna escena de juego simbólico... se mueve mucho por la consulta, mira todo y toca lo que puede y lo que no.

Se niega a todo, a dibujar, a jugar... me mira como esperando que hable y yo le pregunto si quiere hablar. Después de un largo silencio... le digo... vamos a ver si me puedes contar algo de cuando eras más pequeño.

No me acuerdo de nada... tendría que mirar las fotos. ¿Qué fotos? Las que tengo en mi casa de cuando yo era pequeño...no tengo muchas, recuerdos aquí nada.

Ayer tuve una pesadilla "había un vampiro en casa, me tiro por la ventana desnudo por un bosque, el vampiro me persigue, me alcanzó y me cogió toda la sangre, me quedé delgadito... me desperté y llamé a mis padres, se quedó mi madre un ratito y me dormí".

¿Delgadito? *Si como cuando somos pequeños, los bebes son delgaditos todos... ¿quién le coge la sangre a un bebe?... no me contesta, y tira un juguete al suelo con mucha fuerza y dice ¿las madres?(como diciéndome no te enteras).*

También tengo uno muy bonito "que vivíamos con mis padres en una casa éramos muy ricos y me compraban todo lo que pedía y me daba la gana".

Me lo contaron cuando yo tenía tres años, no lo pienso mucho, pero sería bonito. ¿Te lo contaron? No sé si es un cuento o un sueño... ¿y que querías tu entonces?...

Seguro yo quería estar con mi antigua madre, me la imagino muy guapa. Le pregunto ¿lo piensas muchas veces? Sí, pero no quiero hablar de esto... queda muy nervioso... yo le digo que cuando él quiera puede hablar de esto, que no hay prisa.

Se pone a jugar, esta vez arma un juego violento, en el que acaba todo desperdigado por el suelo. Yo diría que más que un juego era una explosión derivada de la angustia que le había provocado lo anterior.

Le digo que vamos a recoger y a hacer un dibujo (con la idea mía de contener la angustia), que yo le ayudo... me dice que no, retándose (en el primer encuentro)... que él no va a recoger nada y que no va a hacer nada más porque su padre no ha venido a recogerle y ya es la hora. Le respondo que todavía no es la hora, que vamos a recoger porque es mejor para todos, también para él. Me pongo a guardar las cosas, me mira y dice *"que pringada"* (en tono despectivo) se agacha y hace como que recoge, guarda tres cosas y entonces suena el timbre... sale corriendo coge al padre de la mano y se marchan sin una palabra ninguno de los dos.

Mis primeras impresiones...

Esa pesadilla y el sueño/recuerdo podrían ser las dos caras de las vivencias del niño, alguien que le come la sangre y que puede tirarle por la ventana... abandonarle... y a la vez que le dota de todo poder dando lugar al niño del poder, del narcisismo... lo tiene todo... y que me dará todo. Esta dualidad se reeditó casi en todas las sesiones de un periodo de la terapia.

Juan muestra mucho miedo al abandono, incluso a veces muy demasiado consciente... habrá que ayudarle a construir su historia y para eso transitar con él en el dolor de la violencia vivida, en los abandonos y desencuentros,

Con los padres habrá que trabajar el duelo de no haber sido ellos los primeros ni los únicos y la angustia de no saber acerca de una historia de la que el niño tiene marcas.

El miedo por el riesgo de abandono de Juan se convierte en una tiranía desmedida.

Aspectos todos relevantes en la siguiente sesión que voy a contaros...

Entra y dice *"Me quiero llevar el cuaderno a casa y lo traigo el martes"*. Me mira retador, tira las sillas *"lo he hecho porque he querido"*... *tú no sabes que yo te espí* *"eres la número uno de los ladrones"*, le digo *"yo que robo?... a lo mejor niños, los que vienen aquí... ¿desaparecen? Y sus padres no vienen a buscarlos."*

Eres la asesina numero 1... ¿a quién he asesinado? Otra vez, no voy a contestarte...me voy a llevar el cuaderno, lo quiero para la catequesis, yo el martes y jueves y tú lo tiene lunes y miércoles... así tenemos dos cuadernos...

Bueno, coge un muñeco, *este individuo asesinó a su propio padre, era rico... que es jugando eh?*

Se puede jugar a todo (afirma)... se sube en el diván... como si fuera mayor... soy Cruella de vil y le robo los perritos a todos... ¿y los padres de los perritos? No se enteran, ella se queda con todos.

¿Tiene hijos Cruella? No puede, se los quita a todos.

Cruella se pelea con Sherlock Holmes... he matado a Cruella.

¿Por qué lo has hecho?... pensaba que me iba a abandonar y me iba a dar a otra familia, tenía miedo de que me abandonara... me trataba mal, un día me clavo un cuchillo de cocina por la espalda... ¿puedo ir a por mí mochila? Coge una pistola.

Me voy a llevar el cuaderno, un cuaderno de la caja (yo le había dicho que las cosas de la caja se quedaban ahí). Le digo que lo voy a pensar y posteriormente *"Así estas seguro que los dos estamos unidos y que tienes que volver a traérmelo. Quizá tienes miedo de que te abandone."*

Grita...Me voy al baño.

Vuelve y me dice, *"eres una bruja y has nacido de un cerdo"* le digo *"soy una bruja cerdo"* él dice *"yo de una madre cerda"* le pregunto *¿y de un cerdo?... enfadado... "solo he nacido de una madre", la que ha nacido del cerdo eres tú... ¿cómo es nacer de una madre cerda? Pues eso, que es buena y sola, sin padre... pero tú eres una bruja cerda, seguro que tienes un padre... me pregunta ¿Tú que tienes?* Le respondo que no importa mucho lo que yo tenga pero le digo que tú tienes una madre que te cuida, que a veces sientes que es muy buena y otras que está enfadada o que no hace lo que quieres y también tienes un padre... Me interrumpe, retándome *"no tienes ni idea de lo que yo tengo"*

"Me llevo el cuaderno y no lo voy a traer nunca" (muy enfadado)... seguro que el martes está aquí, le digo yo.

"Mi madre me pega si hago esto, si supiera que me lo llevo"... el padre llama a la puerta "ha llegado la hora, mi madre me regañaría mucho"...

Le dice al padre con voz de niño pequeño *"me ha dado este cuaderno"* yo le digo que no se lo he dado que se lo dejo hasta el martes cuando venga a sesión (el padre cambia de cara, me mira como con temor... pero no hace ni dice nada).

Yo le miro y le digo, *"se lo lleva y el martes lo traerá"*.

Creo que este niño teme depender del otro porque no lo considera seguro y supone que va a quedar a merced de él, necesita mostrar con su violencia, su autosuficiencia para sostener un armado narcisista muy pobre. (Janin, 2011).

Intenta desmentir la dependencia para evitar la pérdida.

Empieza a aparecer una violencia explosiva con necesidad de control del otro. Miedo a que le abandonen y/o le maltraten. En la transferencia ya siento que va a ser difícil y que me provoca sentimientos muy intensos justamente por esta dualidad, querría acompañarle en el dolor pero sé que el camino será difícil de transitar.

De ahí en adelante se inicia un periodo donde el niño cada vez está más violento, rompe cosas, me trata mal, su caja llega a hacerla añicos, destroza todo lo que consigue hacer... yo reconozco mi desolación... intenta hacerme daño... cada vez que algo del encuadre está en juego la violencia coge una espiral importante. En Todas las sesiones se va al servicio a *"hacer caca"*, con muchos gases... sale de la consulta como con una explosión, cada vez el lenguaje se vuelve más anal e intenta saltarse absolutamente todas las normas... su caja llega a estar totalmente destruida... no quiere recoger nada. J. muestra un funcionamiento anal predominante, quedó fijado en este funcionamiento (recuerden, todo empezó a los dos años) la pulsión de dominio es una pulsión objetal que tiende a la anulación del objeto.

En ocasiones no parece un niño, parece un adulto en un cuerpo de niño... Siento que intenta colocarme en la impotencia de no poder hacer nada.

En una sesión... Me dice, *“voy a pellizcarme y les digo que me has hecho daño, así no vengo más y te denuncian por malos tratos. Yo le pregunto si antes lo había hecho y dice que sí, que con sus padres todo el rato, ¿y funciona? A veces sí... pero no dejan de pegarme... te aviso que hoy mi padre no va a venir a buscarme.*

Le digo que no voy a pegarle ni regañarle pero que hablaré con su padre.

El padre subió, y le conté lo que había pasado. Se quedó asustado, le miraba como si no le conociera y no salió de él otra palabra que no fuera perdón... yo no tenía claro si me lo decía a mí o a él... y él le miraba con mucha insolencia, provocándole como había hecho hace un minuto conmigo...yo le dije al padre que me parecía que quería asustarnos y que él en el fondo quiere asegurarse que vamos a estar ahí, que nos veíamos la siguiente sesión... me miró con cara de susto y como declarándose impotente.

Cuando se marchaban, Juan me mira enfadado y dice *“ahora se lo diré a mi madre y ella me regañará”* y yo le digo *“ya me cuantas la próxima sesión porque yo voy a estar aquí esperándote”*.

Es importante que el terapeuta pase a ser un objeto confiable pero no impotente, alguien que no ataca y a la vez un adulto que sostiene las diferencias niño adulto, de ahí mi empeño en mantener aspectos del encuadre que me parecían básicos, tales como el tiempo de la sesión, lo que podía meter dentro o no, el uso de las cosas de la consulta... que no se pasara la sesión en el baño... y todo el tiempo quería transmitirle que sus cosas eran muy importantes...

Juan se desborda ante la idea de ser aniquilado o expulsado violentamente por el otro, llevándolo a estados de desesperación en lo que las urgencias se transformaban en irrefrenables. Desesperación que aumenta en el vínculo con los adultos cuando se colocan como impotentes frente a los ataques del niño (lo que les estaba pasando a los padres y quizá a mí en algún momento), por esa razón decido hablar con el padre en ese momento, creo que J. necesitaba una respuesta mía, la respuesta de no todo es posible.

Amor y odio van juntos, el objeto de amor es atacado, despreciado. El sadismo anal presupone la expulsión violenta, el bombardeo, la tortura y sometimiento del otro. Terreno de la exclusión, maltrato y humillación. (Janin, 2011).

Este niño apegado a la figura de su madre... y ella ahí para todo sin dejar que entre el otro. Pero a la vez es una madre distante, que chupa la sangre, que luego veremos ejerce la violencia...

Y mientras tanto un padre impotente, quizá no

introducido por la madre, pero también autoexcluido declarando que él no tiene o no puede hacer nada. Tengo la impresión de que él mismo no siente que tenga mucho que ver con el niño.

Pareciera que no están pudiendo reconocerse en el niño, la filiación es complicada.

Después de esta sesión cité a los padres muy pronto...

Habla fundamentalmente la madre. El padre no dice nada, esta como ausente, aun cuando le pregunto qué opina... no contesta como si le costara armar un relato. No puede hablar.

“Me contó mi marido y estoy avergonzada... este niño está muy alterado, le llamo y no viene, dice que no me quiere dar besos me insulta...yo le regaño mucho.

Tuve una bronca, le llegué a pegar y luego me arrepentí. Está alterado, la profesora de gimnasia le ha castigado todo el rato. Me pregunta si está loco por venir a terapia.

¿Qué le habéis dicho? *Por supuesto que no está loco, pero, dice la madre, “yo siento que le pasa algo raro. Me mira de forma muy violenta y luego se me pega como una lapa... yo todo el tiempo regañándole y pegándole porque las dos cosas me agobian mucho... Es muy difícil para mí, me cuesta mucho... no puedo con esa cosa violenta que no sé de dónde viene”.*

“Al final le tienes que pegar, me provoca, me agobia mucho y yo le pego, me dice ¿no me regañes, ¿vale? Como si necesitara los castigos, está siempre enfadado provocando que le pegue”.

Esta castigado sin ver la tv por lo del otro día, pero la ve, castigado sin salir, pero sale. Yo tengo que hacer todo” ¿y te sientes sola? (a la madre) ella dice “sí, pero él (refiriéndose al padre) no sabe hacerlo”.

... silencio... el padre no responde, casi ni la mira.

¿Cómo es eso de que le pegáis mucho y siempre castigado? ¿Por qué lo hacéis?

La madre... *“a mí también me pegaba mi madre cuando era pequeña, pero yo no me rebelaba como él, él me reta... como si tuviera que tenerme bajo control. A veces pienso que ha sido todo un error... ¿error? Si todo, como nos comportamos y... no sé si haberle adoptado”.*

¿Adoptado o tener un hijo?... tener un hijo.

Yo le digo que “Quizá J. siente eso, siente que primero te sientes impotente y que le rechaza. Puede ser que necesite saber y constatar que estás ahí, él tiene muchas dificultades para crecer y para separarse... duermes con él a la vez que querías que estuviera lejos. Seguro que siente que se le puede abandonar.

Ella asiente y no dice nada.

Me vuelvo al padre ¿tú qué piensas? *“Cuando yo estoy duermo en su habitación. Conmigo también es duro, pero yo estoy poco tiempo con él. Su madre se encarga de todo, yo a veces estoy fuera de sus vidas”.*

¿Esto puede cambiar de alguna manera? No lo sé, ¿lo habías pensado antes? *“La verdad es que no, intento no pensar mucho las cosas... porque si no... (No acaba la frase). ¿Como era cuando eras pequeño? Yo con mi madre todo muy bien, ella era recta, pero no me pegaba ni castigaba mucho, yo era muy bueno y me crie con mis abuelos, mi madre trabajaba todo el rato. Era recta, quizá le tenía un poco de miedo”.*

¿Y con los abuelos? *Mis abuelos eran mis abuelos... (Entiendo que no padres) con él jugaba y me ayudaba con el cole.*

Entonces dice la madre un poco molesta *“El padre también le tira del pelo, dice “la letra con sangre entra” “le pega menos que yo pero el sí le hace daño” “él quería tener hijos... y ahora” a veces creo que no nos quiere a ninguno de los dos, para mí el niño es mío”.*

El padre contesta... *“No, si os quiero, es de los dos, pero no sabemos qué hacer”.*

Señalo que habrá que mirarle para verle a él, quizá el no saber que hacer provoca que no puedan mirarle y que él se sienta en riesgo de abandono permanente, que les está costando hacerle frente y reconocerse como padres si no está por medio el ejercicio de la violencia.

Afirmo que no pueden pegarle de ninguna manera, que tendremos que pensar porque ellos no pueden evitar responder desde ahí. Que la violencia engendra violencia, que quizá ellos también fueron sujetos de violencia y que las repeticiones no son buenas, de alguna forma la cadena debe romperse. Insisto que J. tiene mucha angustia, que la manera de resolverla no es respondiéndole desde ahí, sino intentar ponerle nombre y entender que está muy angustiado.

Estos padres presentan dificultades para sostener las diferencias niño-adulto.

Generan actitudes y respuestas frente a las que luego se violentan. A este niño se le ha otorgado un poder omnímodo, convirtiéndole en un niño poderoso pero que deben cumplir con todo lo esperado.

Si el niño percibe que el otro responde al ataque en espejo, reafirmara su idea de vivir en una selva en la que hay que defenderse de los otros. Es fundamental devolverles a estas conductas su carácter de incógnitas, de aquello que nos hace preguntarnos qué nos está diciendo. (Janin, 2011).

A los meses de esta sesión la madre solicitó una entrevista ella sola, la verdad es que yo no solía aceptarlo, pero en aquel momento yo notaba que algo no me estaban contando... dudaba precisamente con esta madre que parecía haberse apropiado del niño

y este padre que estaba sistemáticamente fuera, me salto mi propio encuadre, llevada por la angustia que a mí también me provocaba, acepté. Yo también sentía que quería ayudarlo, pero a veces deseaba que no viniera a sesión.

“Si el niño tiene problemas es porque nos hemos pasado”.

“Como ya sabes, mi marido no tiene padre. Tengo que contarte algo, no quiero que el niño salga como él. Acabo de saber que el padre de mi marido no murió como creíamos. Era un hombre muy violento, fue violento con la madre y cuando quedó embarazada la dejó abandonada. El creció pensando que había muerto, hace poco se enteró de todo esto y no quiere que lo sepa nadie... por supuesto el niño, pero tampoco quiere que tú lo sepas. Él no le pregunto jamás a su madre nada del padre” (algo sabría, pero no sabía que sabía, pienso yo).

Se había enterado por un comentario en el pueblo de donde es él, movilizado seguramente por la situación que estaba viviendo con su hijo y por la terapia del mismo.

“A Juan le veo en la cárcel de mayor, por el padre y por los castigos que le ponemos todo el rato. Le imagino en malas compañías, con violentos y agresivos. Tiene los mismos prontos y reacciones que su padre. Cuando se lo digo al padre, dice que no pasa nada”.

“Últimamente tiene miedo a quedarse solo, yo me lo llevo hacia mí... porque el padre no hace ningún mérito. Me han contado que él tenía reacciones iguales que las del niño no habla con nadie y todo le parece mal”.

Yo le digo a ella que no puedo hacerme cargo del secreto sin que él sepa que yo lo sé. Debe decirle que me lo ha dicho o bien yo en la siguiente sesión tengo que decirle que lo sé.

Me dice que lo entiende, que ella se lo dirá, que quería saber que era importante y que por eso lo ha dicho, no puede parar de relacionarlo con el hijo, no se le va de la cabeza.

Yo le planteo que es importante, pero que debe hablar con él y entre los dos pensar qué tendrá que ver con el niño, y que este espacio de terapia esta para eso.

También le señalé que sería bueno que pensara qué cosas no le gustan del niño y que cosas no le gustan del padre, que son dos personas distintas y que ella a veces los está viviendo como si fueran una sola y que de todo esto hablaríamos en la siguiente sesión.

Me dice que sí y concertamos una cita lo antes posible con los tres.

A la siguiente sesión llegan los dos tranquilos, siento que el padre me mira a los ojos... ella dice que ya han hablado de lo que me contó a mí, le mira a él y como animándole le dice *“cuéntale”*...le miro y se pone

a llorar... un llanto silencioso... de bastante tiempo y dice... *"no sé cómo ni cuándo le podré contar a mi hijo mi historia"*... sigue llorando. Le pregunto qué historia quiere contarle... *"la mía".... (Silencio). No sé cómo decirle que mi padre no me quiso, que tuve un padre que era violento... y sobre todo que yo no he querido saber nada durante todo este tiempo. ¿Cómo es posible que me hayan mentido de esta manera? Y yo como un ignorante sin preguntarme nada, todo estaba lleno de pruebas... no había ni una foto... nunca se hablaba de él, ni visitas al cementerio... ni una sola lagrima de mi madre al hablar de él, que nunca lo hacía. Tenía que haberme dado cuenta y no lo hice...*

Yo le digo que seguramente pensarían que la verdad iba a ser intolerable para él, pero que eso no tiene por qué ser así, al final la verdad se acaba por admitir. A veces no queremos saber nada de ella pero que eso no lo sabemos porque es inconsciente...

¿Y cómo habrá influido en la relación con J?... yo no he sabido lo que es tener un padre, con mi abuelo todo iba bien pero no era mi padre.

A veces lo que no se pone en palabras tiene sus efectos...

Me da mucho miedo enfrentarme a él porque siento que me pongo muy violento, me doy miedo... entonces no hago nada, pero no es que decida no hacer, es que no puedo como bloqueado, él provoca cada vez más hasta que yo respondo violentamente, pocas veces pero lo hago pero lo hago.

Les digo que quizá hay otras maneras de relacionarte, A lo mejor se pueden poner límites a través de la palabra, sin necesidad de que os veáis envueltos en una solución violenta. La palabra también puede ayudarle a J. a hablar acerca de su origen y comprender de donde viene, señalo yo.

(La ausencia de relato a J. le impide que la diferencia generacional se dé, y él lo actúa permanentemente).

La madre presencia la escena, muy emocionada... llora todo el rato y cuando el padre la mira le dice "te necesito".

Ha habido una transmisión de la violencia a través de las generaciones. Cuando en una generación algo no es hablado (por vergüenza, angustia, temor...) quedando como lo indecible, pasara a la generación siguiente como innombrable y a la tercera como impensable. Creando en el niño zonas de silencio representacional, dificultando el pensamiento. Se puede repetir la vivencia, su repetición se torna ineludible, puede repetir vivencias de sus padres o abuelos que fueron transmitidas sin palabras.(Janin, 2011).

Los padres de Juan tuvieron con él reacciones muy violentas por distintas razones, su madre porque estaba muy asustada y porque en definitiva ella sentía que algo tenía que hacer y repetía lo que había vivido. Con el padre... parecía que él no tenía nada que hacer

y repetía una violencia que no había vivido pero que se la habían ocultado, y supo más tarde.

Voy a traer la sesión de Juan siguiente al momento en el que su padre, cuando pudo, le contó su historia. No sé si fue la última del periodo de destrucción o la primera de poder construir una narrativa diferente.

Mi padre me ha dicho que mi abuelo no murió, que dejó a mi abuela antes de que el naciera... también lo abandonó... y pegaba a mi abuela...

A veces también pasan esas cosas, digo yo, el continua ... *"él no lo sabía...mi padre no ha tenido padre... yo sí... pero todo esto da igual"*.

Se acerca a su caja de juegos y empieza nuevamente a romper todo, como una explosión... yo le digo que está asustado... que sus padres no van a abandonarle, que nadie le quiere abandonar... yo tampoco.

Tú qué sabes... si lo sé (contesto) yo sé lo que no voy a hacer y ellos también, pero a veces tus padres se enfadan.

Se pone a destruir todo, intenta romper también una carpeta en la que yo había guardado sus dibujos desde el principio (no había muchos pero alguno había, dibujos que al principio tenían más realismo y que luego fueron también explosiones)... la cojo al aire y le digo muy seria... esto no lo vas a romper...me mira retándome, manteniendo la mirada y veo que está a punto de llorar... sigue rompiendo... y llorando.... Lloro sin parar, como si la rabia se hubiera tornado en otra cosa. No está enfadado como en otras sesiones, está muerto de miedo.

Yo le digo ¿vamos a ver lo que hay en la carpeta?, dice que no, pero se sienta a mi lado... se va pegando cada vez más a mí (Recordáis lo de la madre de "se me pega como una lapa") y empezamos a ver todos lo que había dibujado y que no había conseguido destruir... él dice *como si fuera un álbum de fotos desde que he venido aquí...* si como el álbum de la vida de la terapia... le digo yo, él contesta... *voy a ver cuando llegue a casa las fotos de mi vida.* ¿Y contesto "Buena idea porque toda tu vida está en casa y con tus padres?"

Me voy a hacer pis... tiene que marcharse, vuelve y dice *¿qué hacemos con la caja?* (totalmente destruida) yo le dije "vamos a coger una bolsa y lo guardamos todo allí, el próximo día, veremos qué hacemos con ello" . En la sesión siguiente hicimos una caja nueva e intentamos reconstruir algo de lo que estaba roto... siempre estuvo la bolsa con el contenido allí también, no quiso tirarlo, al marcharse sonriendo me dice *adiós pringadilla en tono amigable.*

De ahí en adelante, la violencia indiscriminada se tornó en una tarea de diferenciación que le fue permitiendo asumir la dependencia sin miedo, separarse de su madre y permitir que el padre interviniera y poder pasar por una situación triangular que le permitiera hablar, tener miedo pero no pánico, enfadarse y no

tener que destruir, decir que no y también que sí... y la palabra pasó a tener un valor simbólico que pudiera sustituir a la acción

Bibliografía

JANIN, B. (2011) "El sufrimiento psíquico en los niños", Noveduc Libros, Buenos Aires.

Reflexiones sobre los secretos y la violencia.

Muchas gracias, Beatriz por compartir este interesante y difícil trabajo con Juan y sus padres, donde secretos y violencia, que no se limita al acto visible, interrogan aquello que se transmite a veces en silencio entre generaciones, ocupando lugares tan centrales en sus historias, que se engarzan y anudan en Juan, dificultando su proceso de subjetivación.

Nos ha ido relatando lo sucedido en su consulta con una generosidad, que nos ha permitido comprender la importancia del interjuego entre lo intrapsíquico, lo intersíquico y lo transgeneracional para adentrarnos en el territorio inconsciente, donde la repetición gozosa envuelve a los tres, cada uno desde sus características personales y su historia.

Nos ha ido narrando cómo los escenarios fantasmáticos se van intercalando, superponiendo, padres e hijo, con los efectos de las dimensiones que han interactuado en la estructuración de Juan, conservando siempre su presencia como su paciente, como actor principal del escenario, buscando que tenga una voz propia, que pueda ser escuchada.

Beatriz, con sus equilibrios de funambulista, a través de la magia de la transferencia, nos ha ido mostrando las conexiones entre el pasado no resuelto de los padres, y aquellas cuestiones que se reproducen en el hijo y no les permite salir de esa repetición gozosa en ese difícil terreno del trabajo con Juan, que despliega desde el primer encuentro, una violencia defensiva frente a su desvalimiento y fragilidad.

A lo largo de su exposición hay muchos elementos que podríamos considerar de suma importancia. Sólo me podré centrar en algunos, conservando el orden de exposición del caso, intercalando reflexiones, que me han sido útiles para pensar la articulación teórico-clínica de este trabajo.

Beatriz, nos va llevando a la comprensión de lo intersíquico con una gran sutileza, mostrándonos la diferencia entre el afecto que estos padres pueden tener por Juan y como lo han podido investir.

Como sabemos, la posibilidad de investir a un hijo depende la resolución de aspectos inconscientes de cada uno.

El hijo reactiva conflictos infantiles no elaborados en los padres. El hijo al principio de su vida aparece como una investidura narcisista, es portador de un Ideal, de la reparación de lo que faltó. Pero cuando domina demasiado...el hijo no puede ser investido como sujeto singular sino como una prolongación narcisista de los padres. Queda atrapado en los conflictos narcisistas, duelos (infertilidad, que queda obturado y es significado por Beatriz) o imaginarios, que impiden su reconocimiento. El aparato psíquico retira o limita la investidura. En el caso de Juan además, como se descubre a lo largo del trabajo de la doble escucha, es portador de una historia transgeneracional, no simbolizada por un secreto familiar. Ocupa un lugar fantasmático, que no le permite ser plenamente investido como hijo porque ocupa otro lugar psíquico y la fragilidad narcisista de los padres no les provee de la estabilidad necesaria para poder investirlo plenamente. El amor puede estar pero su disponibilidad es limitada.

A lo largo de las entrevistas de comienzo, Beatriz nos trae algunas frases que irán tomando gran significación a lo largo del recorrido tanto con los padres como con él. Éstas le han permitido trazar la dirección de la cura, sabiendo con qué contaba, aunque quedaban por descubrir elementos de un aspecto central.

"A los dos meses de enterarse que no podía tener hijos: "ya estaba "como si no pasara nada".

"Cuando nos dijeron que fuésemos a por él, no teníamos nada preparado, ni siquiera nuestras vidas".

Pregunta: ¿Por qué les dicen que no lo iban a tener fácil?

"La mamá deja de trabajar, todo el tiempo los dos juntos". "Yo lo hacía todo con él, le daba de comer, siempre los dos"....

Pregunta: ¿Y el papá?

El padre, que permanece silencioso: "Yo he sido solo".

La madre dirá de él "Es el pito del sereno" No es lo mismo tomar a alguien por "el pito de un sereno", que ser el pito del sereno, cual si fuera algo identitario. Luego comprenderá el valor de ese posicionamiento que desde el comienzo le genera sospecha, por el

vacío que desprende.

“Todo transcurre muy bien hasta los 2 años”, y ahí nos podemos preguntar qué ocurre que nos permita comprender este cambio.

Los dos años coinciden con un momento príncipes de la estructuración, la emergencia de la separación y la voluntad propia de afirmación por parte de Juan.

El niño “perfecto” y “dócil” adaptado al “OTRO” con esa dependencia psíquica, donde no se ha construido la oposición subjetiva, deja de estar.

En este momento de separación aparece el no, como afirmación de su oposición a la autoridad y donde decir “NO” es una forma de decir “no soy lo que el OTRO quiere”. El niño empieza a dejar de ser objeto del deseo de los padres ...

Este pasaje rompe la armonía imaginaria inicial, la idealidad. Depende en gran medida de cómo responden los padres permitiendo ese reconocimiento. Por eso Beatriz cuando le describen los comportamientos piensa “es normal”, en alusión a este momento de su evolución.

Los padres de Juan no parecen haberlo tolerado, con poca capacidad de sostener los límites y su relación con la autoridad, atravesada por sus historias poco simbolizadas, que Beatriz escucha dando el tiempo a que puedan adquirir un sentido.

¿Y qué ocurre posteriormente?

Al vivir esta etapa de Juan, como algo ligado a lo personal de ambos padres podemos hipotetizar, por cómo se va estructurando psíquicamente Juan, que debe haber vivido el deseo de afirmarse, versus perder el amor del otro. No olvidemos que para Juan es el segundo abandono. Como sabemos el miedo al abandono, suele relacionarse con la seguridad del vínculo primario.

Aquí lo más importante será cómo el niño pueda inscribirse en ese entorno familiar

Ya en las últimas entrevistas de comienzo con los padres, vemos el giro que se ha producido en estos padres con respecto al primer encuentro. Cuestión de crucial importancia para el tratamiento posterior, como señala Beatriz.

En este momento se produce una demanda que los interpela y queda patente en la respuesta frente a la pregunta de ¿Qué esperan de la terapia?

- Madre: Que esté mejor, que me haga caso, que sea feliz.

- Padre: No sé, le veo como lejano, parece que no me conoce, no sé si esto puede cambiar. (Frase que parece enigmática y que hemos podido comprender en él a posteriori).

El amor existe, pero no habido un espacio psíquico para su alteridad. Vemos cómo, a través de estos primeros encuentros, el primer pedido va dando paso a una demanda que les permita conectarse un poco mejor con sus funciones de padres.

Percibir esta diferencia, nos permite la comprensión y facilita nuestra ESCUCHA de estos padres, para que puedan mirar y escuchar a Juan, como alguien diferenciado, y que le permita ser visto y sentido en su desvalimiento y su sufrimiento por sus padres, desde el afecto y no en urgencias... como ha venido ocurriendo con su oído y su vista, “que le vean y ya está”, solucionado...

Beatriz va poco a poco siguiendo y uniendo los hilos que los atraviesan, sus conflictos, historias familiares complejas proyectadas en Juan, que se repiten en él, pero no trabajando con lo intrapsíquico de ellos. Trabaja con aquellos aspectos de sus historias que obstaculizan su función como Padres y les impiden ayudar a Juan a salir de ese lugar invisible. Podrán así, ir escuchándole como un sujeto singular, reconocerle en su diferencia y permitir su separación para poder acceder a un deseo propio.

Juan

El encuentro de Juan con Beatriz promete desde el primer momento una aventura en la que se empieza a desplegar su pulsionalidad, violencia en aumento en cada sesión, que va invadiendo la consulta y mostrándonos en toda su crudeza el padecimiento que sufre. Beatriz sostiene, permitiendo que Juan empiece a hacerse un relato diferente (Aquí se nos muestra la magia de la transferencia, que permite poco a poco no seguir en ese mundo mortífero de repetición donde diferenciarse para Juan supondría correr el riesgo de un segundo abandono).

Quisiera detenerme en este punto, para mostrar cómo Beatriz, con su teorización flotante, se puede posicionar, aún con toda su ambivalencia. Esta cuestión, atañe a la noción de los límites y la violencia en el tratamiento de un niño, por parte del analista. Este aspecto toca diferentes planos que nos conviene diferenciar: Por un lado, la violencia que el niño trae o despliega en la transferencia. Por otro, la violencia que podría ejercer el analista ya sea de manera manifiesta o sutil.

Recordemos que el encuadre tiene una función estructurante. Juan no posee los recursos simbólicos para tramitar estos afectos, por eso actúa: usa el cuerpo, los espacios, los objetos, al ANALISTA. Beatriz introduce límites claros, que no son moralizantes, ni disciplinarios, estableciendo un borde para la pulsión. Así podrá decirle que la siguiente sesión, lo estará esperando, percibiendo el miedo, el desvalimiento y la fragilidad que se esconde detrás de esa agresión descontrolada. ¿Cómo lo realiza?

Veremos cómo: (conservando su control y la ambivalencia que le produce la situación) le transmite que no le puede pegar, que puede estar enfadado,

pero no hacer, ni hacerse daño. En un momento álgido, Beatriz salva sus dibujos, después del enfado Juan acaba pegadito a Beatriz. “Ésta es como la historia de la terapia”, dice Beatriz, produciendo al decir de V. Korman, como un *efecto de verdad subjetiva* (donde la verdad no se entiende como adecuación a los hechos sino como algo que irrumpe en el sujeto y produce transformación).

Juan responde: “Voy a ver, cuando llegue a casa, las fotos de mi vida”.

El límite no debe reprimir el AFECTO sino el ACTO. Sin límites Juan quedaría a merced de la pulsión sin límite. Recordemos que Winnicott insistía en que el niño necesita encontrar un objeto que sobreviva a su agresividad.

El analista no se venga, ni humilla, no se asusta excesivamente, pero tampoco queda sometido, debe poder reconocer su malestar, para no actuarlo.

Para mí, es decisiva la manera de transmitirle de Beatriz, que entiende su enfado, pero no se dejará agredir. Reconoce el afecto como legítimo, pero detiene el acto. Introduce la ley, sin destruir el vínculo.

Asistimos en el recorrido con Juan y Beatriz a golpes, destrucción de objetos, amenazas y provocaciones (“Me voy a pellizcar y les diré a mis padres que has sido tú”).

Beatriz intuye lo que esa violencia de Juan expresa, tal y como nos ha compartido, eran momentos trasfondo-contratransferenciales muy complicados (los analistas de niños somos interpelados directamente por procesos primarios, donde nuestro análisis será fundamental, ya que la movilización de estos aspectos inevitablemente nos conmocionan y será imprescindible no actuarlos) Quisiera traer a colación la puesta en escena de las situaciones e imágenes que nos convocan en la clínica, como el de la bruja-cerda. No hay relato organizado, Juan no puede armar ningún juego simbólico sino descargar una violencia que no termina de ligarse en palabras, algo ilógico que se despliega en el discurso: procesos primarios.

Una imagen que me ha servido para pensar estos procesos es el cuadro del Bosco: “El Jardín de las Delicias,” su parte central podemos pensarla como una figuración visual de la lógica de los procesos primarios: un espacio donde la condensación, el desplazamiento y la ausencia de lo jerárquico organizan la escena, evocando un funcionamiento cercano a lo onírico. Sin embargo, esta proliferación de lo primario está contenido en una estructura simbólica: ENCUADRE, incluso lo más caótico del inconsciente, aparece en la cultura ya trabajado.

Sería como quien se permite estar frente al contenido, a la fantasmática, sin reducirlo, pero siendo atravesado por él, pudiendo simbolizarlo, poniéndole palabras que puedan darle un sentido, una representación.

Como en el análisis, no hay un relato organizado, sino violento, diferentes figuras, pájaros, unos se comen a otros, devastación, escenas fragmentadas, actos violentos, todo es posible, la desmesura se impone. Pero ese despliegue no ocurre en el vacío, interpela al analista en la transferencia, porque frente a ese Bosco infantil, poblado de figuras extrañas, “Madres que le cogen la sangre a los bebés” “Niños que desaparecen”, “Hijos de cerdo” “Brujas cerdo” etc. El analista puede quedar capturado porque en estas situaciones la transferencia no es solo repetición de vínculos, es un lugar donde lo no simbolizado, busca un otro que pueda sostenerlo. Aquí podemos preguntarnos: ¿Cómo no quedar conmocionados por la irrupción de esta pulsionalidad sin freno?

Ahí está Beatriz, con su posición frente a lo que no tiene forma, escuchar aquí, no es sólo comprender lo que aparece, sino SOSTENER ESA ESCENA SIN CLAUSURARLA. Se trataría, como frente al cuadro, de poder mirar, sin apresurar la lectura, tolerar la extrañeza, permitir que algo de ese exceso, pueda encontrar una representación y una vía de inscripción.

Entender que esa violencia expresa angustia no simbolizada en diferentes modalidades: celos, angustias de separación, rivalidad edípica, fallos en la función de contención parental... ha permitido que la agresividad no sea un obstáculo al tratamiento, ya que aquí ha sido el material clínico principal en la exposición.

Posteriormente, entenderemos que ese monto de violencia y el temor a ser abandonado de Juan, expresa no solamente aspectos propios, sino que es portador de una violencia transgeneracional.

Afortunadamente Juan tiene un espacio en el que poder expresar lo que le ocurre, donde a través de la transferencia va pudiendo dar sentido a través de poner palabras a esos estados que tanto le hacen sufrir y que ponen en riesgo su subjetividad.

Un momento central en el tratamiento, se produce con el desvelamiento del secreto familiar, producto seguramente del trabajo que se va realizando con los padres y que va a suponer un antes y un después en el proceso de simbolización, de inscripción y de filiación de Juan.

Podemos contemplar la transmisión desde tres niveles: abandono real, secreto familiar y filiación adoptiva. El temor intenso al abandono podemos pensarlo como el punto donde esas dimensiones se anudan.

Cuando el padre descubre la historia, descubre que él fue abandonado por un padre violento y ha vivido con una realidad que no existió y todo su entorno le ocultó. Debe reorganizar su relato, ha crecido con una representación falsa de su origen, donde el abandono quedó fuera de la simbolización pero generando sus efectos psíquicos y donde repite, sin saberlo, su propia historia con su hijo.

No sabe cómo estar con él, no se puede acercar, no puede ejercer su función paterna, atravesado por los conflictos generacionales de los que es portador inconscientemente. Deja a Juan en manos de la madre, proyectándose en su hijo "Mi madre siempre trabajando", "Muy recta", por no decir poco amorosa. Recordaremos que en las primeras entrevistas dijo "Yo fui solo", significante de sentirse "solito" de su desvalimiento infantil. Probablemente, su madre habrá sufrido mucho la situación y no habrá podido investirlo. No ha podido ejercer una función de corte con Juan. Volvemos a la frase "Es el pito del sereno".

El padre que adopta a Juan está marcado por un historia de abandono, con las consecuencias de inseguridad en su "ser padre", dificultad de sostener los límites y la autoridad, seguramente con un temor inconsciente a repetir el abandono. La función paterna no se sostiene sólo con la voluntad consciente, como sabemos, en la inscripción simbólica como hijo, que en este caso fragilizan los vínculos de la familia. Cuestiones que indaga Beatriz en el abordaje, en el que percibe la sintomatología de ambos padres en sus funciones. Narciso y Edipo siempre presentes, que se anudan en el vínculo con su hijo.

Juan parece encarnar algo de la historia del padre: el abandono que el padre no pudo simbolizar se transmite como angustia de abandono en el hijo, no porque se diga, sino porque las angustias circulan con el clima afectivo y se transmiten en la relación. Juan seguramente ha podido captar inconscientemente esa fragilidad y convertirla en síntoma. Este momento crucial, nos permite comprender los excesos pulsionales de Juan, portadores de una doble temor de abandono: lo abandonan al nacer y ante la dificultades de ser visualizado y valorizado en su ser, él se siente como no reconocido, aniquilado, perdido y con esa angustia desmedida por el abandono.

Esa imposibilidad de ambos padres para escuchar a Juan como un sujeto singular, se presenta muy compleja.

Con la figura materna, en principio se fusiona, pero a Beatriz le sorprenden algunas expresiones de la madre "pegado como una lapa", pero cuando se separa y empieza a mostrar autonomía, esto no se tolera, repitiendo la madre su propia modalidad infantil, pegándole. Ella procede también de una familia conflictiva y violenta.

Vemos que Juan recibe y es portador de violencia por doquier, si él es él, no le querrán, siempre atemorizado, pero defendiéndose, hasta comenzar su posibilidad de hacerse otro relato, vía transferencia. Beatriz capta muy bien su indefensión. Además es portador de un "Secreto Familiar", que como sabemos ocupa un lugar central en la transmisión entre generaciones. No se trata de algo no contado, sino de algo que no puede ser simbolizado y cuya ausencia de palabra produce efectos en la vida psíquica de los descendientes. La transmisión no se produce a través de la información, son marcos afectivos, silencios y climas emocionales,

que rodean lo que no puede decirse, produciendo una ruptura simbólica.

En una familia la transmisión se sostiene en la posibilidad de narrar una historia, de donde venimos, qué ocurrió, antepasados.

Cuando un acontecimiento queda convertido en secreto, por vergüenza, o culpa etc., ocurre una ruptura en la cadena generacional, apareciendo entonces:

-Vacíos de relato familiar.

-Contradicciones en la transmisión.

-Zonas prohibidas.

El niño percibe esos vacíos aunque no se los nombre, a través del silencio. Cuando el hecho está ligado a un duelo imposible, acontecimiento traumático, el hecho, no se integra, no se simboliza, queda encerrado psíquicamente. Y lo encapsulado se transmite a la generación siguiente como un fantasma transgeneracional. Así, el descendiente puede quedar afectado por algo que no vivió. Puede aparecer como efecto psíquico, o puede aparecer en climas afectivos inexplicables: tristeza sin motivo aparente, identificaciones enigmáticas, síntomas sin historia, fobias, inhibiciones o culpas que no encuentran escena personal.

El niño, ocupará una posición particular, será portador del síntoma familiar, guardián inconsciente del secreto, reparador de la falta.

El trabajo analítico aquí no es "revelar un secreto" como investigación histórica, nuestra tarea consiste en dar lugar a los vacíos de la historia, permitir que aparezcan preguntas, para transformar el silencio en la posibilidad de simbolización. Cuando esto sucede, el sujeto deja de estar capturado por la repetición silenciosa.

Podríamos formularlo diciendo que aquello que no se dice en una generación, que se silencia, aparece como síntoma en la siguiente, como en el caso de Juan y su padre y puede dejar de estar solo, apareciendo con voz propia.

Seguramente a partir de esa simbolización, Juan podrá elaborar su propia historia, una narrativa propia que articule pérdidas, deseo, inscripción, separación.

La adopción, no interrumpe la transmisión, la reconfigura. Lo decisivo es la posibilidad de inscribir el origen en una cadena simbólica, que soporte la pregunta, sin convertirla en secreto, y pudiendo afectivamente preguntarse: ¿Por qué me abandonaron? ¿Por qué me eligieron?

Juan no hereda la genealogía biológica, pero sí la simbólica, la pregunta es cómo se inscribe una filiación cuando hay una ruptura simbólica en la cadena biológica.

El hijo puede no compartir genes, pero necesita ser reconocido en una genealogía. Cuando esta inscripción es clara, la transmisión se ordena. Cuando es ambigua, negada o secreta, pueden aparecer efectos sintomáticos.

Juan, a pesar de exhibir su adopción, no ha podido elaborar, ni hacerse preguntas, seguramente también por ser portador de tanta carga.

El riesgo para su subjetividad no está solo en la violencia, sino en la imposibilidad de metabolizarla. Para Juan, entre abandono y elección, se juega una tensión narcisista muy profunda.

Otra vez, gracias, Beatriz por permitírnos entrar en la intimidad de tu consulta, compartiéndonos este interesante caso, evocador de tantas temáticas.

ΨΨΨΨΨΨΨ

*Trabajo presentado en el ciclo de Ateneos Clínicos del curso 2025-26, el 21 de Marzo de 2026 en la sede de AECPPA en Madrid.

****Sobre la autora:**

Beatriz Azagra Cabrera es Psicóloga Clínica, Psicoanalista y Psicoterapeuta

azagras@gmail.com

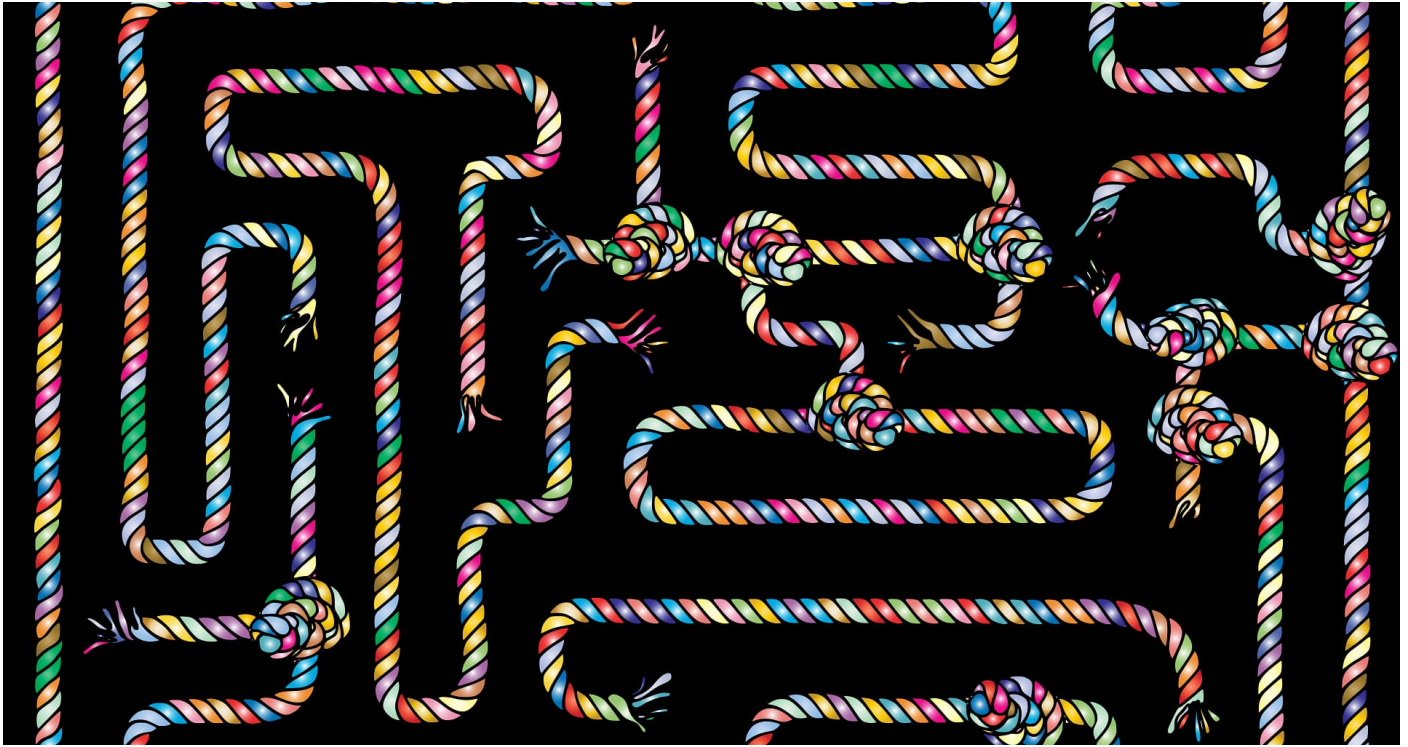
*****Sobre la presentadora.**

Luisa Marugán es licenciada en psicología, especialista en psicología clínica; psicoanalista con formación acreditada por A.P.M (Asociación Psicoanalítica de Madrid); miembro de FEAP (Federación Española de Psicoterapia); miembro de FEPP (Federación Española de Psicoterapia Psicoanalítica); miembro fundador de AECPPA; Docente colaboradora del Máster de Psicoterapia de la U.C.M (Universidad Complutense de Madrid), hasta su finalización; docente de AECPPA en el curso de posgrado de clínica psicoanalítica con niños, adolescentes y padres; docente del Máster en Psicoterapia Psicoanalítica con Niños, Adolescentes y Padres de AECPPA/UEMEC (Universidad Europea Miguel de Cervantes); trabaja en consulta privada con adultos, niños, adolescentes y padres.

Isabel, la princesa que quería ser reina*

Soledad Pozuelo **

Comenta Freya Escarfullery***



Cito a Freud en “Introducción al Narcisismo” (1914): “El niño debe tener mejor suerte que sus padres... enfermedad, muerte, renuncia al goce, restricción de la voluntad propia no han de tener vigencia para el niño, las leyes de la naturaleza y de la sociedad han de cesar ante él, y realmente debe ser de nuevo el centro y el núcleo de la creación. His Majesty the Baby, como una vez nos creímos. Debe cumplir los sueños, los irrealizados deseos de sus padres... El conmovedor amor parental, tan infantil en el fondo, no es otra cosa que el narcisismo redivivo de los padres, que en su trasmutación al amor de objeto revela inequívoca su prístina naturaleza”.

Abro la puerta de mi consulta y os presento a Isabel quien tiene 7 años cuando acude por primera vez. Vive con sus padres y sus dos hermanos varones de 5 y 2 años.

En la llamada telefónica con la madre, le explico que comenzaremos con unas entrevistas con los padres, a lo que me responde que es mejor con cada uno por separado ya que cuentan con posturas muy diferentes y enfrentadas con respecto a la crianza y que para evitar el conflicto es mejor que cada uno tenga su espacio. Le explico las características del encuadre de trabajo y la importancia de contar inicialmente con la participación conjunta de ambos, sin descartar la posibilidad de valorar entrevistas individuales si

posteriormente se considerara necesario. Finalmente, ambos acudieron conjuntamente a las entrevistas y sesiones y sólo he tenido contacto individual con la madre de forma telefónica en contadas ocasiones.

En la primera entrevista me encuentro que principalmente habla la madre, Catalina, y que el padre, Carlos, interviene cuando es invitado por ella, o cuando yo me dirijo directamente a él. Catalina se expresa de una forma muy detallada y minuciosa, a veces incluso atropellada, por la cantidad de información que quiere transmitir. Era sorprendente escuchar la cantidad de datos sobre medicación y posibles interacciones que detallaba. La rapidez en el habla y la utilización de tecnicismos (como cuando habla de los padecimientos médicos de Isabel) me hacen difícil seguirla e incluso comprenderla en determinados momentos. El padre suele mirar por la ventana, en los largos y detallados discursos de la madre. A veces muestra su acuerdo, y también su desacuerdo de forma abierta, diciendo que él no piensa o no lo ve así.

Sobre el motivo de consulta la madre dice: “tiene una actuación no normal con respecto a lo que es un niño” y tienen dos preocupaciones principales: el aspecto académico y la necesidad de contar con herramientas para estar con otros niños.

Pasan a enumerar los múltiples problemas médicos

que sufre Isabel. Tiene asma y apneas del sueño desde que era muy pequeña. La madre manifiesta tener dudas sobre si estas dificultades y la toma de medicación hayan podido tener como consecuencia un daño cerebral que influya en el rendimiento académico, aunque ni los profesionales médicos ni la escuela hayan manifestado una preocupación en esa dirección.

Isabel a su vez, padece numerosas alergias, la describen como muy sensible a los estímulos externos, como si no pudiera procesarlos adecuadamente, y como una niña muy demandante, requiriendo atención constante.

Cuando les pregunto acerca del aspecto social, hablan de que suele tener conflictos con otros niños en el comedor. Dicen: “No la eligen, siempre picotea de diferentes grupos. Ella se queja de que un día la tratan bien y otro mal”. “Si entra en un grupo, siempre quiere mandar”. Esto también le pasa con su hermano mediano de cinco años, Fernando. Isabel también tiene otro hermano, más pequeño de dos años, al que llaman “el bebé”, llamado Felipe. Continúan diciendo “Isabel propone juegos que no tienen sentido. Los niños no la entienden, nosotros a veces tampoco. Finalmente, no quieren jugar con ella”. En estos momentos, el padre, visiblemente emocionado, expresa su preocupación, pues no quiere que sufra bullying ya que los dos padres lo sufrieron cuando eran pequeños.

Sobre la historia de Isabel señalan que su llegada fue muy rápida, la madre se quedó embarazada a la primera. Fue un shock inesperado, a pesar del proyecto de familia y el deseo de hijos que compartían ambos. Isabel era la primera hija, la primera nieta... Fue un cambio muy gordo. Querían estar con la niña, pero existía una demanda familiar que lo impedía. Siempre había alguien en medio.

Ya al final, señalan que a Isabel le cuesta mucho dormir y que aun usa pañal por las noches. Cuando exploro esto, parece ser que nunca ha existido control de esfínter nocturno y que no hay evidencia de ningún problema físico. No parecen estar muy preocupados al respecto. Además, Isabel no duerme en su cama (ubicada en una habitación que comparte con su hermano mediano Fernando), solamente al principio de la noche, cuando se despierta acude a la habitación de los padres, durmiendo todos juntos (los otros dos hermanos también duermen con los padres).

A la finalización de esta primera entrevista siento cierta tristeza y preocupación, me pregunto qué representa Isabel para estos padres y quién es en realidad, parece muy perdida y frágil entre los padecimientos médicos y sociales. No la presentan como “His majesty the baby” ... ni cumple, en apariencia, los sueños, los irrealizados deseos de los padres. La describen como una niña llena de síntomas físicos y emocionales. Me pregunto, qué ha pasado con estos padres que recibieron a esta niña como si fuera una bomba inesperada a pesar de mostrar un deseo abierto de tenerla. Porqué funciona como si fuera un bebé, usando aun pañal, siendo, además este, un aspecto que no preocupa a los padres.

Tomo nota de la dinámica familiar en el que no parece que se discriminen espacios, está todo muy revuelto. Parece existir una dificultad para la incorporación para el tercero representado por el padre, quien desde la llamada telefónica se le quiere dejar fuera y que en consulta tiene una presencia más bien secundaria.

Bertrand Cramer, en su libro “De profesión bebé” apunta: “...hay algo en la llegada de un hijo que desencadena las reacciones más asombrosas.... puede ser portador de la desilusión, porque es nuestro propio doble al que despreciamos, o la reencarnación de un padre detestado, o porque lleva tal vez la marca del fracaso o de un defecto, debido a su apariencia, a su sexo o a una enfermedad”.

En la siguiente entrevista abordamos las historias de cada uno de los padres.

Catalina señala que fue “hija única hasta los 6 años y la primera sobrina, nieta”...Pertenece a una familia de 4 miembros, sus padres y su hermana. Su familia extensa materna, abuelos y tíos vivían muy cerca tanto que circulaban libremente unos y otros por las diferentes casas. Este aspecto no agradaba al padre de Catalina. La pérdida temprana de la madre le obligó hacerse cargo de su hermana. Su adolescencia pasó casi sin alteración, la pudo disfrutar tardíamente, ya a los veintitantos, pero de una manera clandestina, “nadie sabe de todas aquellas locuras de esa época”, ni siquiera su hermana. Con respecto al bullying habla de un sufrimiento que se alargó durante años en el colegio y que, tras la intervención de su madre y cambio de colegio, la situación terminó.

El padre, Carlos, presenta una notable dificultad para narrar su historia, escasa en detalles. Menciona una familia más despegada. En su caso, el bullying sufrido no fue compartido por la familia, duró también tiempo e incluso se alargó en el instituto. Habla de una adolescencia “clandestina” metido en el cuarto, gruñendo por todo, volcado en los deportes. Desde la adolescencia se sintió “superior” a sus padres y a su familia, él es un matemático importante y ellos personas muy incultas, descritas tal cual por él mismo.

En estas entrevistas se observan las repeticiones entre la historia de los padres y la familia actual en la que Isabel parece condesar buena parte de estas: son los primogénitos y los “primeros”, el bullying, la familia aglutinada de Catalina, la falta de reconocimiento y el lugar del padre. Llama la atención como las adolescencias de ambos fueron clandestinas para sus respectivas familias, como si no hubieran podido salir, ser reconocidos en su subjetividad. Tampoco parecen haber resuelto sus respectivos narcisismos infantiles y me planteo si de ahí surge la dificultad de la inclusión del tercero, en este caso de Isabel y su clara falta de investimento desde el inicio.

Cito a Silvia Nussbaum en su artículo “Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión transgeneracional”, de 2009 quien plantea la relación entre repetición y lo que no tiene

representación. “El sujeto quedaba dividido entre la doble necesidad de ser para sí mismo su propio fin y ser el eslabón de una cadena generacional a la que está sujeto sin la participación de su voluntad”.

Cuando llega Isabel a la primera entrevista me encuentro con una niña alta, y fuerte, con expresión agradable y despierta, vestida de rosa de arriba abajo. Esta impresión choca por completo con la imagen que me había creado de ella tras la primera entrevista con los padres, frágil, enfermiza...Automáticamente me viene a la cabeza que estoy frente a una princesa. Su madre, que la acompaña, insiste en quedarse en la sala de espera unos minutos mientras Isabel y yo entramos en el despacho, dice “es lo que quiere Isabel y así se siente más segura” aunque la niña no abre la boca al respecto. Isabel entra con calma y decisión en el despacho mirando con curiosidad alrededor, pero evitando mi mirada.

Me presento, le explico quién soy y le comento que puede jugar con lo que ve. Ella decide coger un libro de juegos (laberintos, sopas de letras...) y dándome la espalda comienza a resolver laberintos, haciéndolo a gran velocidad. Me intento asomar poco a poco celebrando cada vez que encuentra la salida a cada uno de los laberintos. Y en cada resolución y celebración, ella reacciona relajándose y abriendo algo la postura, permitiéndome entrar en el espacio de juego. Termina todos los laberintos (habrá más de 20) y me dice que le gusta mucho hacerlos. Muestra cierto orgullo. Le pregunto si también le gusta dibujar y que me gustaría que algún día dibujara. Ella me responde que no lo hace bien que quien dibuja bien es su compañera, que ella lo que hace mejor es el laberinto.

La sesión transcurre con lentitud y a su finalización mi impresión sobre Isabel es más esperanzadora, sin embargo, no puedo dejar de tener presente el contraste entre la niña que traen los padres, y la niña que acude a consulta. Me pregunto si Isabel muestra que se encuentra pérdida en una situación compleja y que en apariencia resuelve sin problemas sola, desde lo intelectual y con un rendimiento muy alto, tal y como muestra en la resolución de los laberintos.

En la segunda entrevista con Isabel me dice que ha encontrado un nombre para mí, me llamo “emocionista”. Cuando la pregunto acerca de esto, dice que lo ha creado con mamá y que significa, el médico de las emociones. También tiene un diccionario de palabras que ha traído y que me muestra. En esta misma sesión comienza un juego que continua a día de hoy, el ahorcado. Al principio las palabras son larguísimas, a veces en inglés, muchas veces son frases, y el dibujo del ahorcado suele ser uno diferente al habitual como el de una flor con múltiples pétalos, que en el intento de acertarlo se va coloreando, añadiendo nuevos pétalos... de esta forma nunca puedo ganar por la dificultad de la palabra, pero tampoco perder, alargándose el juego de forma infinita e impidiendo la alternancia.

También comenzamos un cuento, a partir de unos búhos que se encuentran dibujados en un estuche de

pinturas. En la tercera entrevista al entrar en consulta y comprobar que el orden de los juguetes es diferente a cómo ella los dejó me pregunta que, si han sido los búhos, le contesto que sí, que a veces cuando ella se va, vienen y al ser muy revoltosos, cambian las cosas de lugar. (Más adelante este juego evoluciona, interpreto los búhos como otros niños e incluso como los hermanos. Ella parece aceptarlo y comienza una curiosidad en aumento sobre los otros que acuden a consulta cuando ella no está).

Estos juegos van mostrando un uso del lenguaje particular, de hecho, madre e hija tienen un lenguaje propio en el que las normas son muy laxas y manejadas al antojo, y donde uno se puede perder como en un laberinto. Incluso el tercero es nombrado en este lenguaje. Parece desenvolverse en un mundo en el que las normas se organizan según su conveniencia, posiblemente como forma de evitar la frustración y, en definitiva, la castración y el crecimiento.

Cuando hablo con la profesora confirma este aspecto al señalar que Isabel tiende a inventar historias fantásticas; También la profesora informa de que Isabel suele sobrevalorar lo le hacen otros compañeros, incluso llega a mentir y a quejarse de manera excesiva ante situaciones que no parecen revestir tanta gravedad.

La devolución a los padres la baso en la importancia de la autonomía de Isabel mediante el alcance de hitos como el control de esfínter nocturno por la retirada del pañal. Esto en un principio genera mucha resistencia reflejada en los cuestionamientos constantes. En este sentido tanto el padre como la madre están completamente aliados. A su vez, dejo encima de la mesa la pregunta sobre qué puede suponer la autonomía de Isabel, qué ocurre que, siendo la mayor, en ciertos sentidos es tratada como más pequeña. Y la necesidad de pensar sobre los espacios con lo que cuenta Isabel dentro de casa, la cama común, la habitación compartida con el hermano mediano. Es aceptada esta línea de trabajo, pero al poco sale a la luz el problema de pareja. En una de las sesiones Catalina termina explotando.

En esta sesión en un primer momento hablan de la evolución de Isabel, está mejor en el colegio, incluso está empezando a no mojar el pañal lo que genera mucha alegría a la niña. La madre sobre esto dice en un tono muy desesperado: “Bueno... esto no va a cambiar las cosas, seguramente siga sin poder ir a un campamento o dormir fuera, ella tiene múltiples alergias, lo que impide que pueda confiar y que ella se pueda ir”. Le digo a la madre que entiendo el enorme miedo que esto le provoca, y al ver su expresión triste y cansada le pregunto si se encuentra bien. Dice: “No puedo más, no puedo más. Tengo mucha carga con los hijos, el trabajo... Pregunto: ¿qué ha pasado? La madre contesta: Es final de curso, y con 3 hijos, tenemos 10 actividades a las que acudir”. Dice el padre: “¿es necesario ir a todas? Es que no es necesario ir a todos, ella es muy exigente, necesitamos reducir”. Ella responde agresivamente: “Tú qué dices, si tú no estás”. Comienza una pelea, en la que la madre

termina afirmando que desde que nació Isabel han estado volcados en la crianza, él lo corrobora y dice que desde entonces no han vuelto a estar solos en la cama. Le pregunto al padre que entonces se echarán de menos. Él responde que mucho, pero que ya se ha acostumbrado, que le da igual. Ella dice “¿ves?, le da igual. Le doy igual”. Me da la sensación de que todo lo que dice el uno al otro enfada muchísimo. Les comento que detrás del malestar de Isabel estaba este otro malestar que parece necesario nombrar. La madre me responde agresivamente diciéndome que es matemática y que no entiende cual es la relación entre el sufrimiento de Isabel y lo que ellos están planteando, que necesita explicación. Les hablo de la importancia de darse validación en su función de padres. La necesidad de poder ejercer sus funciones parentales sin atacarse. Catalina se queja de que las tareas de la crianza y de la casa están repartidas de forma desigual. El padre responde que él está dispuesto a hacerse cargo siempre y cuando ella no le supervise. Ella se queja de que él realmente no quiere y termina diciendo que existe una situación difícil, no cree que haya solución, son muy diferentes. Yo le pregunto si ellos realmente quieren, si ella quiere. Ella se emociona en estos momentos, comienza a llorar y dice que si quiere.

En las siguientes sesiones se sigue repitiendo el conflicto de pareja.

Winnicott en Realidad y Juego (1971) escribe “... ¿qué ve el bebé cuando mira el rostro de la madre? ...Puedo expresar lo que quiero decir yendo directamente al caso del bebé cuya madre refleja su propio estado de ánimo o peor aún, la rigidez de sus propias defensas. En ese caso, ¿qué ve el bebé?”. “...en verdad, una madre cuyo rostro se encuentra inmóvil puede responder de algún otro modo. La mayoría de ellas saben responder cuando el bebé está molesto o agresivo, y en especial cuando se encuentra enfermo”.

La relación de los padres es una constante lucha de poder que oscila desde la imposición a la sumisión. En un momento dado, el padre plantea abiertamente la necesidad de poder ir sacando a los niños de la cama, a lo que la madre le pide “que le deje más tiempo, pues ya no va a tener más niños, no va a haber más bebés”. “Yo le pido que espere, está muy enfadado porque no promuevo hacer la habitación de Isabel”. Terminan llegando a un acuerdo, y establecen tener la habitación de Isabel en unos 6 meses.

Isabel comienza el curso en una nueva clase y empieza a formar parte de un grupo de amigas con las que comparte sus gustos por el baile, hacen clubs... parece que se abra una nueva etapa, aunque los padres aparecen muy preocupados ante la amenaza de que pueda ser rechazada.

Con la llegada de la Navidad, Isabel tiene una nueva habitación. Coincidente con esto, Isabel abandona completamente los pañales, no volviendo a mojar la cama desde entonces.

Tras las Navidades aparece una nueva preocupación: el adelantamiento de la pubertad de Isabel. Los padres muestran diferencias de parecer, el padre no parece preocupado, mientras la madre señala que las adolescencias de sus hijos le producen un profundo dolor pues como padres “dejan de ser su todo”. Además, aunque la madre reconoce estar más relajada desde que los niños han salido de la cama (con motivo de la habitación de Isabel) sigue sintiéndose atrapada en un sin fin de exigencias hacia sus hijos que le hace estar constantemente ocupada. En todo esto no suele contar con el padre, quien se queja, pero de nuevo aparece como aliado, al no tener una actitud proactiva.

A la salida de sesión uno de los días, la madre me informa que fueron perseguidas por un hombre y que ha sentido tanto miedo que necesita esperar a su hija dentro de la consulta. Además, junto a esto comienza a haber mucha dificultad para poder encontrar huecos que permitan ver a los padres sin ocupar el hueco de Isabel. De alguna forma, la falta de lugar de Isabel se va expresando de diferentes formas y desplazando de unos sitios a otros. En la transferencia voy apareciendo como un tercero amenazante que puede quitarle a su niña.

Las intervenciones con los padres parecen funcionar con señalamientos concretos más que favoreciendo un despliegue más amplio. Un día cuando la madre me deja a Isabel, le dice a la niña: “Dile a Sole, lo que ha pasado en la clase”. La niña no me cuenta nada en la sesión pues dice que no quiere. A la salida, la madre le pregunta si me lo ha dicho y cuando la niña le dice que no, la madre me lo cuenta. Le respondo a la madre que podemos hablar sobre esto otro día, Isabel parece muy molesta. Al abordar esta cuestión con los padres, les planteo qué cómo es posible que, existiendo vías de comunicación para contármelo, lo hizo delante de la niña a pesar de la negativa de Isabel. Catalina muy a la defensiva me responde que al padre le pasa lo mismo, que los dos hablan delante de Isabel como si ella no estuviera. Le contesto que esto no es sólo una cuestión de Catalina si no de ambos, que apunta hacia la dirección de por qué cuesta tanto verla, escucharla y que esto remite a las historias de ellos como hijos. La madre se relaja y conecta con esto. Comenzamos a conversar sobre el espacio de Isabel, la importancia de tener en cuenta lo que necesita y hacérselo saber. La madre con lágrimas a la salida de la sesión me lo agradece.

El desplazamiento del problema de Isabel (colegio, pubertad...), el conflicto de la pareja de padres y la conexión con sus respectivas historias va poniendo de manifiesto la necesidad de acompañarlos en su función de padres, función adaptada a las diferentes necesidades que su hija va planteando en el crecimiento. A su vez se hace necesaria la mayor participación del padre, la disminución de la carga de la madre y el planteamiento de un espacio terapéutico para ellos como padres.

Con la profesora podemos empezar a trabajar conjuntamente en una misma dirección, entender la

demanda y la queja de Isabel como un reclamo de un lugar de valor y reconocimiento. En el colegio se favorecen dinámicas de reforzamiento de autoestima y solidaridad en este sentido.

En relación con el trabajo terapéutico con Isabel, el juego va evolucionando desde uno más individualista e intelectualizado como hacer sopas de letras, laberintos...a otros más manipulativos, poniendo de manifiesto el aspecto pulsional. El juego principal en muchas sesiones es hacer comidas, postres, golosinas con plastilina y la mayoría de las veces Isabel suele marcarme qué he de hacer, siendo muy autoritaria y no permitiendo que haga una cosa diferente.

Si termino una pizza o hago una piruleta, ella me dice que lo he hecho gracias a que me ha ayudado ella. En medio de la elaboración de los detallados platos (tiende a alargar, al detalle) a veces cuenta cosas del colegio, de sus hermanos. Habla de cómo se enfada con una compañera a quien odia y cuando le pregunto al respecto, responde que es porque esta niña la quiere mandar.

Los juegos del ahorcado continúan siendo muy difíciles y laboriosos, a veces le digo que me niego a jugar sin pistas o con palabras complejas. Ella acepta, aunque suele adaptar las normas, dándome un número elevado de oportunidades, pero limitado, lo que permite en algún momento el fin. Tiene mucha dificultad para terminar las sesiones, poder recoger...llegamos a un acuerdo en el que escuchamos la canción que quiera mientras nos despedimos hasta la siguiente sesión. Esto permite una estructura, un orden y un cierre dentro lo esperado. Empezamos a jugar a otros juegos como el parchís o la oca, en el que hace innumerables trampas, y en el que, si llego a ganar, me dice que “no le importa, no le importa”. Parece que la negación es una buena defensa para ella, que se disfraza de algo de lo que no es como el día que vino vestida de reina.

Ese día Isabel acude con una corona, vestida de nuevo de rosa, con una falda de tul, lleva en una mano otra corona. En esos momentos pienso “His majesty the baby”. Estamos cerca de las vacaciones de verano. Me dice que no quiere que acabe el cole, le pregunto acerca de esto. Ella responde vagamente que le gusta el colegio. Le pregunto si la otra corona es para mí, encoje los hombros y me la pongo. Comenzamos a hacer una pizza, y me da instrucciones, obedezco. Aunque la dos llevamos la corona parece que la reina es ella. También jugamos al parchís y al advertir que voy ganando decide empezar a jugar al revés para acortar la distancia hasta la meta y ganar, comienzo a sentir cierta angustia y continuamos jugando cada vez de manera más delirante, sin turnos, hasta que termina jugando ella sola, moviendo las fichas a su antojo.

En esta sesión conecto con la angustia del mundo de Isabel, lleno de despotismo y de ausencia de límites. Entiendo que a los otros niños les cueste jugar bajo estas reglas y pienso en lo perdida que pueda dejarle este funcionamiento a Isabel. Viene disfrazada justo de lo que ha sido tan difícil de ocupar junto sus padres, esa

niña reina. Su funcionamiento es muy regresivo, como en otras sesiones refleja un juego correspondiente a la fase anal, la competitividad, rivalidad y dominio predominan en la sesión. Tras supervisar esta sesión entiendo que como terapeuta he de coger esa corona para acompañarla desde este funcionamiento regresivo a uno más edípico.

Las vacaciones de verano se alargan debido a una baja que me impide incorporarme en el momento esperado. En total transcurren casi tres meses desde la última sesión con Isabel. En la sesión de reencuentro, le explico lo ocurrido y le hablo de las ganas que tenía de volver a verla. Ella parece ignorar mis palabras y, como si sólo hubiera pasado una semana desde la última vez, comienza a jugar con el mismo juego con el que jugó en la última sesión, una casa de muñecas.

Hasta entonces este juego consistía en cómo los habitantes de la casa, una madre con dos hijos de unos 7-10 años y dos bebés realizan tareas de la vida cotidiana como cocinar, pasear... La madre, que es representada siempre por Isabel, se muestra muy ocupada haciendo tareas del hogar y educando a los niños. El padre no existe y lo introduzco yo con un muñeco, quien no es nada bien recibido. Al principio me coge el muñeco de las manos y lo tira con rabia hacía el suelo diciendo: “nooooooooo”. Otras veces, se burla de él, diciendo que es débil, tonto e impidiendo que entre en la casa.

En esta sesión mientras Isabel comienza a ordenar la casa y colocar los muñecos, yo la acompaño en silencio. Al rato, me pregunta si no va a venir el padre. Le digo Ahhh siiii cuánto tiempo, el padre. Cojo al padre quien entra en escena como uno más, eso sí sin poder entrar en casa ya que la madre se lo impide.

La sensación con esta sesión es, por un lado, la de cómo si nada hubiera ocurrido, la negación de la ausencia mientras que por otro existe la urgencia de seguir trabajando en donde lo habíamos dejado, aclamando a la ley, en transferencia. Mi ausencia representa posiblemente la ausencia de ese padre que no termina de entrar en casa. Pienso que con este juego también Isabel trata de decirme que, aunque me ha esperado y me reclama, no me va a dejar tan fácilmente entrar de nuevo, que es necesario seguir jugando y así hacemos.

La nueva habitación de Isabel va acompañada de un abandono del pañal. Isabel está muy contenta, ahora quiere hacer una fiesta del pijama con sus nuevas amigas del colegio, aunque la madre expresa que a ella no le gustan mucho las fiestas del pijama. Isabel un día dice que ya escribe muy bien, mejor y que le han dicho en el colegio que dibuja muy bien. Le digo que está creciendo y me dice que ya tiene su propia habitación, con doble colchón y con todo lo que le da la gana tener, todo muy de mayor. Continúa: “todavía tengo algo que colocar, es una caja que está arriba del todo y que tiene cosas de mi hermano y mías”. Le pregunto si en esa caja está todo revuelto ahí. Y responde que va a darle sus cosas a su hermano y que él haga lo que quiera.

Tras una nueva interrupción prolongada debida a la grave enfermedad del padre, Isabel vuelve a mostrar, a su regreso, el impacto de la ausencia. Lo hace de manera defensiva, como puede observarse en la primera sesión de reencuentro, cuando insiste en mostrarme su supuesta habilidad para encontrar personajes escondidos en un libro. Al poco rato descubro que dicha eficacia no es real y que está inventando las respuestas. Es parecida a la primera sesión de los laberintos.

Comienza también a ser cada vez más frecuente la aparición de juegos centrados en buscar juguetes ocultos, personajes escondidos en libros o adivinar dibujos que interpreto como la expresión del atravesamiento de categoría presencia-ausencia.

El sobre funcionamiento del Isabel en juegos cognitivos e intelectuales va dando paso a una expresión más emocional de lo que va aconteciendo. En una de las sesiones, al abrir la puerta la encuentro sentada de espaldas a su madre, llorando. Parece no querer entrar. La madre me cuenta, que está enfadada porque le ha tirado unos papeles de la habitación, le había avisado varias veces de recogerlo y al no hacerlo ha terminado tirándolos.

Isabel entra llorando y dice que está enfadada, yo le digo que también parece dolida. Ella dice que no, que está enfadada. En la pizarra escribe mama asquerosa con mucha furia. Cuando le pregunto qué ha pasado, me dice que su madre es una desordenada y que su madre se agobia con el orden. Los papeles encima de la mesa, era una manualidad que iba a hacer.

Su madre le ha dado una caja de cartón que está en medio de la habitación y que no sabe qué hacer con ella. Ha tirado sus papeles, pero no esta caja. Le digo que parece que no hay quien entienda a su madre.

Coge el papel cebolla y comienza a cortar en cachitos muy pequeños, me dice que gana quien corte los papelitos más pequeños. Corta muchos y los tira a la basura. Le digo que ahora estos son los papeles de mamá. Vuelve a cortar los papeles y los tira como si fuera confeti por toda la habitación mientras dice: "Mamá mala".

Empezamos a jugar al parchís con dos dados y cuando le pregunto acerca de las normas que está planteando, me dice que juega así en casa de la abuela. Junta las fichas del parchís y comienza a jugar. Le digo que las dos fichas están juntitas como ella con mamá. Se ríe, comienza a tirarse pedos y se va al baño.

A la vuelta coge la casa de muñecas y deja al padre dentro de una zapatilla. Lo cojo y me dice que puede llevarse a los niños, pero no al bebé, pregunto quién es el bebé que no se puede separar, me dice que ella no es un bebé. Llega la hora de finalizar y le digo que, aunque nos vamos a separar hasta después de semana santa aquí la voy a esperar, que sé que no es un bebé, pero aun así yo la voy a esperar. Parece calmarse, bailamos y recogemos.

Hasta hace muy poco, en todas las consultas, Isabel trae un objeto diferente que nos permite hablar de ella, de sus amigos, familia...suelen tener más protagonismo al principio de la sesión para terminar siendo desplazados por el juego que se pone en marcha. Me planteo si estos objetos pueden representar la transaccionalidad entre ese mundo más familiar y la salida al mundo y el encuentro con otros, la separación y la pertenencia. El último objeto que trae es una flauta que le ha regalado el padre, y con la que gracias a ella y al aprendizaje que le ha ofrecido ha sido modelo en clase para otros niños. Se siente muy orgullosa. A diferencia de sus hermanos, es a ella a quien su padre le ha regalado la flauta. Comienzo por pensar si esta escena puede representar que, el padre parece tener algo bueno que ofrecer y a futuro la posible entrada en el Edipo. Al poco en el juego de la casa de muñecas, representa a una madre que se va, se ausenta, se enfada cuando los hijos salen a pasear con el padre. Llega a irse a Australia y a negar cualquier tipo de contacto. Su madre es representada por un hipopótamo que muestra su enfado y les persigue con el deseo de comerse a los niños. A lo largo de las sesiones, puede ir emergiendo la representación de una madre ausente, hacia la que experimenta enfado, situándola en un conflicto entre sus propios deseos y la necesidad de sentirse querida. Asimismo, aparecen sentimientos de enfado hacia el padre, percibido como una figura ausente, poco implicada y carente de atractivo o interés para ella, percepción que parece modificarse parcialmente cuando este le regala una flauta.

En el libro "El quehacer con los padres" (Caellas, Kahane y Sánchez, 2015) dice "En las familias en que los padres no hayan resuelto, sepultado el complejo de Edipo el niño quedará atrapado en el narcisismo materno, como solución patológica de ambos padres, en tanto el padre renuncia a su función, repitiendo en su hijo la unión con su propia madre".

Los padres de Isabel parecen atrapados en el niño maravilloso, el niño rey de sus respectivas familias, teniendo como consecuencia el desencuentro en la pareja por la falta de reconocimiento de la alteridad, lo que se hace especialmente relevante cuando nace Isabel, quien inaugura la triada. Isabel parece depositaria, no sólo del conflicto de pareja, si no de la falta de cada uno de estos padres reyes, falta que no han podido reconocer. Isabel no puede ocupar el trono de niña reina, ya está ocupado. La paradoja del síntoma muestra que no sólo se deposita el conflicto, lo insostenible en la niña, también devuelve a los padres su propia falta (no elegida, rechazada). Un síntoma que revela y oculta a la vez una historia más allá de la propia Isabel.

Los padres pueden con dificultad ir afrontando el desafío de la necesidad de autonomía de Isabel, aceptando ciertos cambios más físicos que psíquicos. El riesgo de estos movimientos aparece en la transferencia a través del tercero hostil, que persigue y ante el cual se ha de estar muy juntitos y pegaditos.

Isabel por su parte se presenta como una niña reina,

una niña que hace juegos de la latencia, en el que el que supuestamente el lenguaje alcanzado un importante desarrollo, existe una conformidad con la norma y un mayor énfasis de la socialización. Sin embargo, es sólo apariencia, el ahorcado y los diferentes juegos van mostrando como está atrapada y sola en un mundo sin orden, manejado supuestamente a su antojo o al de su madre. El espacio de juego, el encuadre, la continuidad de la experiencia terapéutica permite ir introduciendo un funcionamiento más sujeto a la realidad (los turnos, las normas...), una realidad en la que tiene cabida la expresión de su mundo interno junto con las fallas (interrupciones). Se empieza a observar un incremento de la creatividad (dibujo), de la aparición de juegos correspondientes a la categoría de ausencia-presencia y de representación, que permiten la simbolización, el apropiamiento de la realidad y la metabolización de experiencias.

Isabel se ve en la encrucijada entre su propio deseo y el deseo de sus padres de permanecer pequeña. Este conflicto tiene sus consecuencias en la dificultad para asumir la ley (se pueden quitar o no los pañales) y plantea un riesgo importante de repetir la representación del tercero como invasivo y persecutorio. La respuesta favorable a la retirada del pañal plantea un interrogante sobre el síntoma, sobre si obedece a un conflicto intrapsíquico de la

niña o a un conflicto inconsciente de los padres. Isabel necesita apoyo en su la estructuración psíquica, en el atravesamiento de las diferentes etapas de desarrollo psicosexual, el de reencuentro con el otro, de repetición de la fusión y separación que permitan investimento y reconocimiento propio y de la alteridad.

Silvia Nussbaum en “Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión generacional” nombra al psiquiatra Theodore Lidz “dada la asimetría derivada del estado de desamparo inicial, los hijos se ven en ocasiones, obligados a aceptar las defensas de los padres y a obliterar los deseos propios... Enfatizaba la impermeabilidad de los padres para registrar y connotar la imposibilidad de oír al niño y percibir sus necesidades emocionales”.

La línea de trabajo con respecto a los padres va encaminado a poder cuestionarse este anhelo narcisista tanto en ellos mismos, ser los padres perfectos, onnipotentes...”Ser su todo” como decía la madre, así como en su hija (no crecer, ser la niña eterna).

Termino con este poema del libro “La clínica con Winnicott. Elementos para un psicoanálisis contemporáneo” de Juan del Olmo:

Ojalá pueda cuidarte

*Ojalá pueda cuidarte
del desencuentro y el mal amigo,
del destrato y la burla
y la crueldad de los niños;
que pueda estar vigilante
atento al desaire y remediar el agravio
que todos hemos conocido
en el cuero y en la lengua propia como cuchillo.
Ojalá pueda cuidarte, ay,
de mi propio cuidado:
abstenerme de mi mirada constante,
mi mano apurada, mi sentir apremiado.
Que cuidar, también, es dejar sin abandonar;
sostener es aupar, también dar lugar
a los problemas y maravillas
de arreglárselas con la alteridad.*

Bibliografía

Cramer, B. (1991). *De profesión bebé*. Círculo de lectores S.A.

Del Olmo, J. (2022). *La clínica con Winnicott. Elementos para un psicoanálisis contemporáneo*. Ed Entreideas.

Freud, S. (1914). *Introducción al Narcisismo*. En *Obras completas* (vol. XIV, pp. 65-98). Amorrortu editores.

Winnicott, D. W. (1972). *Realidad y juego*. Ed. Gedisa.

Nussbaum, S. *Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión transgeneracional*. Revista *Psicoanálisis*. Vol. XXXI-Nº 1-2009-pp 153-166

Reflexiones sobre “Isabel, la princesa que quería ser reina”

Quiero agradecerte, Soledad, el esfuerzo por delimitar algunos aspectos concretos de un caso tan rico en matices, susceptible de abordarse desde múltiples perspectivas. Entre ellas destacan *el trabajo con los padres* —su pertinencia, el momento oportuno y las razones de su indicación—, *el lugar de Isabel en la estructura familiar*, el proceso de separación e individuación, la libidinización de una niña que quería ser reina pero que parece no haber llegado siquiera a ocupar el lugar de princesa, y la función de la terapeuta como elemento de cuña —casi de corte— en una relación familiar indiscriminada, lo que nos lleva a pensar también en la evolución en la modalidades de juego de la niña.

El caso de Isabel se anuncia, desde el contacto inicial, bajo el signo de la confusión. La petición materna de entrevistas separadas para cada uno de los padres revela una conflictiva que, más adelante, permitirá pensar que la cuestión principal no radica en los espacios que reclama la madre, (médicos, académicos, relacionales) sino sobre todo en la constitución de un lugar propio para su hija.

Isabel nos es presentada como una princesa que quería ser reina, en búsqueda de una corona. Desde la distancia que me proporciona la lectura del caso, yo diría que en búsqueda de una mirada libidinizada que le permitiese, al menos, sentirse presentada desde un lugar propio.

Del juego del ahorcado a la corona, una pregunta:

¿Cómo habían podido Isabel y Soledad pasar de jugar al ahorcado a la corona? Pienso que se ha posibilitado por la construcción de un espacio de encuentro entre Isabel y Soledad, en el que ambas han podido crear sus singulares zonas de juego. Esto ha permitido la aparición de nuevas formas de jugar y el paso desde la rigidez del encuentro inicial hacia modalidades más flexibles, llegando hasta el momento en que Isabel es simbólicamente coronada para continuar después con otro tipo de jugar.

¿Jugamos?

“La psicoterapia se da en la superposición de dos zonas de juego: la del paciente y la del terapeuta.

Está relacionada con dos personas que juegan juntas. El corolario de ello es que cuando el juego no es posible, la labor del terapeuta se orienta a llevar al paciente de un estado en que no puede a un lugar que le es posible hacerlo”.

Donald Winnicott. *Realidad y Juego*. 1971

Isabel llega con un discurso particular, único, personal, y como pronto declara, un diccionario entre ella y su mamá. Con tal discurso despliega un juego inabordable, el tradicional ahorcado que tanto le gusta a los chic@s de su edad, pero con una peculiaridad: son palabras interminables, sin principio ni fin, sin perdedores, ni ganadores, sin lugar para la falta, para la castración. Se alargaba la palabra y se alargaba la figura de ese ahorcado interminable, sin ley, *“como una flor con múltiples pétalos, que se va coloreando y añadiendo nuevos pétalos; ni se acierta la palabra, ni se termina el dibujo, impidiendo la alternancia”*.

Parecería un juego propio de su edad Pero la rigidez, la imposibilidad de cortar la palabra, de finalizar la imagen, de aceptar la frustración, el ahora tú, ahora yo, nos hace pensar en algo mucho más grave. No es un juego, es una repetición de sonidos y de imágenes que se alargan.

Soledad acepta el reto, la acompaña en su despliegue, conteniendo sus propias miedos y angustias, así como la incertidumbre de si la podrá ayudar o no. Son sesiones que al principio están marcadas por la dificultad de *“entender”* algo de lo que expresaba Isabel, por la dificultad de *“conectar”* con palabras.

Ya lo decía su madre: *“Isabel propone juegos que no tienen sentido. No la entienden, (Los niños), nosotros a veces tampoco. Finalmente, los niños no quieren jugar con ella”*. Es un juego eterno, interminable, donde no hay lugar para el otro. Poco a poco, la terapeuta va introduciendo trocitos de realidad/alteridad:

- los búhos pueden ser los hermanos o los otros chicos. Con la respuesta que alude a la realidad, otros chicos, los hermanos, se despierta la curiosidad, ¿algo de la pulsión epistemofílica?
- las inocentes propuestas: “*me niego a jugar sin pistas*”, o “*con palabras complejas no*”

que promueven que se vayan aceptando unas ciertas normas; se van acotando las palabras, se va limitando, consiguiendo que el juego del ahorcado tenga un final..., incluso con esa modalidad de dar múltiples oportunidades.

Ya no solo juega a laberintos y sopas de letras, aparecen juegos manipulativos, cocinitas, donde se despliega algo de la ambivalencia de la analidad, y con el tiempo, también aparecen juegos de normas más elaborados, la oca, el parchís... con trampas.... Ahí ya hay otro jugando....

Un buen día aparece vestida de reina, esa vez con dos coronas, de nuevo, su terapeuta recoge el guante, y juega a dos cabezas coronadas, dos cabezas libidinizadas. Isabel va de mandamás, Pero es un juego de simbolización, de concreción de deseos, de fantasías, una reina poderosa, como expresa Soledad, “*viene disfrazada justo de lo que ha sido tan difícil de ocupar junto a sus padres, esa niña reina*”. Y continua ... “*Su funcionamiento es muy regresivo*”, y una vez más, elige acompañarla en ese trayecto, regresivo, omnipotente hasta momentos más elaborados, más edípicos.

Aparecen otros juegos, pero no me detendré en ellos, prefiero que giremos la cabeza hacia el otro tema que aparece desde el principio, al parecer muy en la superficie, aunque nunca es en realidad así:

Los aspectos fantasmáticos e imaginarios que han marcado la mirada de estos padres desde el nacimiento de su hija, dificultando su separación e individuación.

Cuando escuchamos a la madre de Isabel – pienso que también habla en nombre de ese padre al parecer ausente - nos encontramos con que el shock de la paternidad lo ocupa todo, la noticia del embarazo se recibe como una bomba, a pesar de ser deseada. Como si no hubieran tenido tiempo para pensarla, para pensarse como padres Luego al nacer “querían estar con la niña, pero existía una demanda familiar que lo impedía. Siempre había alguien en medio”.

No pude menos que pensar en el deseo de hijo, ese concepto tan difícil de acotar: Cito a Silvia Tubert en “Figuras de la Madre”.

“Aunque el deseo de hijo se presente con frecuencia como una elección consciente, relativa a los ideales sociales y familiares de cada sujeto, este proyecto es siempre portador de significaciones inconscientes que habrán de tomar cuerpo en el niño por nacer: el hijo llega a la existencia en el seno de una red de representaciones preexistentes, reguladas por

la tendencia repetitiva del inconsciente, que lo inviste de las vicisitudes libidinales de la historia de sus padres (que siguen siendo, desde este punto de vista, hijos) y de su forma de asumir la diferencia de los sexos. Sin embargo, el nacimiento del niño da lugar, en el mejor de los casos, a una nueva organización que produce una ruptura en la repetición al articular de una manera única las determinaciones de su origen: el niño real nunca coincide con el niño imaginario del deseo absoluto de la madre, destinado a colmarla completamente.

El proyecto consciente de la maternidad se apoya en la doble vertiente inconsciente del deseo edípico y de la relación de identificación narcisista con la madre que, según haya sido la historia infantil de la mujer en cuestión, configuran, enriquecen o perturban la relación con el hijo”.

Me ha parecido apropiado pensar la dificultad de los padres desde esta definición del “*deseo de hijo*”, para escuchar quizá de otra manera, esa expresión de los padres que nos narra Soledad, “deseábamos un hijo pero fue un shock” ... una chica que fue la primera hija, primera nieta, primera sobrina, primera entre los hijos de los amigos pero parece que nunca pudo ser la *number one*. La chica que presentan es todo menos la hija del deseo, de la idealización.

No pudo serlo porque se atravesó algo de lo fantasmático. Algo ha perturbado la relación con esta hija: ... los padres, como narra Soledad, querían estar con ella, pero siempre había alguien en medio. Y a sus 8 años Isabel aparece en el discurso paterno bajo la óptica de la dificultad, incluso con fantasías de posible daño cerebral: la niña que presentan ocupa el lugar de la preocupación, de la observación. Pocas noticias sobre sus hitos evolutivos, solo al final de la primera entrevista, y como de pasada, comentan que no ha controlado esfínteres y que todavía continúa durmiendo con ellos, igual que sus hermanos.

Nacen otros bebés.... Pero son varones, todos van siendo parte de esa cama que se amplía, pero se escapan de los síntomas físicos, de la fantasía de retraso madurativo, del fracaso social, y sobre todo, parecen tener eso que les preocupa a los padres: la capacidad de poder comunicar, hablar, relacionarse con otros eso que Isabel tiene dificultado. El discurso de Isabel no lo entiende nadie, a veces ni siquiera su mamá.

Los padres

En la práctica clínica, cuando los padres ocupan gran parte de la entrevista, es preciso prestar atención no solo a lo que dicen sobre su hijo/a, sino también a cómo hablan de ellos, qué lugar les atribuyen y cuánto espacio queda para que el propio hijo/a exista como sujeto.

Hay demasiada presencia paterna; desde la primera llamada telefónica, y también en el minucioso y a la vez enmarañado relato de las primeras entrevistas, se

hacen patentes la confusión y la angustia en un relato atravesado por conflictos y cuestiones no elaboradas de los padres.

A medida que se van alcanzando ciertos logros, como la aparición en Isabel de algunos deseos propios de su edad (la fiesta en pijama con las amigas, o ir de campamento ...) van apareciendo sus conflictos de pareja, sus demandas no dichas, la tristeza por los bebés que ya no llegarán, incluso esa angustia persecutoria que se plasma en una petición de acogida en la consulta porque la madre piensa que alguien las sigue.

Los padres parecen desorganizarse a medida que Isabel abandona el pañal y la dependencia que este representa. Al mismo tiempo, emerge un nuevo temor: una menarquia aún no anunciada; en palabras del padre, el paso “del pañal a la compresa”. Esta desorganización y esta angustia empiezan a hacer mucho ruido; podrían precipitar una interrupción

intempestiva del tratamiento de Isabel si no se habilita un espacio de trabajo para ellos, distinto del espacio de su hija. Aunque se les sugiere, no parecen —o no pueden— escucharlo. Se van haciendo pequeños señalamientos que les ayudan a “conectar” con el proceso.

Difícil tarea, contener y reconocer la angustia y la preocupación de los padres, y al mismo tiempo ayudarles a interrogarse sobre la necesidad de emprender un trabajo propio que les permita cuestionar cómo es eso de ser padres de esta princesa particular.

Esperamos que a lo largo de su trabajo terapéutico, esta princesa que quería ser reina, encuentre la salida de aquellos laberintos que dibujaba en sus primeros encuentros con Soledad.

Bibliografía:

Silvia Tubert, Figuras de la Madre. Ed, Catedra 1996.

ψψψψψψψψψψ

*Trabajo presentado en el Ateneo Clínico del curso 2025-2026 el 30 de mayo de 2026 en la sede de AECPNA en Madrid.

****Sobre la autora**

Soledad Pozuelo Moral, psicóloga general sanitaria, psicoterapeuta en consulta privada. Postgrado en Teoría y Clínica psicoanalítica con niños, adolescentes y trabajo con padres en AECPNA. Miembro del Centro Hans de AECPNA.

*****Sobre la presentadora**

Freya Escarfullery es psicóloga, psicoterapeuta de niños, adolescentes y padres en consulta privada. Asesora sobre evolución psíquica de 0-3 en EEII de la Comunidad de Madrid durante los años 1999 a 2014. Ex miembro de la comisión directiva y docente de AECPNA en el curso de posgrado de clínica psicoanalítica con niños, adolescentes y padres; docente del Máster en Psicoterapia Psicoanalítica con Niños, Adolescentes y Padres de AECPNA/UEMEC (Universidad Europea Miguel de Cervantes); Miembro de FEPP (Federación Española de Psicoterapia Psicoanalítica).

Descatalogados (II Edición):

“Padres imaginarios”. Introducción*

Elena Traissac**



«Cuando mi padre me leía, me recostaba sobre él y yo pasaba a formar parte de su pecho o su antebrazo [...] Cuando no solo oyes un cuento entrañable, sino que además eres abrazado por la persona más importante en el mundo para ti, la conexión que se establece dura toda la vida»

Maurice Sendak.

Queridos lectores, quiero daros la bienvenida a este texto introductorio que recoge las dos actividades llevadas a cabo dentro del Ciclo Padres Imaginarios organizado por el espacio *Descatalogados* de la Biblioteca Paula Mas de AECPPNA, un lugar pensado y creado para el encuentro y la conversación. Trascender las fronteras del psicoanálisis para salir al encuentro de otras disciplinas enriquece el intercambio entre diferentes profesionales y en ese sentido es de agradecer la suerte que hemos tenido de contar para este ciclo con la asistencia a las dos convocatorias de psicoanalistas, economistas, periodistas, educadores,

filósofos y escritores. Todos ellos contribuyeron con sus preguntas y aportaciones a crear un clima de diálogo favorecedor del derrumbe de barreras que custodian verdades absolutas. Para todos aquellos que no pudisteis acompañarnos presencialmente, encontrareis, recogidas en forma de artículo, las intervenciones de nuestros invitados al ciclo llevado a cabo el pasado mes de mayo.

AECPPNA, para quien no la conozcáis, es una Asociación Escuela de Clínica Psicoanalítica con niños, adolescentes que desde 1997 se dedica a la formación,

transmisión y difusión del psicoanálisis aplicado a la infancia, adolescencia, con un enfoque propio que la caracteriza, que es el trabajo con padres.

Recibimos esta segunda edición de *Descatalogados* con la frase que da inicio a cada encuentro: ¡viernes! El sistema nos quiere agotados, cansados y solos, pero hoy tenemos otros planes, una biblioteca, una película y una conversación llevados de la mano de nuestros invitados Luis Miguel Rodrigo y Miguel Ángel Alonso.

Gracias Luis Miguel por compartir con todos nosotros este primer encuentro del ciclo PADRES IMAGINARIOS donde nos vas a ofrecer una charla titulada *El fuera de la ley, el cine y el psicoanálisis hacia la construcción de un padre inexistente*.

Para los que no le conozcáis, Luis Miguel Rodrigo es ante todo un gran compañero de viaje por esta linda profesión que compartimos. Además de psicoanalista Luis Miguel es escritor, ha publicado novelas, ensayos y poemarios, de entre ellos, os destaco uno de mis favoritos, *Mala Letra* galardonado con el premio de

poesía Blas de Otero. Por otro lado, sé que eres un apasionado del cine y es precisamente desde el cine donde nos plantea una charla que interroga la idea ¿qué es un padre?

Desde nuestra escucha como psicoanalistas sabemos que el nacimiento biológico no garantiza la constitución subjetiva. Hace falta una función que sostenga, que organice. Sin ese sostén la vida queda expuesta, como la de los personajes de la película elegida para este encuentro. La sola presencia física no asegura la función, se puede estar y no alojar. Acompañados por el actor Clint Eastwood quien interpreta al granjero Josey Wales, el fuera de la ley, se hace visible como la función paterna implica una disponibilidad simbólica. Volver a ver el film me ha hecho pensar en la infancia, en esas circunstancias de la misma donde no es la ausencia lo que marca, sino la falta de inscripción del niño en el deseo de alguien. Luis Miguel expresa mejor que yo ese silencio ensordecedor, en uno de sus poemas que, con su permiso, incluyo en esta presentación.

Quemaduras

*Salir del infierno es posible.
Lo imposible es evitar las quemaduras.*

Cuando me castigaban al rincón
Comprendí que sí aprendes a buscar,
hay telarañas.

Luego, a medida que maduras,
entiendes que tendrás siempre una amiga
a quien contar los golpes:
son buenas escuchando las arañas,
saben estar a solas,
su alimento es la espera,
conocen las esquinas
en las que no repara nadie.

Y de que todo esté sujeto por un hilo.

Desde su pequeñez
irradian pánico a los niños
que no las temen por su aspecto
tenebroso
ni por su picadura,

Sino porque se hamacan en la tela,
siempre a merced del viento,
en una eterna soledad.

Luis Miguel Rodrigo

Para nuestro segundo encuentro dentro del ciclo Padres Imaginarios, contamos con nuestro invitado Miguel Ángel Alonso. Vais a poder disfrutar de su magnífica intervención titulada *Literatura, el padre y su imposibilidad*, para ello ha elegido de compañeros

de viaje a Joyce, Pessoa, McCarthy y Kafka con la recomendación de lectura de este último autor de *La condena* y del estremecedor cuento *Ante la ley*, quizá supone la lectura más representativa que podemos hacer del mundo kafkiano y su vínculo filial.

Quiero hacer una presentación de nuestro invitado diferente a todo lo encorsetado, fuera de los márgenes de lo establecido. Para mí Miguel Ángel Alonso es un sustentador de interrogantes, un escritor que comparte sus textos evitando el rigor esterilizante de lo inequívoco. Escuchar y acompañar una charla de la mano de Miguel Ángel es una forma de libertad, un atributo alejado de todo dogmatismo, una peripecia individual. Como lo ha sido su formación alejado de los maestros que “saben” de los que siempre ha intentado mantener cierta distancia porque en sus palabras, le producen cierta urticaria.

Si viajamos junto a Miguel Ángel por su recorrido más académico encontramos que; viene a Madrid de A Coruña para estudiar música y es aquí donde se encuentras con el psicoanálisis, de este hallazgo surge su formación en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de Madrid. Miembro del grupo directivo

de la biblioteca de orientación Lacaniana. Ha leído su poemario *El cabo de las letras imposibles* en el Café Manuela. En 2008 funda, junto a Gustavo Dessal y Alberto Estévez, la tertulia LITER-A-TULIA. Participa en el Taller de Investigación Lenguajes. Es miembro del Círculo Lacaniano James Joyce desde su fundación. Desde el 23 está a cargo de un proyecto muy bonito, funda en A Coruña la tertulia de literatura y cine *El café de Macondo*.

Sin más, te escuchamos o te leemos cuando se publique este contenido en la revista En Clave Psicoanalítica, dejándonos guiar a través de los autores que nos propone para este encuentro, autores que escriben desde la falta, el exceso o el peso de un padre de la realidad y que quizá cada uno de ellos a su manera, ha conseguido aliviar ese peso en la respuesta literaria que constituye su obra.

ψψψψψψψψ

*La segunda edición de “Descatalogados: Ciclo Padres Imaginarios” tuvo lugar los días 8 y 22 de mayo, en la biblioteca Paula Mas de AECPPNA.

****Sobre la autora**

Elena Traissac es Licenciada en Psicología Clínica por la UCM. Psicoanalista. Docente del Posgrado de AECPPNA. Coordinadora de la Biblioteca Paula Mas.

“El fuera de la ley”. El cine y el psicoanálisis hacia la construcción de un padre inexistente*

Luis Miguel Rodrigo**



La idea que promueve este acto es interrogarnos acerca de cómo nos podemos sostener cuando lo que tendría que haber no está, cuando el hilo que nos sujeta a nuestro mundo se parte, o peor aún, nunca estuvo. Cómo manejarnos cuando las normas que ordenan qué se puede y qué no se puede hacer, cuando las normativas (que en la película están referidas a los gobiernos) no dan cobijo, y por lo tanto no nos sirven para regirnos, sino que más bien nos desorientan, ya sea porque no existen, porque nos someten o porque no las aceptamos. Exploraremos la cuestión de la, actualmente en decadencia, función paterna, así como la capacidad del psiquismo para trazar caminos allí donde no hubo un buen encuentro con la figura del Padre, de modo que al ser interiorizada facilite un próspero modo de movernos por el mundo que nos ha tocado vivir. Y el cine moviliza guiones de vida alternativos, cuando en la trama principal hay agujeros. *El fuera de la ley*¹ es un film que trata y retrata convincentemente el modo mediante el cual somos capaces de suplir nuestras carencias y orfandades, reconstruyendo el lazo con el Otro cuando la soledad, la violencia, el abandono y la adversidad obligan a realizar una auténtica labor de supervivencia. Llevaremos a cabo en primer lugar un recorrido teórico sobre la función paterna para con posterioridad adentrarnos en algunos aspectos

concretos de la película que creemos engranan con lo teorizado.

Quiero compartir una reflexión sobre el título de este ciclo, Padres Imaginarios, en apariencia sencillo, pero que he de decir que suscita múltiples preguntas, lo cual es a fin de cuentas lo único que importa: solo aquello que da que pensar nos permite pensar, a decir de Heidegger², puesto que *posibilita* la construcción de un pensamiento que nos encamine y no nos afine en el delirio de lo acostumbrado: pensar es un preguntar como un permanecer en camino (...) vagando por los espacios de lo indeterminado a la manera de un aventurero.

En primer lugar, tendríamos que detenernos a pensar qué es un Padre, de lo que se desprenden cuestiones cruciales para nuestro desempeño en el ámbito de la clínica, como por ejemplo si es posible que el Padre – entendido psicoanalíticamente – no sea otra cosa que una formulación que hace una muesca en el viviente sobre la cual insertar una trayectoria, un devenir que apacigüe y encamine la pulsión (es este precisamente el motivo que me ha llevado a elegir esta película pues aborda cómo sustraernos de lo más primario de nosotros mismos y del mundo hostil en que vivimos

1 Eastwood, C. (1976) *El fuera de la ley*. Warner Bros. Pictures y Malpasó Productions.

2 Heidegger, M. (2005) *Qué significa pensar*. Ed. Trotta. pp.119-121.

cuando impera la dificultad y la sinrazón, lo cual nos deja a merced de la pulsión). Sin esta invención necesaria que es el Padre, en proceso de caducidad y por lo tanto quizá ya no tan necesaria, no se puede instituir la diferencia, el corte, que permita a la hija o hijo llevar a cabo su travesía, lo que los psicoanalistas decimos como un pasaje desde el yo ideal al ideal del yo. En palabras de Marcelo Barros³: *El padre inaugura una orientación que implica movimiento, algo que no está cerrado*. El padre, desde esta perspectiva, abre. Si la sociedad actual potencia la desorientación, la descoordinación de las pulsiones -oral, anal, voz y mirada-, que se han de ser satisfechas de modo compulsivo, en vez de la ordenación -sinónimo de demora, tiempo de espera y elaboración-, estamos en la caída del orden paterno.

En el lugar de la pregunta *para qué me quieren, para qué he sido traído a este planetilla en cierto grado absurdo e incomprensible* se inserta el Nombre del Padre (NP), el significante que permite dar respuesta a qué será aquello perdido de la Madre (¿qué es lo que ella desea?), lo desprendido de su totalidad omnipotente que ha sido subsumido (desplazado, metaforizado) por un nuevo significante, un inicio que resulta fallido por su propia naturaleza: es el nombre de una falta. Fallido porque la falta es constitucional, consustancial al sujeto viviente. El NP representa, simboliza, interpreta dando significación a lo faltante. Da nominación a una carencia, a una imposibilidad, localizándola, siempre de modo incompleto. Este NP es metáfora porque viene en lugar de algo que ha quedado borrado, tachado, perdido, y la metáfora siempre produce algo novedoso: en su sustitución, añade:

*Hablar de metáfora es hablar de la renovación, de eso que es tan necesario para un sujeto frente a la catástrofe. Porque todos podemos ser devastados. El asunto reside en la posibilidad o no de reinventarse a partir de los fragmentos, de servirse de lo insensato, de lo sintomático, para generar un nuevo comienzo*⁴.

El Padre es un apaño, una circunvalación que no logra llevar a cabo el completo reacoplamiento entre el sujeto por venir y lo que la Madre fue (imaginariamente, fálica, completa): la fuente de todo bienestar, la poseedora de todo lo que se pueda necesitar, la sabedora de todas las palabras que digan del naciente, el Otro (con mayúscula, tesoro de los significantes). Una vez inscrito como sujeto deseante, la pérdida será irremediable. Por fortuna. Porque ¿qué mayor fortuna puede haber que la rotura de la crisálida que nos encierra en una detención perpetua y nos coagula en una sumisión?

Para desear hay que, en primera instancia, perder, pero también será imprescindible haber adquirido los aparejos necesarios para sostener una búsqueda. (Este es uno de los aspectos principales sobre los que

versa la película, la adquisición de las herramientas para poder constituir un recorrido vital propio).

*Este funcionamiento perverso de la ley es el resultado de la acción simbólica fallida del NP cuya función no se agota simplemente en poner un límite al goce incestuoso sino que ofrece además una enseñanza identificatoria capaz de sostener al sujeto en una relación posible con el deseo y con la ley*⁵.

La incidencia del Padre en el inconsciente del sujeto por venir, lo que simbólicamente se pueda inscribir, será la marca de este descalabro, de esta fisura por donde pueda deslizarse un sujeto que acarreará sobre los hombros su propio deseo. Verdadero parto del nacido arrojado a la vida puesto que es aquí donde sucede la partición, la división que da lugar a una separación constitutiva del sujeto.

Y, sin embargo, es debido precisamente a esta incisión que el viviente pueda ser elevado a la categoría de deseante: gracias a la intervención del NP será posible cierta recuperación de lo amputado, siempre y cuando sean donadas y adquiridas las insignias (Ideal del yo) en base a las cuales ese camino sea transitable; camino por otra parte siempre irrealizable en su totalidad: quedará la marca de un deseo que cargará el fardo de la falta desde su misma instauración. Deseo insatisfecho en la histeria; imposible en la obsesión; prevenido en la fobia. Porque el deseo es siempre problemático. Deseo, en síntesis, manchado de fracaso e insatisfacción. Jamás puro e inmaculado si no es en la fantasía.

Siguiendo esta digresión, la inserción del NP en el sujeto naciente ha de ser soportada por la transmisión de una invención porque nadie sabe ser Padre, tan solo hacer las indicaciones. Hacia el padre se puede ir, no llegar. Es una señalización, una indicación no exenta de baches, desfiladeros o socavones, con los consiguientes esguinces, ampollas y rozaduras. Algo ha de quedar inconcluso, irrealizado. La creencia en el Padre ha de quedar sostenida por una posibilidad, no por una certeza. Es en el campo de las psicosis donde las certezas adquieren relevancia, así como la descreencia: no se cree, se sabe. En el Padre se cree, no se sabe porque es incierto, como plasma el derecho romano y cuestión que no resuelven los análisis genéticos. En el terreno del Padre cunde la incertidumbre: Madre no hay más que una, ¿pero padre? Lo novedoso que instituye el NP permite al sujeto naciente encauzarse en una dirección futurible; la adhesión al vínculo con la Madre no puede fomentar ningún futuro creador sino más bien la repetición de lo mismo en circuito cerrado: arroja por lo tanto a la nostalgia, al pasado. O lo que es lo mismo, a lo fusional estancado; retraimiento narcisista, hemorragia libidinal.

3 Barros, M. (2014) Intervención sobre el nombre del Padre. Grama. Pág. 18

4 Ídem pág..24

5 Recalcati, M. (2003) Clínica del vacío. Ed. Síntesis. Pág. 384

Como invención, el Padre –en su estatuto simbólico– puede ser cualquiera que proporcione o ceda al hijo o a la hija las herramientas que le permitan establecerse en el mundo como sujeto de pleno derecho, esto es, por fuera de la demarcación que el vínculo maternofilial haya fijado. A falta de un Padre Real donde hacer recaer al Padre Simbólico, las posibilidades de adquirir una figura de referencia que encauce el devenir pulsional del sujeto por venir se verán acrecentadas siempre y cuando el brillo de un deseo en los ojos de la Madre por fuera del hijo o hija sea captado por este. La Madre, el Otro, el cuidador está en falta y desea algo que yo no soy pero puedo inferir que lo seré; y hacia allí me dirigiré en base a algunas indicaciones extraídas de esa mirada materna algo extraviada, pensaría el retoño –si pudiera– en su inconsciencia.

Un Padre es por lo tanto un significante que posibilita la identificación a unas directrices que no anquilosen al naciente a un lugar mortificado por un vínculo adhesivo que no consienta a la ruptura con lo anterior, auténtico movimiento constructivo. Sin este significante, el naciente queda simbiotizado a una célula narcisista de a dos, sin posibilidad de acceder a un deseo propio, verdadero permiso de residencia en el mundo. Amarrado en la mazmorra de un goce fusional, la figura del Padre se presentaría como la lima con que serrar los barrotes del encarcelamiento.

En la película se destacan múltiples situaciones donde los actores quedan a merced de los acontecimientos, caídos y sin referencias, como luego mencionaremos.

Para que esta operación en la que el niño pasa de ser objeto a ser sujeto sea un logro, es necesario que antes haya una renuncia al objeto y esto es solo posible en la medida en que haya una represión del significante fálico, que es el significante del deseo de la madre. Esta represión, que se produce por la irrupción del padre en la célula narcisista madre-hijo, es la que posibilita la estructuración del psiquismo del niño porque le permite sustraerse de la experiencia de satisfacción en la inmediatez sensorial y lo sumerge en el enriquecedor universo de las sustituciones⁶.

Sin la posibilidad de dar comienzo a un inicio, a un rumbo diferente, lo único que queda es lo mismo, la búsqueda de la unificación con la imagen narcisista, que solo encuentra finalización en el fondo del lago. Sin lugar propio para la singularidad, el único espacio posible es el de la desaparición, o su sinónimo: la falta de deseo. El tiempo no corre, el espacio no ha dado lugar. La locura se despliega allí donde el sujeto no encuentra localización.

Escribe Estalayo en el libro *Padres Imaginarios: Será la función paterna la que podrá inaugurar guiones de vida donde el sujeto podrá desarrollarse de la manera más sana y creativa posible, dentro de una colectividad y con la capacidad suficiente para acceder al objeto de su deseo con la potencia requerida⁷.*

O en otras palabras, el Padre es quien dona la posibilidad de deshacer el vínculo fusional que deja al viviente atrapado en la jaula del objeto, pudiendo llevar a cabo un recorrido hacia su deseo por fuera del ensimismamiento narcisista. Y para ello ha de quedar instaurada la ley.

Tener Padre, en el terreno de lo psicoanalítico, poco o nada tiene que ver con la consanguinidad. Ser hijo biológico no nos incluye por sistema en la cadena de la filiación, pues ha de tener lugar una transmisión, una donación, una serie de concesiones que nos permitan instalarnos en una posición entre las generaciones: hijo o hija de, padre o madre de. Un padre (el de la realidad) puede no haber entregado dichas pertenencias. Huérfanos de padres vivos acuden a nuestros consultorios habitualmente.

Y sin embargo...

El fuera de la ley.

Dirigida y protagonizada por Clint Eastwood no está exenta de polémica, al ser una película del oeste filmada en 1976 justo después de la finalización de la guerra de Vietnam. Aunque la dirección estaba destinada a Philip Kaufman, guionista principal, discrepancias sobre cuestiones técnicas hicieron que fuera despedido, asumiendo el control de la dirección el propio Eastwood. Este suceso tuvo como consecuencia que el Sindicato de Directores de América (DGA) estableciera la Regla Eastwood que prohíbe a actores o productores despedir a un director y tomar su lugar, la cual continúa en vigor. Eastwood se adelantó a la norma, quedó por fuera de la ley que, con su acto, produjo.

Josey Wales, el Fuera de la ley, lo ha perdido todo tras los primeros minutos de filmación. Sustraído de todo lo que amaba, su mujer y su hijo (era su hijo Kyle también en la realidad), –quienes le han sido arrebatados con violencia por los soldados Botas Rojas en la guerra de secesión americana–, vaga sin rumbo (tras el hundimiento de su casa, su existencia y sus creencias como denota la cruz caída en el entierro de su familia) con un corte en la cara como sello de identidad y símbolo del desastre (cicatriz en la mejilla, corte con los vínculos primarios, desanudamiento del deseo). Derrumbado, es invitado a unirse a un grupo de renegados al borde de la derrota, convirtiéndose en el último luchador, el que no acepta la rendición, el forajido (outlaw), fugitivo o proscrito que no acata ninguna ley impuesta. Sin ley que procure un deseo, sólo queda deambular hacia la muerte. Desencantado de las convenciones sociales y morales ha perdido las coordenadas existenciales, no teme morir porque ya murió en el deseo: no sabe bailar, no comprende la poesía, carece de reloj, no conoce chistes, solo sabe una canción... Su modo indiscriminado de escupir denota que la pulsión agresiva está a flor de piel. Perdió la capacidad de disfrutar. Destrucción, pura pulsión

6 Schoffer, Daniel (2008). La función paterna en la clínica freudiana, Lugar Editorial. Pág.133

7 Estalayo, L.M. (2012) Padres imaginarios, Ed. Edición personal. Pág.50

de muerte. La paz que otorgaría morir le llevaría a reencontrarse con sus objetos amados.

En su tránsito de huida y venganza tras la traición del jefe de los renegados, va tropezando con diversos personajes descarriados, todos marginales, a quienes va adoptando de un modo siempre original, cuestión fundamental para que sea realizada la asimilación de un símbolo al que identificarse. El indio Cherokee Lone Watie que carece de tribu porque cayeron en el engaño del hombre blanco (vistió como el presidente Lincoln sin serlo, recibiendo el vacío mensaje de “Procurad perseverar” y olvidó quién era al ser civilizado); el joven Jimmy que acompaña a Josey en su huida y que perdió a su madre y que pregunta *Papá ¿eres tú?* para confundir a los cazarrecompensas; la india Pawnee secuestrada y marcada por los comanches, maltratada y violada, que se ofrece en compensación por ser salvada; la abuela con la nieta que perdió a sus padres; hasta un perro vagabundo se suma a la expedición. Los habitantes del pueblo fantasma expresan la absurdidad de vivir sin futuro, petrificados en la nostalgia de un éxito anterior a sabiendas de que no volverá.

Si la función paterna implica posibilitar la realización de una subjetividad, Josey Wales va dando cabida a todos sus familiares de adopción con un gesto que permite la iniciativa. A Lone Watie, le deja hablar de su desdicha en su primer encuentro (desde atrás, como un psicoanalista) y con posterioridad confía en su puntería en el tiroteo con los soldados; con la abuela contiene el escupitajo como muestra de respeto, así como soportando sus insultos; acepta de la joven la cadena de reloj hecha con sus cabellos, así como escucha sus poesías que no comprende; escucha a Jimmy la anécdota de la camisa bordada y le acompaña en sus momentos finales; a los habitantes del pueblo les suministra bebidas: detecta la necesidad y da respuesta con un acto, un hacer más bien silencioso; las frases que pronuncia son pocas y sintéticas, casi como intervenciones. Si el Padre no acoge y relanza, si avasalla la voluntad del vástago, su función será traumatizante al no dar alojamiento a lo nuevo, y por consiguiente, a la posibilidad futura.

Sin lugar donde afincar un destino, solo la familia improvisada hace las veces de espacio de seguridad. El grupo es el sucedáneo del objeto perdido como intento de taponar la falta. Sin patria, sin raíces, sin creencias solo queda la huida y la violencia como única solución al arrancamiento del vínculo amoroso.

A excepción del comerciante, que no necesita hacer vínculo con nadie porque su única función es vender su producto a base de mentiras, representación máxima del capitalismo, el resto de personajes busca un lugar donde asentarse y construir. Su traje blanco manchado es el signo de la mentira que irradia con su charlatanería.

Hijos adoptados, –cada uno de un modo único–, por el semblante de Padre ofrecido por Josey, el camino a seguir va pacificando la angustia de los viajeros, pudiendo tener cabida entonces el baile, la diversión

y el juego, también amoroso. La pulsión de vida, la alegría asoma tras el cobijo de la obtención de unas directrices que apunten a un objeto, que en la película es la casa del hijo muerto de la abuela, otro padre desaparecido.

Grupo de fugados que tienen a la espalda los soldados de la unión; al frente, el territorio comanche. En medio aflora un amago de posibilidad para la familia de nueva configuración. Un terruño con agua, una casa vieja y abandonada pero bien fortificada, metáfora del sujeto desfondado que encuentra por fin ubicación donde asentarse. Como en nuestras consultas, al fin encuentra acomodo lo desoiado de quienes nos vienen a visitar, transferencia como casa de acogida para las palabras maltratadas.

Diez Osos es el jefe Comanche que ha de dictaminar sobre la vida o la muerte de Josey y su familia adoptada. Como no tiene desperdicio, enlace el vídeo:

<https://youtu.be/lxdMMD9GZ5E?si=Z6geOetCnLT7ulz>

Cuando el peso de la palabra adquiere valor, podemos creer que habrá cabida para un decir que alguien escuchará. El hierro en la palabra, la palabra plena, el sujeto que pronuncia su verdad desde su subjetividad con toda la potencia del deseo aún a riesgo de morir, enunciación formulada desde un lugar vital, erogeneización que hace la contra a la mortificación, permite que la vida se haga hueco entre las piedras; para ello es imprescindible un sitio (las cercas para el ganado limitan una propiedad), una legislación (no cazar más de lo necesario, alimentar a los comanches en su travesía; donación, entrega, pérdida para poder vivir) que permita leer lo que en el sujeto está escrito.

“Todo eso que me ofreces, ya lo tengo”, dice Diez Osos. Josey Wales lo sabe, da lo que puede, no lo que Diez Osos necesita, poniendo a la intemperie su impotencia: otra posible definición del amor.

Entonces un símbolo adquiere preeminencia, se inscribe, convirtiéndose en salvoconducto para poder afirmar una existencia: el símbolo del comanche, la ajenidad representada como signo del intercambio pacífico y fructífero. La paz y la vida se inscriben en el lomo del ganado (antítesis de lo perdido). El pacificador pacto de sangre es la firma de las escrituras que permiten una localización donde subsistir; cuando la palabra vale, se enraíza en la tierra al ser escuchada por alguien que la dignifica y respeta. Entonces Diez Osos dictamina: “Será la vida”.

Bibliografía

Barros, M. (2014) *Intervención sobre el nombre del Padre*. Grama.

Eastwood, C. (1976) *El fuera de la Ley*. Warner Bross. Pictures y Malpaso Productions.

Heidegger, M. (2005) *Qué significa pensar*. Ed. Trotta.

Recalcati, M. (2003) *Clínica del Vacío*. Ed. Síntesis.

Schoffer, Daniel (2008) *La función paterna en la clínica freudiana*, Lugar Editorial

ΨΨΨΨΨΨΨΨ

*Texto presentado en el espacio “Descatalogados. Ciclo Padres Imaginarios” de la biblioteca Paula Mas de AECPPNA el 8 de mayo de 2026.

****Sobre el autor:** Luis Miguel Rodrigo. Psicólogo Clínico Especialista y Psicoanalista en consulta privada desde hace 31 años. Ha publicado el ensayo *La enfermedad de la prisa*; los poemarios *Mala letra* y *Menos da una piedra*; y las novelas *El ojeador*, *Desde las tripas* y *Entre los escombros*. Pertenece al Círculo Lacaniano James Joyce y ha publicado numerosos artículos relativos a la clínica psicoanalítica en la revista *Letras Lacanianas* y en *CILAJoyce*.

El padre y su imposibilidad: Kafka, Joyce, Pessoa, McCarthy*

Miguel Ángel Alonso**



Nos convoca una figura milenaria: el Padre. Una primera aproximación al tema sugiere situar la articulación entre su vertiente simbólica y el hecho real que la hace surgir. Lo real tendría que ver con un sentimiento originario del sujeto: el desamparo humano con todas las declinaciones que de él podamos hacer; la función tiene que ver con la puesta en juego de los recursos simbólicos que puedan aliviar, mitigar, el peso de ese desamparo. Es decir, estamos ante un sentimiento de desamparo que empuja al ser humano al encuentro con alguna referencia simbólica que le otorgue sentido y solidez a la existencia. Y podemos pensar que desde unos primeros recursos simbólicos precarios, gestos, sonidos onomatopéyicos que imitan a la naturaleza, colores y marcas identitarias, adornos que daban jerarquía, etc., se fue transitando hacia un universo simbólico que, desde la ficción, creó una realidad más compleja. Me refiero a esa literatura naciente, la mitológica, un drama en el que las divinidades permitían nombrar y situar los afectos, los deseos, los goces, las pasiones, las pulsiones puramente humanas, y daban un sentido al enigma de la existencia. Nombrando creaban realidades sólidas. Es la ficción creando realidad. Fernando Pessoa sostiene en el *Libro del Desasosiego*: “decir una cosa es conservarle la virtud y eliminar el terror”. Si nos remitimos a lo que luego fue la vertiente monoteísta de la divinidad, Dios sería el Nombre del padre, ley suprema, omnipotente, absoluta, garante del orden, un sentido metafísico de

la existencia que tenía su principio y su fin en sí mismo. Cito a mi querido amigo Gustavo Dessal cuando dice: “Freud consideró que Dios es la proyección sublimada de la nostalgia por el padre protector”.

Se trata, desde el comienzo, de la relación del sujeto con una ley simbólica que permita nombrar el mundo, ordenarlo. *Nombre del Padre* como abrochamiento de lo simbólico. Pero, en una escuela de Psicoanálisis, bajamos a tierra al Nombre del Padre y lo situamos en diferentes vertientes. Primero, el Nombre del Padre se hace operativo como función simbólica que introduce al sujeto en el lenguaje, es la ley que regula el psiquismo humano, establece las relaciones de parentesco, regula el deseo y el goce que circulan en su interior, y estructura la sexualidad humana; luego tenemos al Padre real, figura física que viene a ocupar su lugar como representante legal de la función, y que no tiene por qué coincidir con el padre biológico; en tercer lugar, el padre imaginario como idea particular que cada uno crea del Padre.

Pongo en juego ahora la imposibilidad que sugiero en el título. Respecto a este Nombre del Padre señalo lo que dice Lacan en el Seminario IV, *La relación de objeto*, apartado 3 clase XII: “El único que podría responder absolutamente de la función del padre como padre simbólico sería alguien que pudiera decir como el Dios del monoteísmo Yo soy el que soy, pero

esta frase que encontramos en el texto sagrado no puede pronunciarla nadie literalmente". Y remata diciendo: "El padre simbólico es impensable, hablando con propiedad... El padre simbólico no está en ninguna parte".

En la película de Roberto Rossellini, *El Mesías*, el profeta Samuel habla del Eterno como absoluto. Los discípulos de Samuel le piden un Rey, pero él dice: "No hay un Rey para nuestra gente... Sólo el Eterno es la perfección". Esto es lo que, a mi modo de ver, cuestiona Lacan. El Gran Otro como función paterna absoluta que abrocha lo simbólico no se puede pensar. Por eso siempre estará vigente la pregunta ¿qué es ser un padre?

No hay, por tanto, un Padre real a la altura de un Gran Otro como Nombre del Padre. Es más, habría que pensar que ese no dar la medida, paradójicamente, es la posibilidad de la cordura. Vemos en el mundo que quien quiere situarse como el Gran Otro de la ley es un loco que puede desencadenar la psicosis o la locura en el mundo. Un padre jamás puede coincidir con la ley.

Menciono otro escenario de la imposibilidad. En el psicoanálisis, el clásico que ilustra la función del Nombre del Padre es el Edipo. Ahí, el Nombre del Padre realiza la operación de la metáfora paterna, instaura el orden simbólico sustituyendo el deseo y el goce de la madre permitiendo al niño ingresar al lenguaje y al propio deseo. Pero Jacques Lacan se dio cuenta de la imposibilidad del Nombre del Padre para reabsorber todo el goce bajo su signo. En la clínica había pacientes en los que la función faltaba o estaba desestructurada, sin embargo, los sujetos se mantenían en la existencia sin padecer un desencadenamiento psicótico. Ante esta circunstancia, encontraban otros recursos que cumplían una función similar de anudamiento, estabilizadora, un invento reparador ante la falla de la función. Es decir, no había una manera única de articularse simbólicamente y legalmente al mundo, sino muchas maneras, lo cual llevó a Lacan a la pluralización del Nombre del Padre en los nombres del padre.

Situado el padre en sus diferentes versiones, y en la imposibilidad, nos detenemos ahora en consideraciones acerca de la disolución del Nombre del padre en el mundo actual, pese al lugar jerárquico privilegiado que ocupó a lo largo de la historia. Si extendemos la influencia del Nombre del Padre, como función legal ordenadora, al ámbito de lo social, ejerce su operatividad a través de las instituciones simbólicas de la cultura, educativas, políticas, religiosas, etc. En el día de hoy, la función simbólica del Padre parece cuestionada, atacada, de modo que, desde su función reguladora de lo social, transitamos hacia la desregulación y el exceso de un goce psicótico que se expande por un mundo falto de ética, dominado por auténticos canallas. El exceso de goce como pulsión de muerte gana terreno a lo simbólico y amenaza con aniquilarlo. Y tenemos suficientes experiencias históricas para saber que el poder de los canallas, encarnando el exceso de ese goce real, hace que éste se desborde y destruya toda legalidad institucional

dejando vacía la función significante.

En la literatura vamos a hacer este mismo desarrollo que acabamos de establecer. En primer lugar, el Padre Real no tiene por qué ser el biológico. Hay ejemplos notables, desde el Nuevo Testamento, en la figura de San José padre putativo de Cristo; pasamos por la tragedia Griega, Pólipo, padre adoptivo de Edipo; en la mitología romana Fáustulo padre adoptivo de Rómulo y Remo; en la literatura del Siglo XIX, el señor Earnshaw en *Cumbres Borrascosas* padre adoptivo de Heathcliff, Jean Valjean, padre adoptivo de Cosette en *Los Miserables* de Víctor Hugo, *Brownlow* en *Oliver Twist*, ya en el Siglo XX, Fernando Pessoa situando al heterónimo Alberto Caeiro como guía de los personajes heterónimos que integran su *drama em gente*, etc.

Respecto a la imposible coincidencia con una ley absoluta, hablamos de "poco padre", "mucho padre", incluso "carencia de padre" o forclusión del Nombre del Padre. Pensamos en John Stanislaus Joyce, padre de James Joyce como ejemplo de poco padre; Fiódor Pavlovich Karamázov y el padre de Kafka como ejemplos de "mucho padre"; *Pedro Páramo* de Juan Rulfo, o *Memorias de Schreber* en literatura psicoanalítica como "carencia de padre".

Vamos a tomar a cuatro ilustres de la literatura para ver la imposibilidad y las diferentes relaciones que se establecen con el Padre. Iremos desde Franz Kafka, mostrando la imposibilidad de encuentro con la ley absoluta, transitando por James Joyce situado ante un padre incapaz de transmitir una ley simbólica ordenadora, luego Fernando Pessoa, construyendo un drama literario como suplencia de la función, para finalizar en Cormac McCarthy en *La carretera* mostrando un mundo arrasado por el exceso de una pulsión de muerte que aniquiló todo vestigio simbólico.

Kafka

Si establecimos el Nombre del Padre como función simbólica de la ley, Kafka nos muestra la ley en tres escenarios: o bien es imposible acceder a ella, o no da respuestas simbólicas, o azota y exige sin medida. Esto ocurre en *El proceso*, *El castillo*, en *Ante la ley*, en *Carta al Padre*, en *La condena*. El Nombre del Padre como ley simbólica no comparece, de manera que el sujeto desamparado se ve imposibilitado de articularse a la ley.

Ante la ley, sin embargo, nos deja un detalle importante para ilustrar la diferencia entre Nombre del Padre y los nombres del padre y cómo, ante la falla de aquél, uno puede articularse a una suplencia que lo sostiene en el mundo. El protagonista, "un hombre del campo", se encuentra ante cueva con un guardián que resguarda la entrada a la ley. En su anhelo de entrada, y en su infructuosa y prolongada espera, hace sentir el peso de una mendicidad, de una falta, y se muere sin haber entrado a la cueva de la ley.

Pero el "hombre del campo" no acude ante la misteriosa ley sin haber sido tocado por una legalidad.

Viene investido por el significante, por un orden simbólico: es “*un hombre del campo*”. Está adscrito a un conjunto que le da un orden como suplencia ante la imposibilidad de acceso a la ley absoluta. De eso se trataría con los nombres del padre, de venir al lugar, como viene el “hombre del campo”, donde se establece la falta en el lenguaje.

Ante la ley sugiere que cada sujeto que ingresa al lenguaje se confronta con una vertiente Real de la ley, un vacío, que no permite establecer un conjunto definitivo. Es muy explícito el relato en su final, cada sujeto tiene una relación de uno a uno con la ley, y ha de encontrar una posición, un anudamiento singular a la misma. Estamos ante la figura literaria de los nombres del padre.

No podemos obviar la figura del guardián de la ley. Es diferente a los representantes de la ley. Éstos se ocupan de aspectos simbólicos que permiten al sujeto ordenar su mundo. El guardián es un personaje radicalmente ambiguo, tiene nariz y pelos tan enfáticos que nos hace dudar de su naturaleza humana. Y si el primer guardián tiene aspecto inquietante, qué decir de los siguientes. Cuanto más se avanza en la cueva de la ley aparece lo monstruoso, figuras difusas, nada amables. Esos guardianes de Kafka me sugieren una de las leyes más atroces y feroces que padecemos, la del superyó, ley ciega, insensata, tiránica, imperativa, que se alía con la pulsión de muerte obligándonos a renunciar a nuestras satisfacciones, ley a la que no podemos sustraernos pero que es imposible de satisfacer porque la renuncia nunca es suficiente, y por eso mismo nos hace sentir culpables.

Las resonancias nos llevan a la *Carta al padre* y a *La condena*. Kafka se confronta en estos relatos a una figura: el padre de la disciplina, el padre superyoico. Entra en la dialéctica de un padre incoherente, insensato, tiránico, un guardián amable y monstruoso, que acoge y atemoriza, que sugiere y prohíbe, una voz de apariencia moral pero mortificante, todo a la vez. Kafka presenta a sujetos divididos, culpables en tanto no pueden satisfacer la renuncia sin fin. ¿Qué hacer ante ese padre superyoico, perverso, sádico, no simbólico, representante de la pulsión de muerte? O bien producir un invento o abismarse a la muerte, como el protagonista de *La condena*. Podemos decir que, por su parte, y ante ese escenario legal tan precario, Kafka produce un invento: la escritura, que al igual que en los casos anteriores, viene al lugar de la falla para producir una estabilización. Dice en *Carta al padre*:

“... *tu inquina a mi decisión de escribir... En este terreno sí que me había separado un poco de ti por mis propios medios.... Me sentía hasta cierto punto seguro, podía respirar... Era un adiós intencionadamente retardado, que pese a haberlo forzado tú, se encaminaba en la dirección determinada por mí*”.

Joyce

Con James Joyce hablamos de la debilidad del padre para transmitir al hijo una ley simbólica consistente, le

transmite una inestabilidad, el juego y el goce con la lengua. La transmisión simbólica, en tal caso, quedó a cargo de la institución educativa, el colegio de los jesuitas, que es el núcleo alrededor del que gira su novela *Retrato del artista adolescente*.

¿En qué consiste esa inestabilidad simbólica? Joyce se hace cargo de una herencia familiar, toda una serie de historias transmitidas de generación en generación impregnadas por una característica: el goce de la lengua. El juego y las resonancias están desde el comienzo en *Dublineses* con la palabra “simonía”, que le sonaba a pecado, o en *Retrato...* con la primera escena: el juego infantil con los sonidos de la vaquita. A ella hay que unir otras historias de la misma índole que se extienden a lo largo de la novela. O sea, transmisión de bisabuelos al abuelo, del abuelo al padre, y que Joyce recibió de éste. De modo que el padre es un “artefacto de lenguaje” que transmite a Joyce una herencia lingüística familiar, un goce, sustentado en los juegos con la lengua. Pero lo que para cualquiera hubiera sido una locura disgregadora, como le ocurrió a su hija Lucía, para Joyce fue su sustento como artista.

¿Qué ocurre con los discursos familiares, políticos, religiosos, que trataron de darle consistencia en las instituciones educativas y que podían funcionar como los nombres del padre? En Joyce tenemos la metáfora del desprendimiento de la piel del fruto maduro que describe en *Retrato del artista adolescente*. Es la metáfora con la que muestra el desprendimiento, todo un vaciamiento de los discursos que trataron de nombrarle el mundo.

Joyce, ante la debilidad del Padre y la transmisión simbólica inestable, cree en su síntoma, el síndrome de las palabras impuestas, que daba el carácter de su relación con el lenguaje. Con ese síntoma sabe hacer, construye una suplencia, el ego joyceano, no como yo narcisista sino como un ego creador de una obra con la cual puede nombrarse artista. Lo que para cualquiera sería un escenario de locura en la lengua, para Joyce constituye el origen de una obra. Joyce cree en su síntoma, Joyce es el síntoma.

Pessoa

En Pessoa muere muy joven el padre biológico Joaquim de Seabra Pessoa, cuando Fernando tenía sólo cinco años, y quizá su padrastro Joao Miguel Rosa, militar de la marina, ejerció una influencia como padre real, pues Pessoa tenía poemas marinos, una pieza que se titula *El marinero*, y poemas importantes como *Oda marítima* de Álvaro de Campos, lo que sugiere que sí tuvo importancia en su vida. Hay un tío, el tío Cunha, de una fantasía y una creatividad desbordantes, que pienso que tuvo gran influencia en Fernando Pessoa para darle un terreno simbólico en el que expandirse. En las conversaciones entre el tío Cunha y Fernando no había una clara diferenciación entre la ficción y la realidad e inventaban personajes que se mantenían vivos en el tiempo, como su primer heterónimo Chevalier de Pas.

Pessoa creó un mundo simbólico, el de los heterónimos, un *drama em gente* en el que daba vida a personajes que sentía nacer dentro de él, y que podemos tomar como sus nombres del padre. Heterónimos ingleses, portugueses, franceses, sudafricanos, australianos, médicos, filósofos, poetas, etc. Pessoa creó una poética que tenía un fundamento: el deseo de establecer un neopaganismo poético superador del cristianismo y de su verdad metafísica. Alberto Caeiro, Ricardo Reis, Bernardo Soares, Álvaro de Campos, y el mismo Pessoa, vienen a constituir el corpus poético principal de un Olimpo pagano, sugerente, no de metafísicas cristianas o filosóficas, fundadas en abstracciones, sino de una carencia ontológica, pues para Pessoa era imposible conocer la fuente ontológica de la que bebe el mundo. La multiplicidad de nombres en la heteronimia vendrían al lugar de esa carencia, serían diferentes modos de habitarla.

Al igual que ocurre en Kafka, también aquí el lenguaje se muestra en falta, y al igual que ocurre en Joyce, ante la disgregación construye un drama heterónimo. Alberto Caeiro es ahí un guía, un maestro que sabe que no existe ninguna relación directa con la verdad material, pero es capaz de ordenar el mundo de una multiplicidad dramática alrededor de sí mismo. La heteronimia conforma un nudo reparador que lo anuda a la existencia.

Cormac McCarthy

La carretera de McCarthy, un libro sobre el padre, y un libro, no sé si profético, en tanto presenta un mundo arrasado por el exceso de una pulsión de muerte que devastó el orden simbólico en el que se sostenía la humanidad:

“Como si el mundo se encogiera en torno a un núcleo no procesado de entidades desglosables... El sagrado idioma desprovisto de sus referentes y por tanto de su realidad... A tiempo para desaparecer para siempre en un abrir y cerrar de ojos.”

En este escenario, un padre obligado a mantener viva la llama de lo simbólico. Pero tampoco aquí hay gran Otro que garantice nada. En una de las frases vemos que Dios, como ley absoluta, es sólo un anhelo que tiene esencia fantasmática:

“Donde los hombres no pueden vivir a los dioses no les va mucho mejor”.

Y ante esa falta no una hay carretera predeterminada, no existe un Gran Otro de la ley que nos ofrezca garantía. De modo que ante la destrucción resurge el desamparo originario, se vuelve a proyectar el vacío en los cuerpos, la soledad primordial. Dice el Padre:

“En esta carretera no hay interlocutores de Dios. Se han ido y me han dejado aquí solo y se han llevado consigo el mundo”.

¿Qué hicieron Kafka, Joyce y Pessoa, sino construir cada uno su carretera? Podemos decir que *La carretera* resume muy bien este tránsito que acabamos de hacer. Si bien nos sitúa en un mundo arrasado sin Nombre del Padre, en el medio de esta desolación la novela ofrece una pequeña luz, el Nombre del padre se hace carnal a través de un ritmo, de una respiración corta, poética. Hay una secuencia de diálogos cortos, escuetos, tiernos, que van a atravesar todo el libro:

- *Hola papá*
- *Aquí estoy*
- *Ya lo sé.*

Esta mínima conversación es el reconocimiento de la función. El padre, *“aquí estoy”*, dando a entender que está en el lugar que le corresponde, el de la representación. El hijo, *“ya lo sé”*, reconociéndolo en ese lugar. La estructura simbólica funcionando en el medio de un mundo asolado por el exceso de la pulsión de muerte. Ese diálogo es la pequeña antorcha que todavía está viva e ilumina para renombrar las pocas cosas que siguen en pie en el mundo.

ψψψψψψψψψ

*Texto presentado en el espacio “Descatalogados. Ciclo Padres Imaginarios” de la biblioteca Paula Mas de AECPNA el 22 de mayo de 2026.

****Sobre el autor:** Miguel Ángel Alonso (Cariño, A Coruña) se formó en la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis de Madrid. Fue miembro del grupo directivo de la Biblioteca de Orientación Lacaniana. Es autor del poemario “El cabo de las Letras Imposibles” y del libro “Luna Rota” firmado por heterónimo Giz Pedre. Pertenece al Círculo Lacaniano James Joyce.

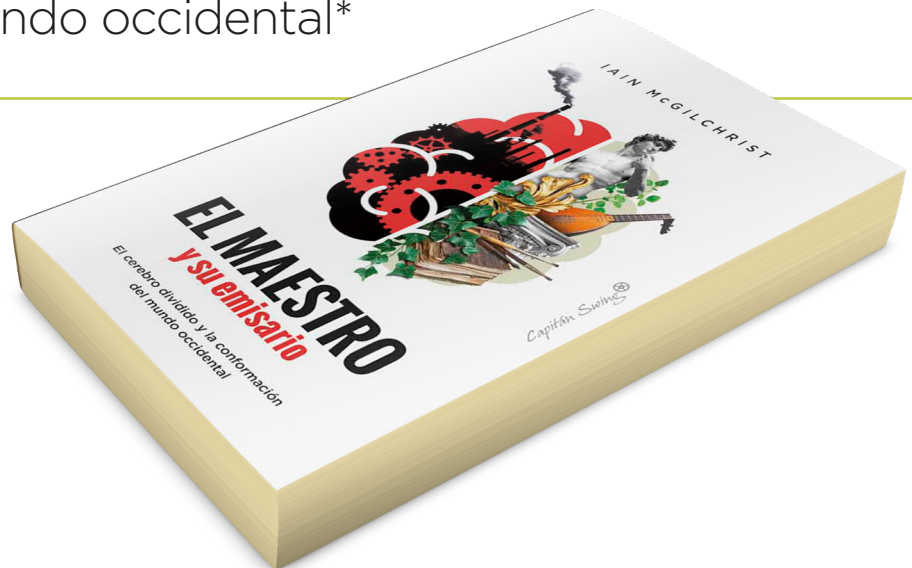
Fundador de la tertulia literaria Liter-a-tulia en Madrid y de la tertulia de literatura y cine El café de Macondo en A Coruña.

PSICOANÁLISIS Y CULTURA. Reseñas

El maestro y su emisario. El cerebro dividido y la conformación del mundo occidental*

Autor:
Iain McGilchrist

Reseña de
Susana Kahane**



El libro está dividido en dos partes: la primera desarrolla una extensa investigación sobre los hemisferios, proponiendo un modelo fenomenológico y descriptivo del cerebro, en busca de una herramienta que nos descubra cómo pensamos y actuamos, cómo nos vemos a nosotros mismos, cómo nos relacionamos con otros, incluso con el planeta. En esta búsqueda el autor ha hecho un viaje interdisciplinar navegando entre la neurología, la psicología, la filosofía y las artes; la segunda parte se centra en buscar las diferencias entre el aprovechamiento potencial de nuestro dividido cerebro en distintas épocas del pasado en un intento de enlazar, filosóficamente, la ciencia del cerebro con la historia de las ideas. Apoyándose en Descartes, Heidegger, Kant, Schopenhauer, Scheler y otros, cita también a Freud en El malestar en la cultura diciendo: *"El propio Freud, aunque sabía que el entendimiento racional, que él llamaba "proceso secundario", nunca podría sustituir al "proceso primario" del inconsciente, llegó a creer que a lo largo de la historia humana la razón había invadido el territorio del instinto y la intuición"* (p.348).

Nuestro cerebro – así como en los mamíferos y las aves -. consta de dos hemisferios con diferencias entre sí tanto anatómicas como neuropsicológicas, fisiológicas y químicas entre otras. El izquierdo, pragmático, prudente, es el del habla; probablemente

por esta razón se pensó durante mucho tiempo que era verdaderamente el más importante. En realidad enfrenta aspectos del lenguaje que permiten hacer explícito un significado. El hemisferio derecho, impulsivo, regido por la imaginación, usando símbolos e imágenes, es el necesario para los significados implícitos del lenguaje, la narrativa, la metáfora. Ambos están en pugna y a la vez trabajan conjuntamente en mutua dependencia. *"La estructura del cerebro refleja su historia: es un sistema dinámico en evolución donde una parte evoluciona a partir de otra y como respuesta a otra"* (p.52).

La investigación neurológica se ha dirigido a entender la relación que mantienen entre sí, cómo ambos hemisferios contribuyen a enriquecer la experiencia. En palabras de Mc Gilchrist: *"El hemisferio derecho tiende a sostener la experiencia, mientras que el izquierdo trabaja con ella para esclarecer, "descifrar" y en general transformar lo implícito en explícito y, por último, el hemisferio derecho reconstruye lo que ha producido el hemisferio izquierdo con su propio entendimiento, repliega una vez más lo explícito y genera un todo nuevo y enriquecido"* (p.35). Es en este sentido la metáfora de que se vale el autor para el título de su libro: el Maestro experiencia, y el Emisario efectúa las tareas e informa. Hay un trabajo conjunto, es un devenir, un proceso, una interacción a pesar de que

parecería que trabajan en direcciones opuestas.

El hemisferio derecho se encarga de una atención amplia y flexible, percibe las cosas como un todo, capta el humor, tiene capacidad de empatía, mientras el izquierdo proporciona la atención focalizada y ve las cosas divididas en partes y descontextualizadas, entiende al pie de la letra, siempre centrado en la utilidad. Entre ellos se encuentra el cuerpo caloso, con doble función, de transmisión y también de inhibición.

Estos hemisferios, aparentemente muy coordinados, luchan entre sí. Y esto es visible en las diferencias individuales. El hemisferio izquierdo tiende a desmenuzar y repetir, basándose en lo sabido. El derecho, en cambio, observa lo global, lo total, sin tener en cuenta los detalles. La incompatibilidad entre ellos es solo aparente: no es que se complementen, sino que consiguen la emergencia de algo nuevo, en una síntesis dialéctica.

Esta clara diferenciación que propone el autor nos remite a Freud y a la "Interpretación de los sueños" donde plantea dos procesos diferenciados, dos modos diferentes de funcionamiento psíquico: proceso primario, regido por la lógica del inconsciente y proceso secundario, regido por el principio de realidad.

En el cerebro no hay piezas. Hay redes. El hemisferio derecho capta la visión periférica, las experiencias nuevas, comprende las metáforas. El hemisferio izquierdo prefiere lo que ya conoce, prioriza lo esperable, sigue un proceso predictivo. O sea que el cerebro presta atención al mundo de dos maneras completamente diferentes: una forma experimental del mundo vivo y otra re-presentada, basada en lo ya conocido, con unidades fragmentadas, agrupadas en clases, lo que permite hacer predicciones.

En su texto sobre lo reprimido, Freud se lamentaba de "nuestra total ignorancia sobre la naturaleza **dinámica** de los procesos anímicos". Y en el prólogo al libro de Berenheim, sobre la sugestión y la hipnosis, se pregunta "si las alteraciones de la excitabilidad en la hipnosis afectan siempre al ámbito de la corteza cerebral solamente"². Investigando sobre las afasias³ dice que "requeriría ...un estudio más ceñido del deslinde entre los abordajes fisiológico y psicológico" y en su trabajo sobre la formación del sueño se pregunta: "...en cuál de estos sistemas (lcc, Prec, Cc.) situamos el envión para la formación del sueño?"⁴, en tanto la fuerza impulsora para formar el mismo parte del lcc, cargada del deseo

onírico, mientras que la excitación pasará al Prec. para abrirse paso a la conciencia. Ese devenir, ese pasaje que enriquece, según McGilbrich, Freud lo expresa con estas palabras: "Me imagino las cosas así: el deseo consciente solo deviene excitador de un sueño si logra despertar otro deseo paralelo, inconsciente, mediante el cual se refuerza"⁵.

La lectura de este interesante texto, gestado durante veinte años de estudio e investigación⁶, me ha conducido a repensarlo desde nuestra disciplina psicoanalítica. Ante todo, me pregunto por la relación entre el funcionamiento neurofisiológico del cerebro y la experiencia psíquica en sus dominios. Freud se planteaba esta pregunta ya en 1915: "Los procesos fisiológicos no cesan en el momento en que comienzan los psíquicos; más bien, la cadena fisiológica continúa, solo que cada eslabón de ella (o algunos eslabones) empieza a corresponder, a partir de cierto momento, a un fenómeno psíquico. Lo psíquico es, por tanto, un proceso paralelo a lo fisiológico"⁷.

Strachey, en la Introducción al Proyecto de psicología, dice: "La tentativa de Freud ... de aproximarse a una descripción de los fenómenos psíquicos en términos fisiológicos podría muy bien guardar semejanza con ciertos enfoques modernos del mismo problema"⁸.

Cada hemisferio presta atención de un modo diferente; cada manera de prestar atención produce realidades diferentes. Con relación al hemisferio izquierdo, dice el autor: "es un sirviente fabuloso pero un pésimo señor" (p.38). Es más fiable que el derecho desde lo empíricamente comprobable pero carente de color.

Con relación a la forma en que llegamos al conocimiento, el autor dice algo muy importante y revelador: "El modelo que elegimos para entender algo determina lo que encontramos" (p.235).

Entonces me pregunto: ¿Cómo presto atención, por ejemplo, en una entrevista con unos padres o en una sesión con un niño o adolescente? ¿Soy capaz de una escucha abierta o es que mi hemisferio izquierdo, el Emisario me bloquea, me adhiere a lo sabido y entonces prejuizo o recorro a la teoría, a lo ya conocido? ¿Cómo ser capaz de escuchar globalmente, Maestro mediante, para luego dejar trabajar al Emisario y con lo que éste nos devuelva, abrir puertas a lo nuevo?

Como conclusión del libro el autor plantea su preocupación por el estado de conflicto actual

1 Freud, S., 1939, Moisés y la religión monoteísta, Amorrortu, T.XXIII, p. 93.

2 Freud, S., 1888, Prólogo a la traducción de H. Berenheim. Amorrortu, T.I, p.90.

3 Freud, S., 1891, La concepción de las afasias (estudio crítico). En: Obras completas, T.I, p.234.

4 Freud, S., 1900, La interpretación de los sueños, Amorrortu, T, p.535.

5 Freud, S., 1900, La interpretación de los sueños, Amorrortu, TV, p. 545.

6 Contiene una bibliografía de 170 páginas.

7 Freud, S., 1915, Lo inconsciente. Apéndice B. Amorrortu, T. XIV, p.205.

8 Strachey, J., 1950. Introducción al Proyecto de psicología, Amorrortu, T, p.335.

respecto al funcionamiento entre los hemisferios; plantea su preocupación de que hoy en día en la cultura occidental, el hemisferio izquierdo haya bloqueado la capacidad del derecho para comprender la realidad y trae a colación afirmaciones del psiquiatra inglés Wogan del siglo XIX, que debemos de tener dos cerebros y la enfermedad mental aparece cuando entran en conflicto.

esencialmente opuestas, dos formas distintas de experiencia; que cada una de ellas tiene una importancia superlativa para generar el mundo que reconocemos como humano; y que la diferencia entre ambas se fundamenta en la estructura hemisférica del cerebro” (p.43).

La tesis que plantea McGilchrist es la siguiente: *“para nosotros, como seres humanos, hay dos realidades*

ΨΨΨΨΨΨΨΨ

* “El maestro y su emisario. El cerebro dividido y la conformación del mundo occidental” de Iain McGilchrist (2025) Ed. Capitán Swing Libros

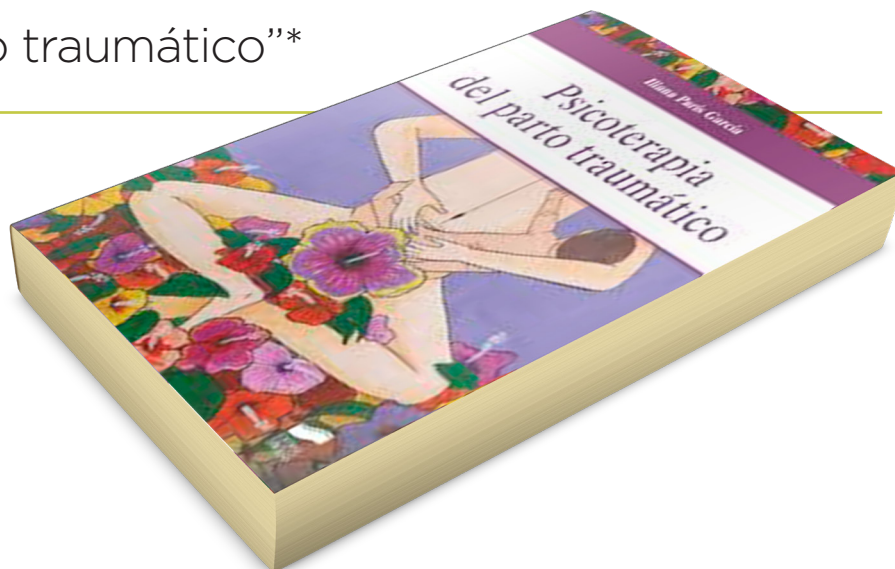
****Sobre la autora de la reseña:**

Susana Kahane es Psicoanalista; Associate to the Institute of Education, University of London; Psicoterapeuta reconocida por FEAP; Exdocente y Miembro asociado de AECPNA; Coautora de El quehacer con los padres, HG Editores, Madrid, 2010.

“Psicoterapia del parto traumático”*

Autor:
Ilana París.

Reseña de los Cap. 4 y 5.
Liset Álvarez de Castro-Palomino**



La herida invisible del parto: trauma, subjetividad y transmisión psíquica.

El libro de *Psicoterapia del parto traumático* escrito por Ilana París se enmarca dentro de la colección de perinatalidad dirigida por la Dr. Ibone Olza y editado por la Editorial Síntesis. La aparición de esta obra dedicada específicamente a la psicoterapia del parto traumático constituye, una contribución clínica y teórica especialmente relevante. Durante décadas, la experiencia traumática vinculada al embarazo, el parto y el posparto ha permanecido en una zona de relativa invisibilidad dentro de los desarrollos psicodinámicos clásicos, más atentos a las vicisitudes de la constitución subjetiva infantil que a la complejidad psíquica de la maternidad y del parto y el nacimiento como acontecimientos potencialmente desorganizadores. Este libro viene a reparar parcialmente esa omisión, ofreciendo un trabajo conjunto que articula teoría del trauma, clínica perinatal y técnica psicoterapéutica.

Mi interés por investigar el trauma asociado a las experiencias de parto traumático nació de una vivencia personal. Mi propio parto se complicó gravemente, requiriendo mi ingreso en la Unidad de Cuidados Intensivos durante dos días y una posterior hospitalización de una semana. Durante ese tiempo no solo atravesé una situación de extrema vulnerabilidad física y emocional, sino que también fui testigo del sufrimiento de otras mujeres que, como yo, permanecían ingresadas tras experiencias obstétricas difíciles.

Durante mucho tiempo me resultó una labor compleja encontrar palabras para nombrar aquello que había sucedido. En ese recorrido, la investigación se convirtió en una herramienta fundamental para comprender, simbolizar y dar sentido a lo vivido. Este trabajo surge, en parte, de ese intento de transformar una experiencia personal de sufrimiento en una interrogación clínica y académica sobre las consecuencias psíquicas del parto traumático y la necesidad de reconocerlas, comprenderlas y acompañarlas.

En esta obra he colaborado escribiendo los capítulos

68

4 y 5 titulados-Experiencia traumática y trastorno de estrés postraumático centrado en el parto y Prevalencia, factores de riesgo y de protección asociados al TEPT causado en el parto respectivamente-con el propósito de que constituyan una aportación al creciente campo de la salud mental perinatal, particularmente en torno al trauma obstétrico y al trastorno de estrés postraumático relacionado con el parto. Desde una revisión de la literatura científica contemporánea, pretendo abordar una problemática que durante décadas ha permanecido en una zona de invisibilidad clínica, institucional y cultural: el sufrimiento psíquico de las mujeres cuyo parto se inscribe como una experiencia traumática.

Lo más destacable de estos capítulos es que, aun apoyándose en modelos diagnósticos y epidemiológicos provenientes de la psiquiatría y la psicología, se logra mantener una preocupación constante por la dimensión subjetiva de la experiencia. Esta orientación resulta especialmente afín a una lectura psicodinámica, para la cual el trauma no reside exclusivamente en el acontecimiento objetivo sino en el modo singular en que éste irrumpe en la economía psíquica del sujeto.

De esta manera se sitúa el parto como un acontecimiento liminal, un verdadero rito de paso que transforma radicalmente la posición subjetiva de la mujer. El nacimiento no aparece aquí como un mero hecho biológico, sino como una experiencia atravesada por procesos corporales, simbólicos y vinculares que ponen en juego aspectos profundos de la identidad femenina y materna. El parto se presenta como una experiencia capaz de reorganizar la relación con el propio cuerpo, con el hijo y con la historia personal.

Desde esta perspectiva, resulta particularmente interesante el desarrollo que se realiza en torno al concepto de Experiencia de Parto Traumático Centrada en la Mujer (EPTCM). El énfasis puesto en la experiencia subjetiva constituye uno de los núcleos conceptuales más fecundos de la obra. La pregunta deja de ser qué ocurrió objetivamente en el parto para desplazarse hacia cómo fue vivido por la mujer. Esta

operación teórica supone una ruptura con modelos exclusivamente biomédicos que tienden a medir el éxito del parto y el nacimiento a partir de indicadores obstétricos, dejando en segundo plano la dimensión subjetiva de la experiencia.

Desde una lectura psicoanalítica, este desplazamiento resulta especialmente relevante. Freud mostró tempranamente que un acontecimiento adquiere estatuto traumático no por sus características objetivas sino por la imposibilidad de ser ligado psíquicamente. En este sentido, se pretende sostener una idea afín cuando insiste en que dos partos clínicamente similares pueden producir efectos subjetivos radicalmente distintos. La experiencia traumática emerge allí donde el acontecimiento excede la capacidad de simbolización de la mujer y produce una fractura en la continuidad narrativa de su existencia.

Otro aspecto importante del texto es la descripción minuciosa de las manifestaciones clínicas del trauma en torno al parto. Sin limitarse a los criterios diagnósticos del DSM, se logra mostrar la textura subjetiva del sufrimiento: la repetición compulsiva de recuerdos, los fenómenos disociativos, la búsqueda obsesiva de sentido, la culpa, la ira, la pérdida de confianza y las dificultades en el establecimiento del vínculo con el bebé.

La utilización de testimonios clínicos permite captar aquello que las clasificaciones diagnósticas suelen dejar fuera: la vivencia de extrañeza respecto al propio hijo, el sentimiento de habitar una realidad paralela o la imposibilidad de reconocerse en la nueva posición materna. Estos relatos remiten a fenómenos que el psicoanálisis ha estudiado bajo conceptos como despersonalización, desrealización o fallas en los procesos de simbolización.

Asimismo, se destaca un aspecto fundamental: con frecuencia el trauma no deriva exclusivamente de la emergencia obstétrica sino de la relación con las instituciones y con los profesionales que intervienen durante el parto. La ausencia de escucha, la despersonalización de la atención, la pérdida de agencia y las diversas formas de violencia obstétrica aparecen como elementos centrales en la génesis del sufrimiento traumático.

Desde una óptica psicoanalítica, este punto merece particular atención. El nacimiento constituye un momento de extrema vulnerabilidad psíquica. La función continente del entorno adquiere entonces una importancia decisiva. Cuando las instituciones fracasan en su capacidad de sostén, el acontecimiento

puede adquirir una cualidad invasiva que favorece la irrupción traumática.

El capítulo 5 complementa esta perspectiva clínica mediante una revisión exhaustiva de la prevalencia, los factores de riesgo y los factores protectores asociados al TEPT relacionado con el parto. En este se muestra con claridad que el fenómeno dista de ser excepcional: un porcentaje significativo de mujeres-alrededor del 50% en países desarrollados-describe su parto como traumático y una proporción nada despreciable desarrolla posteriormente sintomatología postraumática.

Sin embargo, el interés de este capítulo trasciende la mera epidemiología. Su principal aporte consiste en proponer una comprensión multifactorial del trauma perinatal, integrando vulnerabilidades previas, condiciones del parto y experiencias posparto.

Resulta particularmente valioso el reconocimiento del peso que poseen los traumas previos, las historias de abuso sexual y las experiencias tempranas de violencia en la configuración de la vulnerabilidad perinatal. Desde el psicoanálisis, esta observación remite inevitablemente a la problemática de la repetición y a los procesos de reactivación de huellas traumáticas anteriores durante los momentos de reorganización psíquica que acompañan la maternidad.

Finalmente, los capítulos concluyen con una apuesta ética y clínica clara: la necesidad de transformar los sistemas de atención perinatal hacia modelos centrados en la subjetividad, el consentimiento informado, el respeto y el acompañamiento emocional.

Para los lectores de orientación psicodinámica, su mayor interés reside quizás en mostrar que el trauma alrededor del parto no puede reducirse a una complicación médica ni a una categoría diagnóstica. Se trata, más bien, de una experiencia que compromete procesos de simbolización, vínculos primarios, representaciones corporales y configuraciones identitarias fundamentales.

En estos capítulos les invito a escuchar aquello que durante mucho tiempo permaneció silenciado: el parto no siempre inaugura la maternidad desde la plenitud; en ocasiones deja una herida psíquica cuya elaboración exige reconocimiento, palabra y acompañamiento. Precisamente allí donde el discurso médico suele celebrar el éxito biológico del nacimiento, estos capítulos restituyen la pregunta por el sujeto y por el destino psíquico de su experiencia.

ψψψψψψψψ

*"Psicoterapia del parto traumático", de Iliana Paris (2026). Ed. Síntesis.

** Liset Álvarez de Castro-Palomino es psicóloga general sanitaria, especializada en perinatalidad con consulta privada. Compatibiliza su actividad con la docencia e investigadora, el Instituto Europeo de Salud Mental Perinatal, y pertenece a los grupos de investigación ACFEM y Women and health de la UEM. Es co-coordinadora del grupo de trabajo de psicología perinatal del Colegio de la psicología de Madrid.

PSICOANÁLISIS Y CULTURA. Libros

Por los caminos de la adopción

Alicia Montserrat Femenia
y Mayte Muñoz Guillen

Psimática Editorial. 2023



Sobre el libro:

El hijo adoptado desea que sus padres adoptivos le demuestren que son sus verdaderos padres porque *los padres afectivos son los padres efectivos*.

Adoptar es llevar a cabo y desarrollar la parentalidad por otros presupuestos que no son los biológicos, lo que indudablemente va a provocar vivencias también diferentes. La historia de una adopción es un camino entre un abandono y un deseo; también entre tres idealizaciones: la de un hijo, la de maternidad y la de paternidad, camino por el que transitan ilusiones, duelos, ansiedades, miedos y temores, tanto de la propia pareja/persona, como de la relación con el entorno familiar y social.

Este libro sobre adopción se basa en la dilatada experiencia de las autoras en

- valoraciones psico-sociales de potenciales padres y madres adoptivos
- la psicoterapia de pacientes que buscan asesoramiento y orientación
- supervisiones y psicoterapias de niños y adolescentes adoptados y familias adoptivas
- contacto profesional con instituciones de adopción.

El libro nos va desvelando las múltiples preguntas que se hace el lector. ¿De dónde venimos, adónde vamos, cual es el origen y el sentido de la existencia y de dónde nace el deseo de tener hijos? La obra revisa de una manera minuciosa algunos conceptos clave: padre, madre, función materna y paterna, familia. El proceso de adopción llevará siempre una inscripción dolorosa; del lado de los padres la herida por la imposibilidad de gestar, del lado del hijo, el desconsuelo del abandono. Estas marcas requieren un trabajo importante y profundo de aceptación, de curación y de duelo. Tanto los padres como los hijos están atravesados por la misma línea: *Ambos tienen que adoptarse entre sí, es un vector de doble dirección*".

Extractos del prólogo por Magdalena Calvo.

Sobre las autoras:

Alicia Montserrat Femenia es doctora en Psicología, especialista en Psicología Clínica. Psicoanalista, miembro titular de la Asociación Psicoanalítica de Madrid (APM), reconocida como psicoanalista de niños y adolescente por la Asociación Psicoanalítica Internacional (IPA), Miembro del Turno de Intervención Profesional para Adopciones Internacionales del Colegio Oficial de la Psicología de Madrid. Profesora de cursos de formación postgrado en seminarios específicos sobre adopción. Autora y coautora de artículos científicos sobre la parentalidad adoptiva y de libros sobre la adopción.

amonserrat@cop.es
www.familiayadopcion.es

Mayte Muñoz Guillén es licenciada en Psicología y especialista en Psicología Clínica. Psicoanalista miembro de la Asociación Psicoanalítica de Madrid y Asociación Psicoanalítica Internacional. Psicoterapeuta acreditada por la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (FEAP), de la que ha sido vicepresidenta y secretaria general. Docente de seminarios específicos de formación posgrado

sobre adopción impartidos en la Sociedad Española de Psiquiatría y Psicoterapia del Niño y el Adolescente. Supervisora de equipos profesionales del campo de la adopción y autora de múltiples artículos sobre salud mental publicados en diferentes revistas científicas. Coautora del libro *La adopción: un tema de nuestro tiempo*.

mtmunoz@cop.es
www.familiayadopcion.es

ÍNDICE

Primera Parte:

Desde la teoría: iniciando el camino

Capítulo I

- 1.- Consideraciones generales
- 2.- Que dice la ley
- 3.- Incógnitas y certezas
- 4.- Identidad y filiación

Capítulo II

- 1.- Marcando el paso de nuestro tiempo: desafíos de la parentalidad adoptiva
 - 2.- Transitando por propuestas actuales de reproducción
 - a.- inseminación asistida
 - b.- maternidad subrogada
 - 3.- Caminando por el terreno de la homoparentalidad
- Familia homoparental

Capítulo III

- 1.- Equipaje teórico de la adopción
 - a.- Constitución del sujeto: segunda piel
 - b.- Líneas conceptuales sobre lo traumático en la adopción
 - c.- Orígenes y novela familiar
 - d.- ¿Ser madre o tener un hijo?
 - e.- Los duelos
 - e. 1 Duelos del niño
 - e. 2 Duelos de los padres
- 2.- Construcción de la identidad
 - a.- Algunas nociones sobre el concepto identidad
 - b.- Vínculo de integración espacial
 - c.- Vínculo de integración temporal
 - d.- Vínculo de integración social
 - e.- Sentimiento de pertenencia
 - f.- Vicisitudes identitarias.
 - g.- Identidades en el siglo XXI ¿género o sexo?
 - h.- Enigma identitario adolescente
 - i.- clínica de la identidad

Segunda parte

Búsqueda y encuentro

Capítulo IV

- 1.- ¿padres idóneos?
- 2.- Valoración del ofrecimiento
- 3.- Obstáculos en el camino

Capítulo V

- 1.- Caminos de prevención
- 2.- El equipo interdisciplinar
 - Materias a abordar
 - Objetivos

en lo que concierne al menor

en lo que concierne a la familia adoptiva

- 3.- Paradojas de las necesidades de los niños/adolescentes adoptados
- 4.- Adopciones tardías
- 5.- Historia de Vida
 - a) ¿Qué es historia de vida?
 - b) El relato
 - c) Sobre la edad

Capítulo VI

- 1.- Creando espacio psíquico
- 2.- Psicoterapia: factor vinculante
- 3.- Clínica de la adopción
- 3.- Clínica de la adopción

En juego. Teoría y técnica del juego en la práctica clínica actual

Royo, R., Jachevasky,
L., Pont, T. y col.

Colección Salud Mental FVB.
Ed. Herder. Barcelona 2022.



Sobre el libro:

El juego para los niños es un medio privilegiado de expresión, lo que le convierte en una valiosa herramienta diagnóstica y, dado su potencial transformador, en instrumento terapéutico.

Este libro ofrece una visión actualizada del uso del juego en el trabajo clínico. Se exponen las condiciones básicas para el desarrollo de las sesiones de juego, diagnósticas o psicoterapéuticas. Muestra, con abundantes ejemplos, los caminos que sigue el juego en niños sin dificultades y los puntos de inflexión que pueden generar problemas psicopatológicos. La psicología evolutiva, interrelacionándola con modelos psicoanalíticos del desarrollo, apoya las observaciones.

La obra reflexiona sobre el progreso del juego y los juguetes, mostrando la continuidad histórica y sus vicisitudes, hasta los actuales juguetes tecnológicos.

Se aporta una visión de las diferentes perspectivas psicoanalíticas sobre el juego, por profesionales de amplia experiencia, los que desarrollan una parte teórica contextualizando el juego, su función y naturaleza; otra práctica, analizando una misma sesión de juego para mostrar su forma de comprenderlo y utilizarlo según su paradigma teórico y sus visiones personales. Se incorporan también una mirada desde una perspectiva sistémica-constructivista y desde la práctica de la arteterapia.

Esta obra pretende poner en valor el juego y estimular su uso en el trabajo con los niños, quienes jugando alientan esa capacidad en los profesionales y les permite a todos seguir aprendiendo mientras se ponen, una y otra vez, “en juego”.

Sobre las Editoras y Compiladoras

Lucy Jachevasky. Es psicóloga y psicoanalista. Es miembro fundador del Grupo Psicoanalítico de Barcelona (GPB) y ex profesora de la Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes (ECPNA) y de la Sociedad Española del Rorschach y Métodos Projectivos (SERYMP).

lucybermann@gmail.com

Teresa Pont Amenós. Es psicóloga clínica y psicoterapeuta. Es miembro de la Associació Catalana de Psicoteràpia Psicoanalítica (AEPP y EFPP) y de la Societat Catalana del Rorschach i Mètodes Projectius (SCRIMP). Su labor profesional se ha centrado en la consulta y en el asesoramiento psicológico en el ámbito judicial, así como a la docencia en diversas universidades, ACPP y entidades relativas a la salud mental. Es autora y coautora de diversos libros (editoriales Herder, UOC y Síntesis).

teresapontamenos@gmail.com

Rosa Royo Esqués. Es psicóloga clínica, psicoanalista (SEP/IPA) y psicoterapeuta (FEAP y EFPA/COP). Es supervisora en servicios públicos y concertados de salud mental y en instituciones especializadas en la atención a diversos tipos de violencia: social, género y maltrato y abuso sexual infanto-juvenil. Actualmente es profesora del Institut Universitari de Salut Mental Vidal i Barraquer de la Universidad Ramon Llull (IUSM-URL), de la Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes (ECPNA) y de la Societat Catalana del Rorschach i Mètodes Projectius (SCRIMP).

www.rosa-royo-esques.es

Sobre los/as Autores/as

Daniel Antebi. Es psicólogo general sanitario y psicoanalista. Durante 20 años ejerció de asesor de docentes y familias en el Ceip Dovella, centro escolar de primaria pionero en trabajar por proyectos. Ejerce como psicoanalista de niños, adolescentes y adultos desde 1986. Ha participado en diversos encuentros sobre infancia, adolescencia y nuevas tecnologías.

danielantebi.psi@gmail.com

Rosa Barquero Pascual. Es licenciada en Bellas Artes y Máster en Aplicaciones Psicoterapéuticas de la Práctica Artística-Arteterapia, por la Universidad de Barcelona. Es docente y supervisora del Máster de Arteterapia de *Metàfora*, centro de estudios de Arte y Arteterapia, Barcelona.

rosa.barquero@gmail.com

Dolors Cid. Es psicóloga clínica y psicoanalista. Fue Coordinadora Clínica del Centre Terapèutic Bellaire. Actualmente es profesora en diferentes centros de clínica infantil y supervisora en CDIAPs. Es autora de publicaciones diversas sobre autismo.

Elena Fieschi Viscardi. Es psicoanalista de niños, adolescentes y adultos (SEP/IPA) y psicóloga clínica. Tiene experiencia en el trabajo con pacientes con TEA y es miembro del *Forum para el Psicoanálisis de Niños* de la Federación Europea de Psicoanálisis. Es coeditora de la *Revista Catalana de Psicoanàlisi* y docente del *Institut de Psicoanàlisi de Barcelona*.

efieschi@gmail.com

Gabriela Galarraga García. Es psicoanalista Analista Miembro de la Escuela Lacaniana de Psicoanálisis-AME y de la Asociación Mundial de Psicoanálisis. Es coordinadora de la Unidad de Psicología Clínica del Instituto Médico Tecnológico. Es cofundadora de KLINIKE Servicio de Psicología y Psiquiatría de la Clínica del Remei y de la Policlínica Barcelona. Es responsable del Programa de Prácticas y Rotación Extracurricular de KLINIKE. Es supervisora clínica en instituciones.

g.galarraga@urovirtual.net

Joseph Knobel Freud. Es psicólogo especialista en Psicología Clínica, psicoterapeuta y psicoanalista. Es miembro fundador, director y docente de la Escuela de Clínica Psicoanalítica con Niños y Adolescentes de Barcelona (ECPNA). Es supervisor de servicios de salud mental infanto-juvenil. Es autor de los libros *Clínica Psicoanalítica con Niños y Nuevas Aportaciones a la Clínica Psicoanalítica con Niños* (2008, Ed. Síntesis) (ambos en colaboración con M.L Siquier y C.Blinder) y *El reto de ser padres* (2013, Ediciones B), *Mi hijo es un Adolescente* (2015, Ediciones B) e *Ideas para padres en apuros*. (2020, Ed. Gedisa).

joeknobel@gmail.com

Julio Moreno. Es médico y doctor en Medicina (Premio a la mejor tesis del año). Es miembro titular y en función didáctica de ApdeBA. Fue director de la maestría en Pareja y Familia y profesor titular del Instituto de Formación Psicoanalítica del IUSAM; también del posgrado de la Facultad de Psicología (UBA) y de la Universidad del Hospital Italiano. Es autor de los libros *Ser Humano* (2002, Ed del Zorzal), *Tiempo y Trauma* (2010, Ed. Lugar), *La infancia y sus bordes* (2014, Ed. Paidós), *How we become human*, (2014, Rowman & Littlefield) y *El Psicoanálisis Interrogado* (2016, Ed. Lugar), En 2018 le fue otorgado el Premio Sigourney Award por su contribución al psicoanálisis.

julmoreno@gmail.com

Pablo Nieva Serrano. Es psicólogo especialista en Psicología Clínica y Psicoterapia Psicoanalítica del niño/a y su familia (E. Dio Bleichmar). Es coordinador del Servicio de Asistencia Psicológica a Menores Víctimas de Violencia de Género en Castilla La Mancha, además de compaginarlo con su consulta privada en Madrid, donde atiende principalmente a población infanto-juvenil.

nieva.pablo@gmail.com

Meritxell Pacheco Pérez. Es doctora en Psicología (URL), psicóloga general sanitaria y psicoterapeuta acreditada por la Federación Española de Asociaciones de Psicoterapeutas (FEAP). Es miembro didacta de ASEPCO, Asociación Española de Psicoterapias Cognitivas. Es profesora de la Facultat de Psicologia, Ciències de l'Educació i l'Esport Blanquerna, *Universitat Ramon Llull*. Es directora de Ipside, *Institut de Psicologia i Desenvolupament*, Mataró.

meritxellpp@blanquerna.url.edu

María Elena Sammartino. Es psicoanalista. Es miembro fundador de Gradiva, *Associació d'Estudis Psicoanalítics* y docente y supervisora en centros públicos y privados de Cataluña. Es autora de diversas publicaciones sobre psicosis infantil y otras patologías severas en niños y adultos.

melenasam@gmail.com

Índice

AUTORES

PRÓLOGO. José Manuel Ibáñez

INTRODUCCIÓN.

PARTE I. ABRIENDO JUEGO

1. *LOS CAMINOS DEL JUEGO. PUNTOS DE INFLEXIÓN*

Rosa Royo Esqués

- 1.1. El juego, una necesidad
- 1.2. Cada edad tiene sus juegos
- 1.3. Descubrir y descubrirse. Del juego sensorial al simbólico
- 1.4. Vincularse. El nacimiento del juego compartido
- 1.5. Nuevas funciones, nuevos juegos
- 1.6. El final del “juego de niños”

PARTE II. JUEGO Y TEORÍAS PSICOANALÍTICAS

2. *SIGMUND FREUD. EN EL JUEGO DE LA SIMBOLIZACIÓN*

María Elena Sammartino

- 2.1. Fantasía, creación y placer
- 2.2. Repetición y elaboración de la ausencia materna
- 2.3. El juego como estructura y proceso
- 2.4. Condiciones para la apertura del espacio de juego
- 2.5. Actividades pre-lúdicas y juego simbólico
- 2.6. Juego y psicoanálisis infantil

3. *MELANIE KLEIN. NIÑOS QUE JUEGAN, NIÑOS QUE NO JUEGAN. ¿CÓMO COMPRENDERLES?*

Elena Fieschi Viscardi

- 3.1. Melanie Klein y los comienzos del análisis de niños
- 3.2. Jugar con el niño, no jugar ¿Como jugar?
- 3.3. Cuando los niños no juegan
- 3.4. Diferentes niveles de simbolización

4. *JACQUES LACAN. ¡CON LOS LACANIANOS NO SE JUEGA!*

Gabriela Galarrraga

- 4.1. El niño lacaniano es un niño traumatizado
- 4.2. ¿A qué jugamos?
- 4.3. El juego como un texto - El goce en juego
- 4.4. Una caja de sorpresas
- 4.5. La hora de juego: Un acontecimiento
- 4.6. Juan sin miedo
- 4.7. Lara “más de lo mismo”

5. DONALD WINNICOTT. *LA POESÍA EN CADA NIÑO*

Joseph Knobel Freud

5.1. El juego en el espacio analítico

6. ENFOQUE RELACIONAL *EL JUEGO UNA HERRAMIENTA INTERSUBJETIVA*

Pablo Nieva

6.1. Valoración del juego como recurso técnico en el diagnóstico y en la terapia

6.2. Construyendo el juego desde el contexto

6.3. A modo de conclusión

PARTE III. LA PRÁCTICA

7. JOEL

7.1. Paciente

7.2. Motivo de consulta

7.3. Otros datos de interés

7.4. Hora de Juego Diagnóstica

8. *EL DOBLE Y EL INTRUSO*

María Elena Sammartino

8.1. La mirada de los padres

8.2. La estructura narcisista

9. *¿QUIÉN ES EL INTRUSO?*

Elena Fieschi Viscardi

10. *EL ROBOT COMO "PUERTA DE ENTRADA"*

Gabriela Galarraga

11. *VERDE QUE TE QUIERO VERDE*

Joseph Knobel Freud

12. *EL INTRUSO Y EL DORMIDO*

Pablo Nieva

PARTE IV. OTRAS MIRADAS

13. *EL JUEGO DESDE LA PERSPECTIVA DE LA PSICOTERAPIA SISTÉMICA-CONSTRUCTIVISTA*

Meritxell Pacheco Pérez

13.1. Funciones del juego en terapia familiar sistémica

13.2. Beneficios de la participación parental en las intervenciones lúdicas

13.3. Algunas intervenciones psicoterapéuticas lúdicas

4. EL JUEGO INFANTIL EN ARTETERAPIA

Rosa Barquero

- 14.1. La imagen en escena
- 14.2. El triángulo terapéutico
- 14.3. Proceso creativo y juego

PARTE V. JUEGO Y TÉCNICA

15. LA SESIÓN DE JUEGO.

Lucy Jachevasky, Teresa Pont Amenós, Rosa Royo Esqués

- 15.1. Sesión de Juego. Su estatus actual
- 15.2. ¿Necesidad de estandarización?
- 15.3. Condiciones de la sesión de juego

16. LA HORA DE JUEGO DIAGNÓSTICA. (HJD)

Lucy Jachevasky, Teresa Pont Amenós, Rosa Royo Esqués

- 16.1. Conociendo a los niños
- 16.2. Hablando sobre la técnica
- 16.3. Leyendo la Hora de Juego Diagnóstica

17. JUEGO Y PSICOTERAPIA.

Lucy Jachevasky, Teresa Pont Amenós, Rosa Royo Esqués

- 17.1. Establecimiento de la técnica de juego en la terapia
- 17.2. El juego es cosa de dos
- 17.3. El oficio de interpretar ¿Cómo y cuándo intervenir?

18. LOS “NUEVOS JUGUETES” EN SESIÓN: TIENES QUE SALTAR CON LA B. DISPOSITIVOS MULTIMEDIA CONECTADOS A INTERNET EN LAS SESIONES TERAPÉUTICAS CON NIÑOS, NIÑAS Y ADOLESCENTES

Daniel Antebi

- 18.1. ¿Jugar a videojuegos en las sesiones es también un juego terapéutico?
- 18.2. ¿Existe una “técnica” para incluir las DMCI en las sesiones?
- 18.3. Los DMCI y las instancias psíquicas
- 18.4. Gamers: ¿“Vicio” o pasión irrenunciable?
- 18.5. ¿Hay un uso de los videojuegos y las redes que pueda considerarse patológico?
- 18.6. Nuevas modalidades de juego y comunicación en los últimos 20 años: “¡Tienes que saltar con la B!”
- 18.7. El terapeuta frente a los límites clásicos en las terapias.
- 18.8. ¿El terapeuta debe conocer la cultura digital?

PARTE VI. JUEGO Y EVOLUCIÓN

19. EL JUEGO SEGÚN LAS EDADES

Teresa Pont Amenós

- 19.1. Evolución del juego según las edades
- 19.2. Etapa prenatal: Juego protomental

19.3. El Juego en el bebé o lactante. Inicio de lo sensorio motriz

19.4. El Juego en el niño a los dos años

19.5. El Juego en el niño a los tres años

19.6. El Juego en el niño a los cuatro y cinco años

19.7. El Juego en el niño a los seis y siete años

19.8. El Juego en el niño a los 8-9 años

19.9. El Juego en la pubertad (11 y 12 años)

19.10. El Juego en la adolescencia

20. EL JUEGO, EL TIEMPO Y EL JUGUETE

Julio Moreno

20.1. Ignorancia

PARTE VII. ESTADOS MENTALES Y JUEGO

21. CUANDO ALGUNA COSA NO VA BIEN. ASPECTOS PSICOPATOLÓGICOS DETECTADOS A TRAVÉS DEL JUEGO

Rosa Royo Esqués

21.1. Algunas manifestaciones psicopatológicas y su expresión lúdica

21.2. Estados depresivos. *El hundimiento del Titanic*

21.3. Ansiedades. *Sin espacio para la sorpresa*

21.4. Miedos y fobias. *“No tengas miedo gatito, no te comeré ni nada”*

21.5. Obsesiones (ideas y rituales). *“¿El niño Jesús es bueno o es malo?”*

21.6. Manifestaciones somáticas. *El cuerpo como escenario*

21.7. TDA-H Etiqueta o estado mental. *“A pensar sin jugar”*

21.8. Los traumas de la violencia. *La Ninja de las dos caras*

21.9. Estados de desorganización mental (psicóticos). *“Creo que no es un sueño”*

22. LOS NIÑOS CON AUTISMO Y SUS “JUEGOS”

Dolors Cid y Lucy Jachevasky

22.1.Cuál es la génesis del juego. ¿Cómo, dónde, cuándo empieza el juego?

22.2. ¿Por qué no juegan los niños con autismo?

22.3. ¿Qué hacen los niños autistas? El no-juego o anti-juego

22.4. Conceptos teóricos y práctica terapéutica

BIBLIOGRAFÍA

ACTIVIDADES PERMANENTES AECPNA

- Posgrado en Psicoanálisis con Niños, Adolescentes y Padres.
- Máster en psicoterapia psicoanalítica en niños, adolescentes y padres junto a la Universidad Europea Miguel de Cervantes.
- Ateneos clínicos (entrada libre)
- Seminarios – Conferencias - Mesas Redondas
- Actividades gratuitas para socios
- Talleres de supervisión clínica
- **Revista:** Nace con el propósito de acercarnos a otros profesionales y público en general interesado en el psicoanálisis.
- **Biblioteca Paula Mas:** Disponemos de un fondo bibliográfico de temas afines a la formación que imparte la Escuela, al que pueden tener acceso alumnos, profesores y socios. Damos las gracias a todos los que, a lo largo de los años, han hecho crecer el fondo con sus donaciones. Muchos han sido los donantes, y, de esas aportaciones, las más recientes han sido las de Susana Kahane y las de las bibliotecas personales de Bernardo Arensburg, Soledad Paris y Ana María Caellas donadas por sus familiares.
- **Centro Hans.** Red de profesionales para la investigación y atención psicoterapéutica de niños, adolescentes y padres. Colaboran: Nieves Pérez Adrados, Carmen de la Torre, Marlene García, Marian Rosales, Celia Bartolomé, José Alonso Lusarreta, Rocío Mallo y Soledad Pozuelo. Coordina Nieves Pérez Adrados.

Para más información y actualización de todas las actividades, visite nuestra página Web y RRSS:

www.escuelapsicoanalitica.com



Si desea recibir periódicamente información sobre estas actividades u otras, enviar un e-mail con el nombre y la dirección de correo electrónico a:

info@escuelapsicoanalitica.com

Ψa

Dirección y Coordinación:

Iluminada Sánchez García
Freya Escarfullery

Diseño y Maquetación:

Alejandro López

ISSN 2659-6938

En Clave Psicoanalítica no se hace responsable de los puntos de vista y afirmaciones sostenidas por los autores de los trabajos.

www.escuelapsicoanalitica.com

Tel.: 91 770 21 92



